

8/

ROMA PINTORESCA, ANTIGUA Y MODERNA.

HISTORIA. — DESCRIPCION. — COSTUMBRES ACTUALES.

OBRA PUBLICADA A LA VEZ EN FRANCIA Y EN ITALIA,
Y EN LA CUAL ESTAN CONTINUADAS LAS DESCRIPCIONES QUE DE AQUELLA FAMOSA CIUDAD

HAN HECHO

Chateaubriand, Menerbes y Lamartine.

Va adornada con 121 cuadros distribuidos en 77 láminas finas sobre acero.

TOMO I.

BARCELONA.

IMPRENTA DE JOAQUIN VERDAGUER,
EN LA RAMBLA, n° 87.

1840.

DONATIVO
DE
FLORENTINO ZAR... JCAS



ROMA PINTORESCA

ANTIGUA Y MODERNA

HISTORIA — DESCRIPCION — COSTUMBRES ACTUALES

OBRA PUBLICADA A LA VEZ EN FRANCIA Y EN ITALIA,
Y EN LA CUAL ESTAN CONTENIDAS LAS DESCRIPCIONES DE LAS ANTIGUAS Y MODERNAS

DE LA ROMA

Contiene 120 grabados y 120 páginas.

En abonos con 121 cuadros distribuidos en 17 láminas finas sobre acero.

EMER

BARCELONA.

IMPRESA DE JOAQUIN VENTURA

EN LA RAMBLA, N.º 37.

1840.

DONATIVO



¡VED ahí la maravilla del mundo! esclaman los mismos italianos con entusiasmo al descubrir desde lejos la elevada cúpula de San Pedro que parece querer confundirse con las nubes. Roma cantada por tantos poetas. Roma ese coloso de la historia de las naciones, la Roma de Virgilio y de Horacio; la Roma de Régulo, del Senado-rey, de esos invencibles cónsules, de esos oradores, cuyo nombre se nos ha hecho familiar desde nuestra infancia, y en la cual hemos soñado acaso, como con el cúmulo de todas las bellezas, de todas las grandezas.

Ah! esa Roma de la historia, fecunda en conquistadores, ha desaparecido, y en su lugar se levanta la nueva ciudad Santa, la Roma eterna, la Roma de la Cruz.

Figúrese algo de la desolacion de Tiro y de Babilenia; un silencio y una soledad tan vasta como inmenso fué el tumulto de los hombres que en otro tiempo llenaron ese suelo. Apenas se descubren árboles en sus cercanías, pero do quiera se levantan ruinas de acueductos y de sepulcros, ruinas que parecen ser las selvas y las plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los cadáveres, y de los restos de cien imperios. Una especie de salvaje casi desnudo, pálido, devorado por la fiebre, guarda esas tristes cabañas, á la manera de los espectros que segun las leyendas de la edad media defendian la entrada de los castillos abandonados. En una palabra, se dirá que ninguna nacion se ha atrevido á suceder á los amos en su tierra natal, y que esos campos son tales como los dejó la reja de arado de Cincinato, ó la última yunta romana.

Esos reinos vacios, *inania regna*, esa tumba de en medio de la cual parece levantarse Roma, segun espresion de Chateaubriand, aumentan sin embargo la magestad de la metrópoli del mundo cristiano, y la rodean de un sentimiento de melancolía que conviene mejor que unas cercanías risueñas al espectáculo de Roma y de sus grandes recuerdos.

A medida que uno se adelanta en su campiña, en ese desierto cuyo silencio encierra tan altas lecciones, si se busca la causa de la viva emocion que se experimenta, solo es dado atribuirlo al influjo de nuestras primeras impresiones, á los recuerdos de nuestros estudios.

Con efecto ¿no hemos repetido mil veces en nuestra juventud el nombre mágico de Roma? no hemos vivido moralmente con esos oradores, con esos poetas é historiadores célebres? No nos hemos declarado en favor de uno ó de otro de sus guerreros, siendo ya Mario ó Sila, Antonio ú Octavio, Bruto ó Cesar?

Y aun no son ellos la única causa de nuestra veneracion por Roma, puesto que la Reina de la Cristiandad tiene tambien otros derechos y títulos para ser admirada y respetada. A su remota antigüedad, á su brillante gloria, á sus inmensas conquistas, á sus héroes, á sus santos, á la magestad de su language, y á la riqueza de su literatura, se debe añadir el título precioso de que á Roma debemos la mayor parte de nuestras costumbres y de nuestras leyes. Y ademas, á los ojos de Dios, Roma ha sido para la Europa un intermediario civilizador, un punto luminoso desde el cual han ido difundiéndose por el globo las artes, las ciencias, la religion.

Do quiera donde penetraron las águilas romanas, se abrieron escuelas y muchos profesores enviados por la república procuraban destruir las preocupaciones, la ignorancia de los pueblos, y derramar los beneficios de un gobierno sabio y previsor. Acueductos, puentes, caminos cuyos restos nos asombran aun hoy dia, he aqui lo que de Roma antigua queda entre los pueblos que sojuzgó.

En el siglo quinto de la era cristiana, las tribus bárbaras del norte se precipitaron como un torrente sobre las comarcas civilizadas del mediodia, y siguieron sus pasos las mas espantosas catástrofes: leyes, monumentos, artes, instituciones, todo pereció. Solo una cosa quedó en pié; solo una cosa pudo resistir á esa universal calamidad: tal fué la religion, tal fué Roma cristiana. Esa Roma que sojuzgó moralmente á los conquistadores salvages, que creó un nuevo vínculo para la Europa, y que en medio de la ruina general encontró en su doctrina y en la Cruz fuerzas para levantar una nueva Roma que ha durado ya mas que la Roma antigua.

En el siglo undécimo una poblacion belicosa, inquieta, no conocia freno en Europa, movia querellas, guerras domésticas, y hacia imposible otro gobierno que el de la feudalidad, el de la espada. Entonces fué cuando Roma dirijió las cruzadas, cuyos resultados en bien de la civilizacion son tan admirables: esas cruzadas que descargaban el suelo europeo del peso abrumador de una generacion sedienta de combates, que ofrecieron campo inmenso al espíritu caballeresco de la época, que formaron de la Europa un solo cuerpo, facilitando las

comunicaciones de los pueblos, y que abrieron nuevas fuentes á la industria, al comercio, á la civilizacion.

De esta suerte, por medio de la influencia de su doctrina y de la religion, ha conservado Roma el ascendiente que adquirió en sus primitivos tiempos por su valor y por su magnanimidad; la preeminencia de que ha sido digna en todos los períodos de su existencia ha realizado aquellas palabras de la antigüedad: «Vé á decir á los romanos que el cielo quiere que Roma sea la reina del universo, la ciudad de las ciudades, el templo de la equidad, y el puerto donde las demas naciones encontrarán su salvacion.»

De consiguiente *Roma* es una nueva *Tierra Santa*, es el complemento de la obra que con este título hemos publicado, es un libro que brinda á todas las edades, á los padres de familia como á la juventud, á los amigos de la religion como á los partidarios de una sana literatura, y en una palabra á todos los corazones que saben apreciar en lo justo lo bello y lo grande. Como cada escritor ha visto aquella célebre ciudad bajo el prisma que le convenia, han resultado de allí muchas falsedades y contradicciones en las obras de varios autores: imbuidos unos en las preocupaciones y los errores de su época, y disecado su corazon por la esterilidad de un filosofismo quimérico, no escriben mas que para criticar ó derramar la hiel de la sátira. Abismados otros en pensamientos arqueológicos, desconocen las emociones religiosas, no saben hablar mas que del Coliseo, del Foro, del Capitolio, de los arcos triunfales de Tito y de Septimio Severo, se sustraen á la sublime influencia de Roma cristiana, y andan errantes por las orillas monótonas del Tibre solo para evocar los manes silenciosos de los contemporáneos de Numa. Tocante á nosotros, bien es verdad que primero nos detendremos en admirar los restos de la reina del mundo antiguo con sus arcos triunfales, sus colosos, sus maravillas; pero tambien lo es que deseosos de puras y de sublimes emociones contemplaremos la Roma de la cristiandad, con sus edificios consagrados por el culto, con sus tiernas y grandiosas ceremonias; tambien lo es que bajaremos á esas catacumbas famosas en las cuales oraron de rodillas los primitivos fieles, esos lugares subterráneos en los cuales en aciagos dias de persecucion se reunieron los cristianos para los ejercicios de su religion y para dar sepultura á sus mártires. En las paredes se descubren todavia muchos nichos donde estuvieron depositados con los instrumentos de su suplicio los restos de aquellos hombres sencillos cuanto entusiastas. Encima están grabados sus nombres y la época de su muerte, constituyendo de esta suerte la primera historia religiosa. Aquellos apóstoles llenos de celo y de caridad ardiente que salieron de la *Tierra Santa* sin otro tesoro que el de su doctrina, vinieron á santificar esa otra tierra, á orar en esas catacumbas y á regarlas con su sangre. Imposible es recorrerlas sin un vivo sentimiento de veneracion y de terror. Uno experimenta el sentimiento de su pequeñez, ha dicho un hombre grande, en presencia de esas numerosas generaciones, que han cabido en diez pies cuadrados. La vista de esos cráneos y de esos huesos reunidos hace el efecto de un puñado de polvo que pudiésemos soplar, diciendo: — Esto fué un millar de hombres.»

Sin duda no cerraremos los ojos sobre los restos mudos de los monumentos de la antigüedad, cuando nuestro pié errante pisará sus escombros, pero al lado de esos escombros sabremos ver á la iglesia, siempre inmovil en medio de la ruina de los monumentos y del transcurso de los siglos. No despreciaremos los nombres de la Roma antigua, metéoros brillantes que han dejado cierto resplandor en el horizonte de la ciudad eterna; pero tampoco echaremos en olvido esos otros nombres que todavia viven, esos otros monumentos que no por menos antiguos dejan de ser menos admirables.

Tal es la obra que ofrecemos al público. Anunciada al mismo tiempo en Paris y en Italia, fué recibida en todas partes con entusiasmo, valió á su autor una medalla en la esposicion pública, y la reina de Francia le llamó para animarle en sus posteriores empresas. Las láminas preciosas y dignas de ponerse en marcos que la acompañan, son obra de los mismos artistas que grabaron las de *La Tierra Santa*, y para facilitar el coste de la obra se procuró que en una misma lámina entrasen dos ó mas, reduciendo perfectamente las vistas; de esta suerte se pudo dar la obra por unos veinte y tres francos. Tocante á esta edicion española, fieles en nuestro propósito de dar las obras mas barato de lo que cuestan en Paris, la ofrecemos casi por una tercera parte menos del precio que tiene en Francia.

ADVERTENCIA.

No deben estrañar nuestros suscriptores la numeracion que lleva cada cuadro desde *PL. 119* en adelante, pues los editores franceses publicaron esta obra á continuacion de otra que describe varios países, y la cual publicaremos mas adelante vista la buena ocojida con que se ha recibido *La Tierra Santa* y la publicacion de *Roma Pintoresca*. Con la pauta que se dará al fin de la obra van traducidas las inscripciones que no era posible cupiesen en muchos cuadros sin afearlos.

ROMA PINTORESCA,

ANTIGUA Y MODERNA.

CAPITULO I.

Viage de Terracina á Roma.

HEMOS pisado el suelo de la Italia; hémos ahí en una comarca que no es mas que un punto del globo, y que sin embargo hallenado tantas páginas de la historia. Aquí cada ciudad es un inmenso sepulcro dentro del cual descansa un pueblo homérico; cada estadio recuerda una batalla donde se balanceaban los destinos de la tierra; un triunfo, una catástrofe que resonaba hasta en los mas remotos lindes de la tierra. Cada ruina es un monumento cuyo elocuente silencio recuerda glorias que ya no existen.

Terracina, la primera ciudad de los estados romanos, va á abrir para nosotros esa galería de recuerdos, donde la sombra misteriosa de lo pasado parece que para conmover al viajero corre incesantemente en contraste con toda la riqueza de una creacion brillante. Terracina llevó en sus principios el nombre de Anxur, debido, segun opinion del autor de la Tebaida, á Júpiter *Anxuron*, es decir *imberbe*, á quien se honraba en ella con culto particular. En seguida se llamó *Trachina* y *Terrachina*, nombres que se transformaron despues en *Terraci-*

na. Situada sobre una enorme roca que constituía las verdaderas Termópilas de los estados romanos, detuvo la marcha de Anibal á su vuelta de Cannes; pero conociendo los romanos en vista de semejante triunfo obtenido contra el invicto general cartaginés que Terracina era sobremanera fuerte por su posicion, derribaron en parte la roca que la sostenia, temerosos de que sus habitantes la convirtiesen en baluarte contra los conquistadores de la Italia. En su cumbre estaba construido el templo de Júpiter de quien se decia que velaba constantemente por los destinos de todos los pueblos de la vecina comarca. Posteriormente Teodórico, dueño de la mayor parte del territorio romano, hizo substituir al templo un palacio cuyos restos se distinguen todavia: esta morada era digna de un príncipe que fué á un tiempo antecesor y modelo de Carlomagno.

Los edificios modernos de Terracina, construidos al pié de una montaña que forma declive hácia el mar, ofrecen un conjunto verdaderamente pintoresco. Sin embargo, la ciu-

dad contiene pocos monumentos dignos de llamar la atención, si ya no se toman por tales muchas acanaladas columnas de mármol blanco, que provienen de un templo de Apolo y de algunos otros restos de la antigüedad. Hállanse también vestigios de un antiguo puerto reparado por Antonino, los cuales demuestran que Terracina fué en otro tiempo centro de una navegación muy activa: el muelle demuestra aun hoy día una solidez admirable. Además, un palacio, vastos graneros, y otros edificios construidos por orden de Pio VI, prueban la antigua prosperidad de aquella población, y en verdad que todo debía contribuir para asegurársela un clima templado, un mar tranquilo, una naturaleza rica, y su posición en el centro mismo de la Italia: por esto era en la antigüedad el punto de reunión durante los hermosos días del verano.

La roca piramidal de Terracina (*Pl. 119*) se llama *Pesculo* ó *Pesciamontano*, está aislada por tres lados, y en cierto modo no está pegada á la montaña mas que en su base. Fué cortada á pico como una muralla hasta la altura de mas de doscientos pies. Valerio Flaco, censor romano, concibió el proyecto atrevido de cortar el promontorio de Terracina en toda su altura y hasta el nivel de la orilla del mar para abrir paso al camino real de Nápoles que antes tenia que dar mucha vuelta. Llevóse á cabo esta gigantesca empresa cortando de la roca una porción suficiente para que pasasen dos carros de frente: este camino se unió con la via Apia.

En el peñasco se ven inscripciones de diez en diez pies, llevando cada una cifras romanas desde el número X hasta CXX. Desde la cumbre se descubren muchísimas ciudades, monumentos y ruinas, á la derecha se levanta el monte Circeo (*Pl. 119*) habitado, si hemos de dar crédito al autor de la Odisea, por una famosa encantadora, por Circea hija mágica del sol. Algo mas distante está Axiom, actualmente Porto d' Auzo, patria de Neron.

Circea y Neron! nombres funestamente célebres! que recuerdos no despiertan en nosotros esos dos colosos de la fábula y de la historia, consagrados uno por el espíritu creador del poeta, y otro por el acento vengador de la verdad! Ambos inspirados por el genio del mal, no aparecieron acá en la tierra mas que para la

desgracia de la humanidad. Cuando la mágica quiso perder á los infelices compañeros de Ulises, rodeóse de todo el prestigio de su arte, y cuando aquel emperador firmaba la sentencia de muerte que debía caer sobre innumerables víctimas cristianas vivía rodeado de toda la opulencia de la civilización romana, entre flores y perfumes. Las almas de los mártires volaban puras á la mansion del eterno, mientras el tirano con sardónica é infernal sonrisa permanecía encenagado en el crimen.

El monte Circeo situado á doce millas de Terracina, y distante de Roma unas setenta y seis millas, esta ceñido al oeste por la playa romana y los lagos de Fogliano, de Caprolace y de Paolo, al norte por montecillos de roja arena y por las aguas del rio Sixto, al este por el golfo de Terracina, y al sur por el mar. Su territorio está defendido por seis torres, distantes una de otra diez millas. Hacia la sexta Torre, llamada Paola, el monte Circeo presenta un anfiteatro de nueve colinas, cuyas dos cumbres mas altas tienen mil quinientos pies de elevación. Encima de una de ellas, hacia el sur, está la aldea de San Felice, único punto habitado de la montaña, y el mas agradable á buen seguro. Encima de San Felice se descubren los restos de la antigua Circeya, que recuerdan las construcciones de los primitivos pueblos de la Italia. Los pedazos de roca de que están formadas sus murallas parecen reunidas en esas alturas como por encanto, sin cimiento ni trabazon, pero de manera que todos los ángulos están de tal suerte unidos que podrian derrocarse muchos trozos sin que se desquiciasen las rocas inferiores.

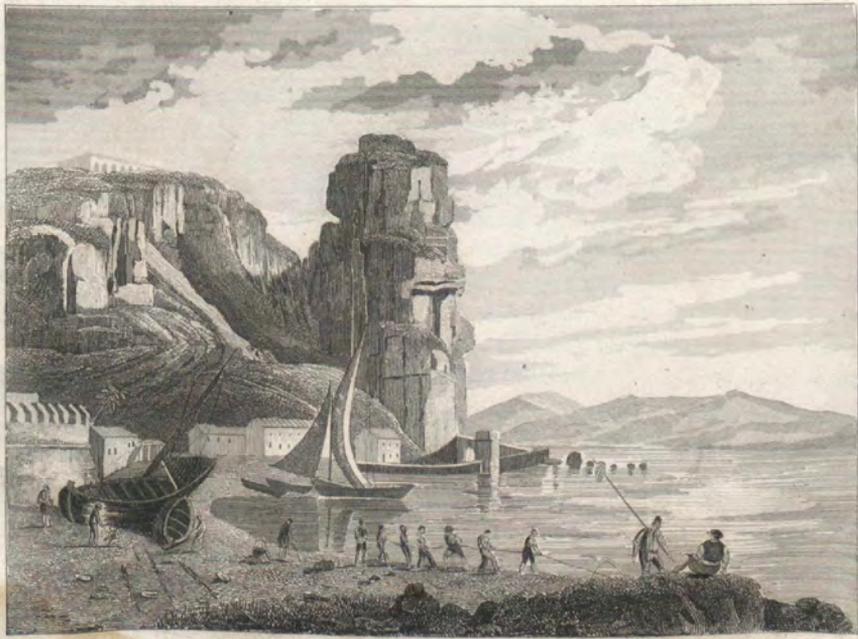
Esta construcción parece que perteneció á los Pelasgos, á ese pueblo guerrero por mucho tiempo desconocido, que despues de haber deramado con sus colonias la civilización por la Grecia entera, llegó á la antigua Saturnia, á la embocadura del Pó, donde levantó las murallas de Espina, y desde donde pasó á establecerse entre el Arno y el Liris. El monte Circeo fué antiguamente una isla, pues á lo menos en concepto de tal Homero hace mención de él en su Odisea: otros autores afirman también que estaba aislado antes que el limo de los rios, y la arena impelida por el mar le hubiesen convertido en un promontorio. Su territorio formado



Salathé del.

Monte Circello, da Terracina.

Le Mont de Circée, pris de Terracine.

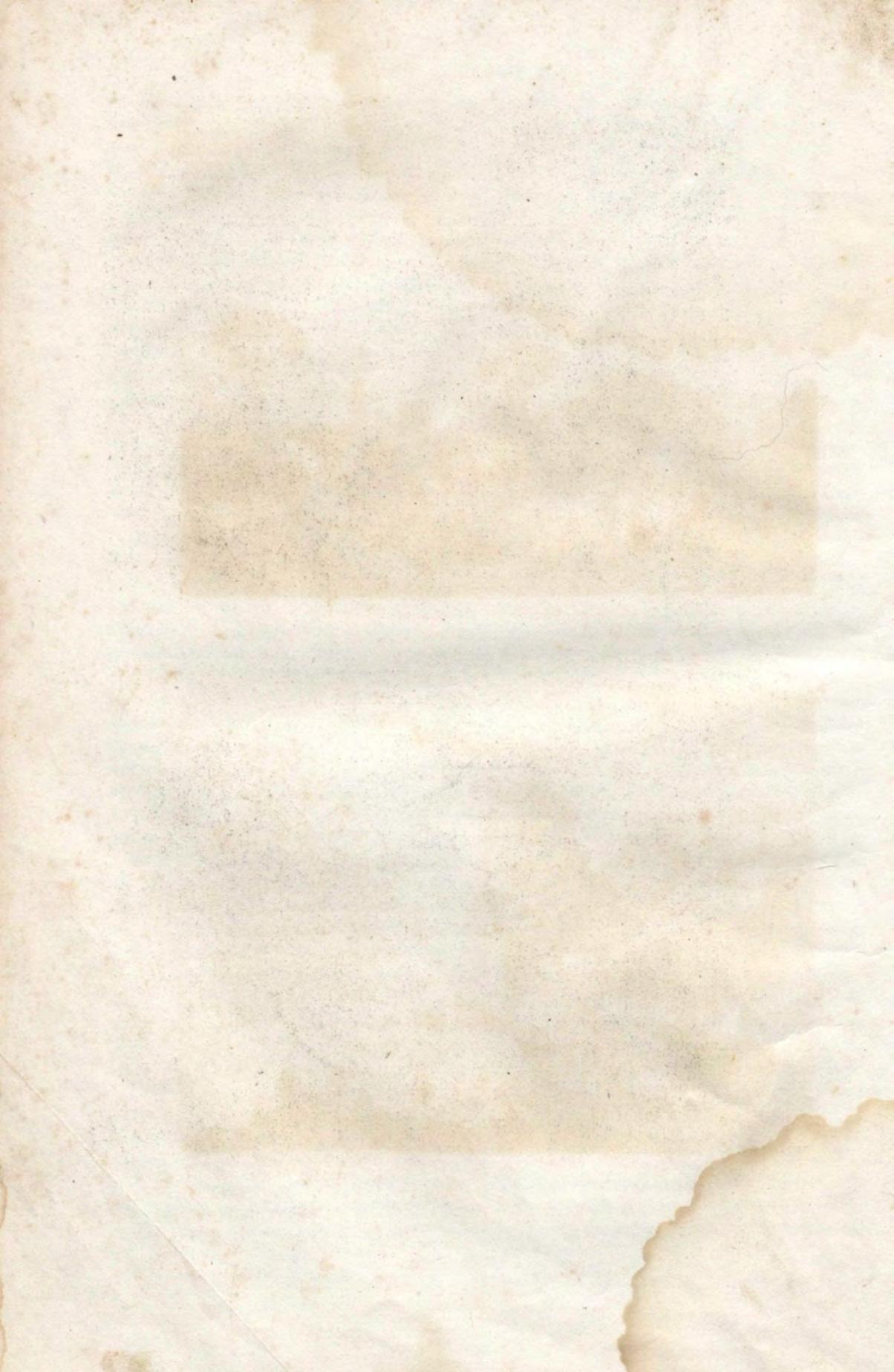


Frommel del.

Andot del.

Aubert sc.

Terracina.



en parte por un baluarte de arena en figura de semicírculo; los mariscos que se encuentran junto á las alturas que forman el promontorio al norte; muchos cuerpos marinos encontrados entre los peñascos; la lengua de tierra argilosa y muy estrecha que separa las olas del Mediterráneo de las tranquilas aguas reunidas de los lagos Fogliano, Monace, Caprolace y Paolo: todo indica la retirada del mar; todo confirma el hecho atestiguado por Homero, por Teofrasto y por Scimuode Chio. Por lo demás la misma isla de Circea pareció contribuir á su reunion con la tierra firme, pues ofreció un obstáculo invencible al esfuerzo de las corrientes, y un apoyo á las materias que arrastraban las vertientes del Apenino.

La presencia del monte Circeo evoca muchos hechos históricos. En el año 264 de Roma, cuando Milciades vengaba la Grecia en las llanuras de Maraton, la ciudad de Circeya se sometió sin resistencia al joven Caroliano, pero tres años despues fué obligada por la fuerza á volver al yugo romano. Sin embargo, se inclinó siempre al partido de los Volscos, de esos valientes que desempeñaron un papel tan sobresaliente en la robusta infancia de la inmortal república: por esto en el año 371 de Roma formó alianza con ellos, con los latinos y demás sublevados, y mereció el renombre de rebelde. Durante la segunda guerra púnica, reusó armarse en favor de Roma contra Cartago. Saqueada por Sila como partidaria de Mario, apareció no obstante floreciente al cabo de pocos años. Circeya sirvió de refugio al miserable Lépidio, que terminó en ella una existencia demasiado larga, encenagada en el crimen y en la mas desenfrenada licencia. Algo mas tarde, el digno predecesor de Calígula, poco tiempo antes de su muerte, dió en ella juegos castrenses, y desde esta época no ha vuelto á figurar mas en la historia. Lépidio se retiró á Circeya, y Tiberio á Caprea, ambos huyendo de las ciudades populosas, al modo de animales carnívoros que han saciado su hambre con miembros palpitantes y vuelven á sus cavernas en el desierto, despues de haber llenado de espanto las moradas de los hombres.

Circeya esperiméntó por necesidad todas las vicisitudes de las demás ciudades de la célebre península, cuando la invasion de los bárbaros

del norte, y durante las muchas revoluciones que han tenido lugar desde aquella época hasta nuestros días.

La montaña sobre la cual está edificada, forma parte de la cadena de los Apeninos, llamados *i monti Lepini*, que descende del país de los Marsos. Por la parte del mar la rodean escarpados peñascos entre los cuales se descubren anchas y profundas cavernas. La mas alta de todas lleva aun el nombre de *gruta de la Maga*, como en conmemoracion de Circea.

Cuando, sentado uno en la cumbre de ese promontorio célebre, recorre con la vista la comarca descrita por Homero, está uno tentado á descubrir vestigios del infierno en esas rocas de lava, encima de esos campos de azufre y de betun, en el fondo de esos lagos cuyas negras aguas han reemplazado los fuegos subterráneos, y en esas cavernas que exhalan vapores pestilenciales; encuéntranse el país de los Lestrigones, los impetuosos torrentes del inflamado Flegetonte, la hoya de los espectros, y algo mas lejos la verde y risueña praderia donde las sirenas cautivaban á los mortales para entregar en seguida sus cadáveres á la voracidad de las llamas. El viagero fija sus miradas sobre esas masas terribles, antiguos testigos de la creacion, para descubrir los vestigios de los primeros habitantes de la tierra.

Bajando de la montaña se encuentran bosques de mirtos y no puede menos de recordarse que el primero se trajo de la Grecia, se plantó en este mismo sitio, y su generacion se ha ido extendiendo por toda la Italia.

A corta distancia del monte Circeo se estiende á lo largo de las montañas desde Terracina hasta Velletri una llanura de diez leguas de largo sobre cuatro y media de ancho, que forma las célebres lagunas Pontinas, cuyo alveo fangoso, segun refiere Muciano, sirve de sepultura á veinte y tres aldeas. Las ha dado nombre Promecia, ciudad de los Volscos, cuya antigüedad se pierde entre la nube de los tiempos. En Promecia fué donde se establecieron los Lacedemonios, levantando en ella altares á la diosa Ferosina, emblema de la fecundidad si hemos de dar crédito á Virgilio. Era tal la fertilidad del suelo en esa llanura llena de aldeas, de castillos y de quintas, que los romanos la reputaban granero de su capital. Pomponio Ati-

co, Augusto y Mecenas, iban á olvidar en ella el tumulto de la grandeza. Las colinas estaban cubiertas de arbustos, los valles eran fecundísimos, y en todas partes brillaba la abundancia y la vida; pero pronto la peste y las guerras civiles desarrollaron en la llanura sus cualidades perniciosas, y la transformaron en vasta morada de la muerte. Algunos manantiales de agua pestífera contribuyeron también á envenenar la atmósfera. En la parte superior de las lagunas esos manantiales eran el Astura, el Ninfia, el Teppia, y el Agua-Puzza; y en la inferior el Anatenius y el Ofens. Actualmente se confunden las aguas de estos dos últimos en un canal. Cuando Appio Claudio emprendió la construcción del célebre camino que lleva su nombre y que atraviesa las lagunas Pontinas, restableció los diques y limpió el terreno invadido por el agua de los torrentes. Bajo el consulado de Cornelio Cetego, en el año 553 de Roma, es decir un siglo y medio después de la construcción de la Via Appia, se trabajó todavía en su desagüe. Ocupáronse igualmente de ello Julio César y Augusto procurando ponerlo todo en planta para dar curso á las aguas estancadas: pero aun con esto conservaron en gran parte las lagunas Pontinas su insalubridad. Las guerras civiles que estallaron en tiempo de Galba, de Oton, de Vitelio y de Vespasiano, distrajeron la atención de los trabajos emprendidos hasta entonces para dejar en seco esas insalubres llanuras. Teodorico, ese ilustre conquistador que vengó la Italia de los atentados de los Godos, figura igualmente en la lista de los soberanos bienhechores que se ocuparon con zelo del desagüe de las lagunas Pontinas: pero fuerza es confesar que un simple particular llamado Cecilio Decio, fué el que le dió la idea del trabajo, aunque el emperador fué quien obtuvo del senado romano la concesión de todo el terreno que lograrse poner en seco. Una inscripción conservada en Terracina prueba que tuvo el éxito mas feliz esta atrevida empresa.

Después de Teodorico, los desbordes, las avenidas, las calamidades de la guerra, y la ignorancia, destruyeron en breves dias el feliz resultado de los trabajos constantes y atrevidos de los pasados tiempos. Los papas Bonifacio VIII, Martin V, Leon X, y Sixto V hicieron en vano largos esfuerzos para restituir su anti-

gua fertilidad á esas lagunas: Pio VI fué mas feliz. En 1777 hizo abrir por diez mil trabajadores un canal de cuatro leguas de estension para contener las aguas, y lo que no pudieron conseguir los emperadores de Roma y de Oriente, ni los ensayos sucesivos de diez papas predecesores suyos, lo llevó en gran parte á cabo; tambien fué el primero que procuró hacer renacer de aquellas ruinas y del seno de las aguas el célebre camino, la Via Appia que ha inmortalizado el nombre de Appio Claudio.

Quando se descubrió esta antigua senda acudieron presurosos los habitantes de las cercanias para ser los primeros de pisar un suelo que por tantos siglos habia permanecido oculto. Admiráronse esos enormes peñascos que componian los parapetos de la calzada, la ponian al abrigo de las inundaciones, y servian de cimiento. Descubriéronse hermosos puentes contruidos de distancia en distancia encima de los manantiales de que hemos hecho mencion. Precisamente la construcción de la Via Appia debió haber sido hecha con todo el esmero digno de un pueblo grande, para que apesar de todas las causas de destruccion que se reunieron contra de ella, se encuentren todavía fragmentos considerables. Deben sin duda su conservación á la manera ingeniosa con que las piedras han sido sepultadas en el suelo por lo largo, pues si lo hubiesen sido por lo ancho, los estragos del tiempo se hubieran hecho sentir mas sobre esas enormes masas. Examinando este camino y los inmensos trabajos de que ha debido ser objeto, parécete al viajero estar viendo las legiones romanas en la época de Apio, ahí en aquella misma llanura, abriéndose al través de las lagunas un camino inmortal como ellos mismos. Un fragmento de la Via Appia que pasa al pie del sepulcro llamado de los Horacios, dará á los lectores una justa idea de los caminos romanos (Pl. 121).

La Torre llamada Tre Ponti, marca todavía hacia Roma el límite de los trabajos ejecutados por Trajano para el desagüe de las lagunas Pontinas. No muy lejos se encuentra el foro de Appio, construido al mismo tiempo que aquel camino, y habitado en la época de los Horacios por marineros que navegaban por el canal que atraviesa la llanura.

Detiénese el viajero en *Tres-Taberna*, lu-



C. Balty del.

Lago di Albano.

Lac d'Albano.



Pompeii del.

Sudot del.

Dubert. sc.

Via Appia e sepolcro di Pompeo.

Voie Appia et tombeau de Pompée.



Fruchmann del.

Lago di Nemi.

Andri del.

Lac de Nemi.

Andri del.

gar consagrado por una doble celebridad, la primera que hace referencia á un recuerdo alegre, y la segunda á un pensamiento piadoso y solemne. Horacio estuvo en él, cuando animado de un ardor poético se dirigia á Brindes, pero sin mucha precipitacion para poder entregarse á sus inspiraciones durante el tránsito.

San Pablo, ese sublime apostol de Cristo, se detuvo asimismo en él cuando se dirigia á Roma para predicar el cristianismo, para derribar los ídolos, y para mudar las costumbres y los destinos de la ciudad eterna, y del mundo entero.

A algunas millas de distancia se atraviesa el Cisterna, de cuyo punto á Velletri, antigua ciudad de los Volscos, el camino es corto y facil. Velletri fué en otro tiempo poblada por una colonia romana; posteriormente fué cuna de la familia de Octavio, y en ella nació Augusto. Desde el año 260 de Roma, dió muestras de tanta impaciencia para sacudir el yugo de la metrópoli que todos sus habitantes fueron trasladados á Roma, y con el nombre de *gens Transiberiana* fueron á poblar el cuartel situado á la otra parte del Tibre. Son los Transteverinos actuales, cuyas sangrientas reyertas llenan frecuentemente de espanto á sus conciudadanos. Tarquino moró en Velletri, y aun se dice que fué el mismo quien segun relacion de Silio Itálico recabó de la familia de Octavio que fuese á establecerse á Roma. Dos palacios, el de Lancelotti cuya magnífica escalera de mármol escita la admiracion, y el de Borgia, son los principales monumentos de la ciudad. No puede pasarse en silencio la hermosura poco comun de las mugeres de Velletri.

Continuando el camino hacia Roma, se columbra en el horizonte el monte Albano. Morada de la nacion que fué por mucho tiempo rival de Roma, la pequeña ciudad edificada en la cumbre domina una fértil campiña que es la mansion de verano mas buscada entre todas las cercanias de Roma, y cuyos pies baña un lago encantador que lleva su mismo nombre (*Pl. 421*). Tito Livio, Valerio Máximo, y Plutarco refieren que en el año 357 de Roma, las aguas del lago Albano hicieron una subida extraordinaria durante el verano, sin que para ello mediase causa alguna aparente. Un viejo arúspice etrusco proclamó entonces en Roma

(probablemente de órden del senado), que la ciudad de Veyes, con la cual se estaba entonces en guerra, no caeria en poder de los romanos mas que cuando las aguas superabundantes del lago encontrasen salida sin que se echasen al mar. Ciceron nos esplica este augurio. Habráse imaginado, dice, para obligar á los habitantes á cultivar el suelo albano, por medio del riego procedente de las aguas del lago. Este trabajo tenia aun un objeto de utilidad militar, pues con él se adiestró á los soldados en el arte de las minas, como puede conocerse por las que hicieron hasta la ciudadela de Veyes recabando con ellas la rendicion de la plaza.

No muy lejos de las orillas del lago Albano se levantaba el pueblo de *Lanuvium* ó *Lavinia*, patria de Antonino Pio. Juno era adorada en ella por el cuidado tutelar que se la atribuia de procurar á los desgraciados, por medio del sueño, el olvido de sus dolores.

A corta distancia de Lavinia, el lago de Nemi estaba bajo la proteccion de Diana. Nada mas pintoresco que esta deliciosa laguna. Los habitantes de las cercanias la llamaban *espejo de Diana*, á causa de lo cristalino de sus aguas. Este renombre espresa mucho mejor que una larga descripcion el genero de belleza de ese delicioso lago, circular como los espejos de los antiguos. Siempre tranquilo, al abrigo de deliciosas colinas, rara vez el céfiro turba la superficie cristalina de sus límpidas ondas. Diana era la protectora de esos umbrosos bosquecillos, verde corona del azulado lago; Diana presidia á los castos conciertos ó perseguia en las selvas al cervatillo menos tímido que la virgen que seguia sus pasos, Oh! vosotros que os complacéis paseándoos por los bosques, que deseáis ver siempre un horizonte sereno, que miráis con extasis los verdes campos y que gustáis del reposo, descansad en ese umbroso sitio, y no le abandonéis (*Pl. 420 bis*).

Siguiendo el viagero su camino, descubre á la izquierda, á un lado de la Via Appia, los restos de la villa de Pompeyo, con la forma de una pirámide bastante alta, y de un estilo magestuoso. Ordinariamente se les dá el nombre de *Torre di Santo-Rocco*, con motivo de encontrarse en las cercanias una iglesia consagrada á este Santo. La construccion indica que en otro tiempo este monumento estuvo acaso re-

vestido de mármol ó de piedra labrada. Encuéntrase una pequeña celda en el centro; por lo demas, ninguna inscripcion, ningun epitafio guia en este recinto los pasos del anticuario. Muchos arqueólogos han creído reconocer en estas ruinas el monumento sepulcral de Julia, primera esposa de Pompeyo, á cuya opinion se opone lo que refiere Plutarco relativamente á los funerales de la hija de Cesar. « Pompeyo, dice, queria dar sepultura á su esposa, en su palacio Albano; pero el pueblo romano, deseoso de poseer los restos de la hija de Cesar el grande, los condujo en triunfo al Campo de Marte, donde fueron sepultados. »

Otro edificio situado á la derecha de la Via Appia en los confines del predio Pompeyano, y cuyas ruinas se confunden con las del palacio de Pompeyo, han dado mucho en que pensar á los anticuarios, pero sus trabajos no han tenido otro resultado que llenar de obscuridad y de dudas las conjeturas hasta entonces admitidas. Este edificio, denominado Torre de la estrella, porque está contiguo á la iglesia dedicada á la Virgen de este nombre, se compone de una base de piedras cuadrangulares de veinte palmos laterales, encima de las cuales se descubren cinco pirámides redondeadas, cuatro de ellas colocadas en cada uno de los ángulos, y la quinta un poco mas alta y gruesa que contiene, ó contenia por mejor decir, una pequeña sala hoy día arruinada. Por mucho tiempo se ha creído que este monumento era el sepulcro de los Horacios y de los Curiáceos. Este error ha sido consagrado por una inscripcion esculpida en mármol y que felizmente ha sido destruida hace algun tiempo. Los hombres ilustrados no reconocen la posibilidad de semejante aserto; porque los romanos hubieran mezclado las cenizas de guerreros enemigos? cómo es posible que sepultasen lejos de Roma los restos de tres de sus mas valientes guerreros? Mas razonable parece admitir la version de Tito Livio el cual refiere que despues del asesinato de Pompeyo el grande en Egipto, sus restos fueron trasladados á Roma y depositados por Cornelia su segunda muger en su villa de Albano, donde hizo construir un monumento fúnebre en honor del héroe que ya no existia. No obstante este tardio homenaje, solo una parte de los restos de Pompeyo recibieron los honores de la

sepultura. No debe admirarnos el que ninguna inscripcion haya consagrado los cuidados de Cornelia, pues en la época en que honraba de esta suerte la memoria de su esposo, Octavio vivia todavia, y el temor inspirado por este cruel enemigo motivó sin duda el silencio del sepulcro de Pompeyo. Tiene, pues, fundamento la opinion de los arqueólogos que presumen que este monumento está destinado á conservar el recuerdo de aquel famoso general, opinando que las cinco pirámides levantadas sobre su base aluden á las cinco victorias obtenidas por él durante su consulado. Pero reputan el monumento un cenotafio, es decir un sepulcro vacío y puramente honorario. Sin embargo, bien considerada la arquitectura no se descubre en ella el estilo de la época de Octavio (*Pl.* 121).

El viajero clava una mirada en esas ruinas, transportándose en pensamiento al tiempo de la decadencia de la república romana. Una calle de verdes encinas le conduce en seguida á Castel Gandolfo. Es el palacio ó por mejor decir la casa de campo del papa, pues fuera de Roma no posee otra. La catedral es obra de Bernin; en el altar mayor se descubre un cuadro de Pedro de Cortona, y una Asuncion de Carlos Marata, pintor de la época de la corrupcion del gusto.

A corta distancia está la hermosa aldea de la Riccia digna de ser visitada. La vista de ese pais es demasiado encantadora para que no la ofrezcamos á nuestros lectores, La *Pl.* 120 representa con la mayor exactitud una deliciosa perspectiva.

CAPITULO II.

Vista de Roma: primera impresion.

ADELANTASE el viajero en los deliciosos bosques de Gensano (*Pl.* 120), sube á la cumbre, y pronto recorre con la vista esa noble campiña de Roma, digna cuna del pueblo rey. « Son las seis, dice un ilustre viajero, el tiempo es hermoso; recorren el horizonte algunas ligeras nubes y esparcen sobre la escena algunas sombras vaporosas. Estoy pisando verdes



C. Bussy del.

La Riccia.



Harding del.

Andet edit.

Aubert sc.

Gensano.

colinas, brillantes con su verde esmaltado. Forman una cordillera de las montañas de los sabios que contienen como dentro de un cuadro la parte oriental del panorama que se estiende á mis pies. La luz forma infinitos juegos sobre los planos de ese cuadro admirable. Al norte está el Soractes, el Soractes de Claudio Loreneso, el Soractes de Ovidio y de Propercio, el Soractes de todo hombre de alguna educación, y que tenga una alma capaz de sentir. Al oeste, las montañas azules de la Etruria limitan mi vista con su anfiteatro pintoresco. Al sur, el cielo y el mar se confunden detrás de una masa de nubes, montañas de oro y púrpura que parecen aglomeradas por una mano mágica. En medio de este inmenso estanque, que tal puede llamarse segun es el efecto que presenta y serpentean las amarillas y vagabundas aguas del Tibre. La llanura, árida en toda su estension, semejante por las ondulosas vertientes del terreno, á un vasto lago agitado, está atravesada por largos acueductos que se estienden hasta larga distancia: se dirá que son otros tantos puentes gigantescos que conducen á la capital del mundo cristiano. Que solidez tan imponente! que silencio de muerte! Los sepulcros que á uno y otro lado se descubren, indican las vías antiguas; de tiempo en tiempo una nube de polvo enriquecida por los rayos del sol en su ocaso anuncia el tránsito de una silla de posta de ingleses, ó el pesado carro (tirado por bueyes de afilados cuernos) de algun aldeano que se dirige á la ciudad: unos tonos vagos de luz se estienden sobre estos objetos como si estuviesen cubiertos con transparente velo; todo esto parece que está nadando en una atmósfera de vapor. Pero el sol se acerca á su ocaso, é inunda ese brillante espectáculo con rayos de púrpura. Aumentase de repente la claridad, disípase la lejana niebla, y veo distintamente la cúpula de San Pedro y la ciudad edificada sobre siete montañas. Levántase San Pedro sobre el monte Vaticano, entre el Janículo y el Aventino. Mas al norte está el monte Celio: le reconozco por sus pinos, por las vastas y sombrías cúpulas que dan sombra á la villa *Matei*; en frente está el capitolino que corona la torre del *Campidoglio*; á la derecha el Quirinal, el Esquilino, y el Viminal que domina la basílica de Santa Maria la Mayor. Heos ahí

I.

esa Roma hermosa por excelencia: *rerum pulcherrima Roma*; comarca que fué en otro tiempo la delicia de la tierra, y donde el arte y la naturaleza esparcieron sonriéndose sus tesoros sobre el suelo.

«Roma! Roma! esclama Menerbes; que flujo y reflujo de pensamientos para mi alma acostumbrada á la reflexion! que visiones sucesivas para mi joven y viva imaginacion fecundada bajo el cielo de los trovadores! Roma! pronunciaba yo esta palabra como si me suscitase una idea infinita, como si realizase un mundo ya destruido, como si arrancase del seno del sepulcro las muchas victorias que ha obtenido la muerte. Entonces siguiendo con ávida mirada el lento y sinuoso curso del Tibre, veia sobre esas orillas desiertas los manes errantes y armoniosos de Virgilio y de Horacio; veia á Régulo saliendo por la puerta Flaminia para volver á la esclavitud impuesta por el honor: veia desplegarse toda la grandeza de Roma con su senado rey, con sus labriegos coronados de laureles, que volvian á coger el arado despues de haber encanecido en los campos de batalla. Durante toda mi existencia habia soñado en Roma como con el cúmulo de todas las bellezas; me habia familiarizado con sus nombres célebres, y habia hecho consistir toda mi felicidad en verla. A poco una profunda melancolia se apoderó de mi; ¿qué queda de tanta grandeza, de tanta gloria? Qué ha sido de esos hombres tan famosos en la historia? Metéoro pasajero y efímero, la gloria de Roma ha desaparecido y se ha eclipsado. Sus grandes hombres han caído unos en pos de otros, como esas hojas de otoño que el viento arrebatá! Sepulcros arruinados, huesos blancos, hé aquí lo que de Roma queda en lo material; y en la parte moral los recuerdos, nada mas que recuerdos. Estaba como oprimido por esas penosas reflexiones, cuando por un extraordinario movimiento me abalancé gritando fuera de mi mismo: — Capitolio de Roma, donde está tu Júpiter? — Entonces pasábamos el Tibre, y esperiménte un sentimiento de orgullo propio de los viajeros que pueden restituirse á su patria, diciendo; He visto este monumento; he visto el rio cuyas aguas corrian en tiempo de Escipion y de Cesar.»

Pero cuando vuelve uno en sí despues de haber bajado la montaña, cuando echa uno alguna

2

mirada á esos lugares que le rodean, se encuentra en medio de una campiña desierta é inculta, cuyo aspecto ha sido descrito con tanta verdad por el pintor literario, Chateaubriand. « Créese, dice, estar oyendo la maldición del profeta; *Vanient tibi duo hæc in die una subito, sterilitas et viduitas*. Dos cosas caerán sobre tí á la vez, la esterilidad y la viudedad. A uno y otro lado se descubren vestigios de los caminos romanos en parages por donde no pasa nadie; algunas torrenteras que desde lejos parecen sendas muy frecuentadas pero que no son mas que el alveo seco de unas ondas tempestuosas que han pasado como pasó Roma. Muchas veces, en una vasta llanura, he creído ver ricas mieses, pero al acercarme vi que unas yerbas secas me habian engañado. Otras veces, debajo de algunos arbustos, se perciben los restos de una antigua cultura. No se ven pájaros, labradores, movimiento campestre ni aldeas, y no se oye siquiera el balido de alguna oveja. Aparecen algunos cortijos sobre los desiertos campos, pero las puertas y las ventanas están cerradas, y no sale de ellos humo, ruido ni pingua habitante. Salve tierra fecunda en otro tiempo en frutos, y fértil en conquistadores! exclamamos con Virgilio. Salve campiña de Roma, donde con todo su orgullo descansa la nada del hombre; salve lugares famosos por unos grandes hombres, llenos de sublimes recuerdos y de altas lecciones; la mano del tiempo va dispersando vuestros preciosos monumentos; destruyendo templo sobre templo, en espresion de Delille, y sepulcro sobre sepulcro. Tu idea, tus nobles recuerdos han echado raíces en nuestras almas; se han mezclado profundamente con los tuétanos de nuestros huesos, y la admiracion que sentimos por tus grandes hechos vá cada dia mas en aumento. Ah! ello es inegable que los romanos nacieron para civilizar la tierra, para formar de ella un solo cuerpo y para derramar en todas partes los beneficios de las artes y de la ilustracion. Compárese el estado de las Galias, de la España, de la Bretaña, cuando sus comarcas estaban llenas de ciudades florecientes y cuando vivian en paz bajo la proteccion de Roma, con sus inmensas selvas, con sus pantanos y moradas salvages antes de su sumision al imperio, y dígase si reportaron ó no

beneficios inapreciables debidos al genio conquistador de los habitantes del Tibre. Ademas, la Roma moderna ha sido el centro del cual han partido los esfuerzos hechos para derramar las luces del cristianismo entre todos los pueblos. La moral pura del Evangelio ha sido lo único que ha podido suceder á la gloria de la conquistadora del orbe, y tambien ha tenido la gloria de conquistar. Pero sus conquistas son mas nobles, mas sublimes: las del senado rey se hacian con las armas, y las de los sucesores de San Pedro, con la palabra, con la caridad, con las doctrinas, aquellas materiales, estas morales: por esto las segundas han durado mas que las primeras, y llevan indicio de ser eternas, porque la nave de la Iglesia podrá ser combatida por las borrascas, pero no ser sumerjida. La Roma de la cristiandad ha desplegado entre todos los pueblos, no sus legiones y cónsules armados, sino una débil escolta de Apóstoles que debian propagar por el universo entero la doctrina de Jesucristo, es decir los principios de la caridad hasta entonces desconocida, emancipando el género humano.

Seguramente que escitarian mas nuestra admiracion esas emigraciones apostólicas, imitadas posteriormente por tantos celosos misioneros, si la musa de los poetas les hubiese acompañado en sus expediciones peligrosas, asi como presidió antiguamente á las brillantes conquistas de las legiones romanas. Podríamos citar mas de un valor heroico, mas de una resignacion sublime, si la fama hubiese acompañado en todas sus expediciones á la cruz, do quiera donde ha penetrado, bien asi como seguia siempre á las águilas romanas. Pero los maravillosos efectos bastan para llenar de asombro á todas las generaciones.

Tales son los pensamientos que llenan el alma del viagero cuando se adelanta en la campiña de Roma. Estiéndese delante de él la ciudad eterna, y ofrece sucesivamente á sus ojos torres, cúpulas, y largas líneas de palacios, hasta que la cúpula del Vaticano, dominando con su magnificencia todos los edificios que la rodean, completa el cuadro por medio de una magestad que va siempre en aumento.

Quando á los primeros transportes de una sensibilidad vivamente conmovida ha sucedido una disposicion mas tranquila; cuando la observa-

cion reemplaza á la emocion, he aqui la fisonomia general que Roma ofrece al viagero segun relacion de un escritor de mérito: Aunque esta hermosa ciudad vista interiormente ofrece el aspecto de la mayor parte de las ciudades europeas, conserva sin embargo un carácter particular. Ninguna otra presenta una mezcla tal de arquitectura y de ruinas; desde el Panteon de Agripa hasta las murallas de Belisario, desde los monumentos traídos de Alejandria hasta la cúpula elevada en los aires por Miguel Angel. La hermosura de las mugeres es tambien un rasgo distintivo de Roma, que no escapa á la observacion del viagero. Constituyen tambien en ella una singularidad los rebaños de cabras que se encuentran á cada paso, y sobre todo las yuntas de grandes bueyes con enormes cuernos, echados al pie de los obeliscos de Egipto, entre las ruinas del Foro romano, y debajo de aquellos arcos por donde pasaron tambien en otro tiempo cuando tenia lugar el triunfo de los generales vencedores.

A aquel ruido, á aquella especie de confuso tumulto ordinario en las grandes capitales, se mezcla en Roma el murmullo de las aguas que resdena en todas partes, como si uno estuviese cerca de las fuentes de Blandusia ó de Egeria. Desde la cumbre de las colinas comprendidas en el recinto de Roma, ó á la extremidad de muchas calles, veis la campiña en perspectiva, cosa que dá á la ciudad y al campo un aspecto el mas pintoresco. En invierno los techos están cubiertos de yerba al modo de los de las cabañas de nuestros labradores. Estas varias circunstancias contribuyen á dar á Roma una especie de rusticidad que corre en armonia con su historia, pues sus primeros dictadores conducian el arado: á sus labradores debió el imperio del mundo. Asi es como Chateaubriand describió esa morada que llena de ideas grandes la mente y ocupa el corazon; esa morada donde la tierra que se pisa está hablando al viagero, y donde el polvo que levanta el viento encubre alguna grandeza humana; esa morada en fin que sobre los restos de la república abrumada bajo el peso de un poder colosal, ha visto levantarse un segundo imperio mas santo en su cuna, y un mas grande en su poder que el que le habia precedido, el imperio de Jesus.

CAPITULO III.

Panorama general de Roma antigua.

Un cuadro general de Roma antigua parece deber preceder naturalmente al de los monumentos que son aun hoy dia la admiracion *urbis et orbe*.

La Roma primitiva fué edificada sobre el monte Palatino. Segun la opinion mas acreditada, esta famosa colina recibió el nombre de *Pallanteum*, ciudad de la Arcadia, de donde se supone que partió Evandro, reputado primer fundador de Roma. Otros afirman sin embargo que aquella capital fué fundada por el hijo de Marte y de Rea en el año 753 antes de la era vulgar. Rómulo hizo trazar alrededor del Palatino un surco cuadrado, y la primera base del atrincheramiento se formó con la misma tierra que se iba sacando. Este surco fué interrumpido en cada uno de los puntos donde debia haber una entrada. Segun esto la ciudad estuvo contenida en un espacio cuadrilateral, motivo por el cual la dieron los antiguos el nombre de *quadrata*.

Cuando se fortificó con murallas y con torres este recinto para protegerle contra las armas de los Sabinos, se cerraron por necesidad algunas puertas, de manera que no ha llegado hasta nosotros mas que el nombre de tres de ellas, una llamada *Mugonia*, situada en el punto mismo donde Rómulo hizo principiar el surco, otra denominada *Romana* ó *Romanula* en el centro, hácia la parte oriental de la colina, y la tercera conocida con el nombre de *Trigonia*, pero cuya situacion se ignora. Insignificando las convenciones establecidas entre Rómulo y Tacio despues de la guerra con los sabinos, se agregaron á la ciudad eterna ciertas partes de las otras dos colinas llamadas el *Quirinal* y el *Celio*. Rómulo ocupaba esta última junto con el Palatino, y Tacio se estableció en el Quirinal y sobre una parte del monte Tarpeyano. Numa Pompilio ensanchó aun el circuito de las murallas encerrando dentro la parte del Quirinal habita-

da por Tacio y por los demas extranjeros. El *Celio*, que en tiempo de Rómulo habia ya sido habitado, fué encerrado dentro de las murallas por Tulio Hostilio, sucesor de Numa, cuando despues de la destruccion de Alba se llevó consigo los habitantes de este pueblo para aumentar la poblacion de Roma. Con el objeto de que esta colina fuese mas frecuentada, Tulio fijó en ella su morada. Dionisio Alicarnacense y Tito Livio refieren que Anco Marcio reunió á la ciudad el monte Aventino por medio de un circuito de murallas y de fosos, y para poblarle fueron conducidos á Roma los cáuticos de varias ciudades. El mismo rey rodeó tambien de murallas la parte del monte Janículo que da frente al Aventino, y esto con el objeto de convertirle en un punto fuerte destinado á proteger á los romanos que navegaban por el rio, contra los ataques de los Etruscos: el puente Sublucio unió con la ciudad esta nueva parte. Es evidente que esos circuitos habian sido contruidos con poca solidez, y aun de un modo grosero. Por esto Tarquino el Antiguo emprendió su reedificacion con mas solidez, pero tuvo que abandonar este proyecto primero por la guerra que tuvo que sostener contra los sabinos, y luego despues porque sobrevino su muerte. Servio Tulio su sucesor, no solo tuvo la gloria de conducir á buen término los proyectos de Tarquino, si que tambien agregó á la ciudad el monte Viminal y el Esquilino, asi como la parte del Quirinal que no habia sido comprendida dentro de las murallas cuando hizo Numa el primer circuito.

Pompilio es el último rey que ensanchó el recinto de Roma, uniendo con los montes Palatino, Capitolino, Aventino, Celio y Quirinal, las otras dos colinas conocidas con los nombres de monte Viminal y monte Esquilino, circuyendo siete montañas sin comprender sin embargo la parte del Janículo reunida por Anco Marcio, pues parece que en los primitivos tiempos de Roma, no fué mirada esta parte mas que como una simple fortaleza.

No será aqui por demas indicar la etimología de los nombres de las siete colinas de la ciudad eterna. Ya hemos dicho que el monte Palatino recibió el nombre de Pallantium, ciudad de la Arcadia. El Capitolino, se llamó en sus principios Saturnio, de Saturno, y en seguida se

llamó Capitolio de *caput Oli*, cabeza de Oli, hombre oscuro. El Aventino se llamó asi *ab Avibus*, á causa de las aves que le frecuentaban. El *Celio* tomó su nombre del de una capital de los Etruscos que le llevaba: antes se llamaba *Querquetulanus*. Rómulo Quirino dió nombre al Quirinal, encima del cual se levantó un templo en honor suyo. El *Viminal* deriva del altar dedicado á Júpiter *Vimineus*. Tocante á la etimología del Esquilino, créese poder derivarle *ab Esculis*, es decir de las legumbres que en él se cultivaban. El Janículo situado á la otra parte del Tibre, y que no venia comprendido en el número de las siete colinas sagradas, debe su nombre á la ciudad que Jano habia fundado.

Procuraremos dar al lector una rápida descripcion de la situacion de Roma. Esta ciudad ocupa el centro de una especie de círculo comprendido entre las montañas sabinas, las de Etruria y el mar. Sus colinas están cubiertas de tierra vegetal y de aluviones debidas á la corriente del Tibre. Este rio la atraviesa del norte al sur, formando una *S* en el recinto donde se levanta la ciudad de Rómulo. Es de notar que con el transcurso de los tiempos, las ruinas de los edificios y la accion de la naturaleza casi han igualado el suelo, de manera que apenas son perceptibles las eminencias que debian levantar aquellas colinas. En la primitiva época de Roma, los valles que se estendian entre esos montes no eran mas que pantanos casi impracticables, formados por las inundaciones del Tibre, y cuyo nombre de *Velabrum*, dado al cuartel situado entre el Capitolio y el monte Palatino, y el de *Carina* con que era conocida una de las principales calles de Roma antigua, son aun hoy día testimonio irrecusable de su primer estado: hay una Iglesia en Roma que lleva el nombre de *San Giorgio in Velabro*.

La mayor parte de las casas estaban contruidas con ramas de sauce, llenándose de tierra el espacio que las dividia: los techos eran de balaño. La misma casa de Rómulo, tal como estaba en tiempo de Ovidio y de Virgilio, reparada de siglo en siglo, y conservada bajo una forma antigua con elementos siempre nuevos, no tenia otra construccion. Roma, en la época de su prosperidad, enseñaba con placer ese monumento de su infancia, y se llenaba de orgullo contemplando su cuna. No de otra suerte la

Roma de la cristiandad puede vanagloriarse de que en cierto modo unas lóbregas catacumbas han sido el fundamento del admirable edificio acatado en todos los ángulos de la tierra.

Roma se parecía entonces mas que á una ciudad á una grande aldea cuyas casas alternaban con prados, con bosques y con campos. Estas casas estaban entonces aisladas, procediendo de ahí el nombre de las islas, *insule*, que con el tiempo no se dió ya mas que á las moradas de los pobres.

El círculo que describía el recinto de murallas levantadas por Servio Tulio, reclama la atención de los curiosos, porque la ciudad no tuvo otras murallas hasta la época de la decadencia del imperio romano en tiempo de Aureliano. Dionisio Halicarnacense dice que aquel recinto habia sido construido sobre la cumbre de las colinas y escarpadas rocas que la naturaleza misma habia defendido, y donde eran casi enteramente inútiles los trabajos del arte. La parte de la ciudad orillada por el Tibre, estaba defendida por la misma corriente, y el punto de mas facil acometida estaba protegido con fortificaciones: para esto se habia ejecutado un foso, el cual, aun en los parages mas estrechos, tenia de ancho cien pies sobre treinta de profundidad. En las orillas se levantaba una muralla con terraplen de tal altura que estaba al abrigo de las máquinas de guerra y de las escavaciones que emprendiesen para destruirla. Esta línea de defensa ocupaba siete estadios, es decir unas setecientas toesas. Segun todos los cálculos que han podido sacarse relativamente á la estension de las murallas en tiempo de Augusto, está probado que tenían aun mas longitud que las de Atenas: segun esto, pues, las murallas de Roma debian tener entonces unas tres leguas de circunferencia. En la parte de las murallas que unian el rio con las colinas, se cree que hubo tres puertas. La primera estaba junto al rio, y conducia evidentemente á un camino que pasaba por detras del teatro de Marcelo, y segun los fragmentos de Tito Livio, en que este historiador describe varias inundaciones que se extendieron hácia aquella parte, se deduce que se llamaba *Flumentana*. Es probable que la segunda conducia al centro del *forum olitorium*, y hasta el pórtico Octavio; presúmese que era la puerta triunfal por donde entraban en la ciu-

dad generales coronados. La tercera, situada al pie del monte Tarpeyo, se llamaba *Carmentalis*, del templo ó del altar de Carmenta, madre de Evandro. Las murallas de Servio se elevaban entonces hasta la cumbre septentrional del monte Tarpeyo, y uniéndose con las rocas que en aquel punto eran sobremanera escarpadas, formaban el recinto de la ciudadela que ocupaba este punto. Ladeando en seguida la elevacion del Capitolio, donde estaba el templo de Júpiter, bajaban hasta junto el sepulcro de Bibulo, sepulcro que debia de estar fuera del recinto, segun la costumbre de los romanos de no enterrar los muertos dentro de la ciudad. Desde el valle que media entre el Capitolio y el monte Quirinal, las murallas de Servio seguian la direccion de las alturas hasta la cumbre de esta colina, dirigiéndose despues hácia la parte septentrional de lo que son hoy dia los jardines del palacio Pontificio.

Los arrabales construidos alrededor de este recinto eran muy habitados; pero ninguna muralla los defendia, y estaban espuestos incesantemente á las incursiones de los enemigos de Roma. Con esto, si al casco de Roma, se hubiesen añadido esos nuevos pueblos que se unian á ella diariamente, la estension de la ciudad hubiera sido prodigiosa. Una carta de Ciceron nos revela ya que en su tiempo se trató de aumentar el recinto de la ciudad, comprendiendo una parte de los arrabales. Pero el genio del imperio, el dios Término, no lo permitia; los antiguos lindes debian ser inmutables y la religion impidió á los romanos tocar un recinto que se reputaba sagrado. Tampoco se atrevieron á tocar esos límites Sila ni Julio Cesar. El mismo Augusto, que engrandeció la ciudad dándola nuevos cuarteles, no hizo levantar nuevas murallas. Desde entonces fué necesario que las casas ganasen por lo alto el espacio que no podian tener por lo largo: dióse una escesiva elevacion á los edificios para dar cabida á la poblacion que iba diariamente en aumento, segun autoridad de Vitruvio y de Juvenal.

El emperador Aureliano, conociendo el estado en que estaba reducido el recinto de las murallas de Servio, consecuencia del inmenso engrandecimiento de la ciudad, viéndola al descubierto, y convencido de la necesidad de poner á los habitantes al abrigo de las invasiones

enemigas, determinó hacer levantar un nuevo recinto que comprendiese la mayor parte del espacio habitado. Esta línea de defensa, aunque reconstruida en diferentes épocas, es sin embargo aun hoy día el circuito de Roma moderna mas allá del Tibre.

Estas murallas, cuya conclusion es debida á Probo, eran de ladrillos, diferenciándose totalmente de las primeras hechas de piedras cuadradas. Entre las principales puertas que reemplazaron entonces á las de Servio Tulio, se cuentan la Flaminia, la Pinciana, la Salaria, y la Nomentana.

Publio Victor, Sexto Rufo y otros autores que han tratado de la topografía de Roma, afirman que la ciudad estaba dividida en catorce regiones. Esta division estaba ya establecida en tiempo de Augusto según opinion de Suetonio, pero entonces gran parte de los edificios que las componian debian encontrarse fuera del recinto de Servio, y solo estuvieron comprendidas en el casco de la ciudad al tiempo de Aureliano. Leemos en Suetonio que Augusto la dividió en mil partes comprendidas en catorce regiones.

Nos parece que antes de concluir esta noticia tipográfica de Roma antigua, no será fuera de propósito transcribir un pasaje de Estrabon que le fué inspirado visitando la ciudad en su época mas floreciente, es decir en los principios del gobierno imperial.

«Los griegos, dice, tienen fama de hábiles en el arte de edificar, y de conocer la construcción de las murallas y de las puertas; pero es fuerza confesar que los romanos que han puesto el mayor cuidado en la ejecucion de los pormenores descuidados por aquellos, tales como el empedrado de las calles, la construcción de los acueductos y de los albañales para vaciar en el Tibre las inmundicias de la ciudad. Se han abierto hermosos caminos, ya aplanando ya escavando las montañas, ya terraplenando los precipicios, para facilitar la conduccion de los géneros. Han construido cloacas con altas bóvedas de piedras, por dentro de las cuales puede transitar un carro cargado de inmundicias. Pocas casas dejan de tener depósitos de agua y fuentes abundantes. Marco Agripa hizo mucho para la mejora de Roma, y esta ciudad le debe unos adornos que la embellecen mas todavía. Bien es verdad que los antiguos romanos olvi-

daban los pormenores para ocuparse en proyectos de alta importancia; pero tambien lo es que sus descendientes, no solo no han descuidado las obras de una utilidad real, si que tambien han enriquecido su ciudad con soberbios edificios en los cuales se notan los progresos del lujo y del gusto. Julio Cesar, Pompeyo, Augusto, sus hijos, su máger, su hermana y sus amigos dieron todo el dinero necesario para estos trabajos. El Campo de Marte nos da de ello una prueba. Ademas de la amenidad del suelo se ha enriquecido el arte con los mas preciosos dones. La admirable estension de ese local ofrece un espacio inmenso á la multitud que viene á ejercitarse en la carrera de á pie, de á caballo, y de carros y en los juegos de pelota, del circo y de la lucha. Los edificios que le rodean, la yerba siempre verde que le cubre, y las cofinas que le coronan en la opuesta margen del rio, todo ofrece un espectáculo que llena de admiracion al extranjero. Cerca de esta llanura se encuentra otra cercada de muchos pórticos y selvas sagradas, tres teatros, un anfiteatro y suntuosos templos; y todos estos edificios están tan pegados uno con otro que no parece sino que se ha querido reunir en un mismo centro dos ciudades. Los romanos reputaban sagrado en grado eminente el Campo-de-Marte, levantando en él sepuleros para los mas ilustres ciudadanos: el mas famoso es el *Mausoleo*. Está construido sobre cimientto de mármol junto á las márgenes del Tibre; algunos árboles siempre verdes le dan sombra, y le corona la estatua de bronce que representa á Cesar Augusto. Junto á él están los sepuleros de Cesar, de sus parientes y de sus amigos; detrás está un gran bosque con soberbios caminos dispuestos para el paseo....»

«Cuando el viajero, entrando en el Foro antiguo, considera el aspecto de los monumentos, de los pórticos y de los templos; cuando examina el Capitolio, los edificios que en él se han levantado, y los que adornan el Palatino y el pórtico de Livia, olvida facilmente todo cuanto ha visto en los demas países.»

«Tal era Roma poco tiempo despues de la muerte de Augusto, que es cuando la visitó Estrabon: con el tiempo fue adornada aun mas ricamente, y llegó á ser superior á todas las demas naciones del imperio.»

De todos estos pormenores puede deducirse que Roma ocupó en sus principios solo el monte Palatino, de este se extendió al Capitolino, despues al Quirinal, al Celio, al Aventino, al Esquilino y al Viminal, abrazando una gran parte de la llanura que corre á lo largo del Tíbre hácia el norte, punto en el cual estaba situado el Campo de Marte. De esta suerte Roma estaba fundada en un punto ventilado y saludable, en medio de una region pestilencial, como dice Ciceron en su República.

CAPITULO IV.

Panorama general de Roma moderna. — Caracter de los Romanos. — Modo de vivir en Roma.

«Todo está dicho ya acerca de Roma antigua, dice Menerbes, y por lo mismo no me detendré en inútiles repeticiones: cuando uno tiene el corazón lleno de celestes pensamientos, se desdeña de escribir y de medir algunos estadios de tierra. Con efecto, que tengo que hacer yo de Roma antigua, yo cantor cristiano, que no me complazco mas que en las meditaciones que nacen de las verdades eternas? que puedo decir de esa ciudad de sepulcros donde se han amontonado todas las vanidades de la tierra, estériles y humilladas, en un inmenso osario de las grandezas humanas? Mis recuerdos, mis amores, mis esperanzas, mis abuelos, mi cuna y mi gloria se fundan en la Roma de la Cruz, en la Roma conquistada por el predicador de Galilea.

«Virgilio decia que la Roma de su tiempo eclipsaba la gloria de las demas ciudades de la tierra; lo mismo puedo decir yo de la Roma del Cristianismo. He visto muchas ciudades, y puedo asegurar que todas ellas se parecen mas ó menos; Turin y Florencia no se diferencian de Paris mas que por la poblacion; cuando uno ha visto Marsella, puede juzgar ya de Génova ó de Liorna, y Dijon nos dá una idea de Tolosa: pero Roma no se parece mas que á sí misma. No pretendo decir con esto que ofrezca esta ciudad mas recursos y diversiones, solo si que

tiene una fisonomía particular, un carácter original, un no sé qué que constituye á Roma única, sin que pueda mediar con ella punto de comparacion. Sabeis porqué? porque solo Roma en la tierra presenta una trinidad y una unidad, porque reúne al mismo tiempo lo pasado siempre existente, lo presente siempre real, y un porvenir siempre brillante. Si, Roma, obra misteriosa de lo pasado, del presente y del porvenir, oculta sus pies en los sepulcros de lo que fué, presenta su cuerpo sobre la tierra que contiene lo que es, y levanta su cabeza al cielo donde residen sus esperanzas futuras: heos ahí porque no tendrá jamas punto de comparacion. Lo que la materia es comparada con el pensamiento, la indiferencia con el amor, y la nada con la esperanza, lo son Paris y Londres comparadas con Roma. En Paris, la inteligencia arrebatada por el impetuoso torbellino de la materialidad, rueda sobre la materia inerte; uno no vive en ella, porque la vida del hombre consiste en el pensamiento: por el contrario en Roma la inteligencia se levanta pura y etérea, lanzáse ligera á un mundo poético, á un porvenir dichoso. Por esto mientras palpíte mi corazón, idolatraré en Roma, y mi mansion en ella será para mi esa época de la vida que recordamos siempre con nuevo encanto. Con efecto cada hombre, durante el curso de su existencia, tiene un dia, una hora de predileccion, algun recuerdo en el cual descansa siempre su corazón con placer cuando vuelve atrás los ojos para mirar su pasada existencia; si esta es un desierto árido, aquel momento es el único verde campo en que hemos descansado; si es un valle salvaje y esteril, aquella hora es una palmera solitaria que contemplamos con indecible satisfaccion. En este punto único de la vida es donde el corazón va á buscar un descanso, una sombra de felicidad, un perfume que no encuentra en ninguna otra parte, y en este punto único es donde se refleja toda la dicha que hemos disfrutado acá en la tierra. Si cansado uno del contacto de un mundo hipócrita y perverso, desea un momento de deliciosa soledad; si fatigado de estudios serios, suspira uno por un inocente solaz; si hecho juguete de los pesares, de la afliccion, del dolor, se anhela la dulce alegría del corazón; ah! sin vacilar transpórtese uno con ligero vuelo hácia ese punto único de la vida donde todo

está sembrado de rosas, de flores, de lirios y de jazmines. Cada cual tiene en la existencia un punto de vida conforme con su naturaleza; tocante á mi le encontré en mi mansion de Roma, cuando mi corazon volaba en alas de la esperanza hácia un mundo aéreo.

La capital del mundo cristiano goza de una temperatura muy templada á causa de las colinas que la protejen contra la impetuosidad de los vientos. Su circuito es de cinco leguas ó quince millas italianas. Tiene quince puertas de las cuales la principal es la del *Popolo*, y la mas hermosa la puerta *Pia*, situada á levante. El Tibre que reúne en las vertientes del Apenino las olas no muy cristalinas que dirige hácia el Mediterráneo, divide la ciudad en dos partes principales, de las cuales se llama una *città Leonina* y mas comunmente *Transteveriana*. Roma está repartida en catorce cuarteles ó *rioni*, de los cuales el mas hermoso es el del *Borgo* que comprende la mayor parte de las maravillas de Roma moderna, y entre otras la iglesia de San Pedro: los demas cuarteles están diseminados sobre las siete famosas colinas. Las calles son en general hermosas, grandes y espaciosas pero mal conservadas: las que mas se frecuentan son las del *Babuino* y del *Corso*. En esta inmortal ciudad hay trescientas veinte magníficas iglesias, cada una de las cuales ofrece algo de notable, ya por la riqueza de los mármoles, ya por la arquitectura, ya por la pintura: y por cierto, allí donde han trabajado Miguel-Angel, Rafael, Bramante, el Domiquino y Guido, no es de admirar que á cada paso se encuentren prodigios. La ciudad está dividida en ochenta y una parroquias de las cuales treinta y ocho están al cargo de religiosos cuyos conventos se tocan con la iglesia parroquial. Cuéntanse en Roma ciento sesenta mil habitantes, poblacion muy corta y que convierte la ciudad en un inmenso desierto atendida su grande estension. La justicia se administra en el Capitolio por medio de magistrados municipales presididos por un *senador*; el gobernador de Roma es al mismo tiempo intendente general de policia, pero el que ejerce el poder superior es el cardenal-camer-lingue, y una de sus principales funciones consiste en que así que ha muerto el papa hiere varias veces su frente llamándole con su nombre. No dándosele respuesta, llama á los

de su comitiva por testigos de la muerte del pontífice, despues de lo cual quita de manos del cadáver el anillo de pescador besándole con respeto, y se retira. Mientras permanece vacante la Santa Sede, gobierna el estado de la Iglesia, hace acuñar moneda con su nombre, ejerce el ministerio de gracia y justicia, publica edictos y no sale jamas sino escoltado por guardias de corps. No hay ningun pais en el mundo donde se viva con mas libertad que en Roma, sea cual fuere la situacion en que uno se encuentre. Hay en ella ademas muchísimos colegios en los cuales se enseña gratuitamente; en el de la sabiduria se recibe instruccion sobre todas las ciencias, y en la universidad han procurado siempre los sumos pontífices que hubiese profesores los mas distinguidos.

Uno de los mas hermosos adornos de Roma le forman sin contradiccion la mayor parte de las fuentes que embellecen sus plazas, así como una de las mejores cosas de la ciudad es el agua que en ella se bebe y que no tiene igual. Difícilmente podrá uno formarse idea de la magnificencia de estas fuentes, si no las vé: las principales son *l'Acqua Paola* en el monte Janículo, la fuente de *Trevi*, acaso la mas abundante y saludable, la de *Piazza Navona*, donde está el mercado público; *l'Acqua Felice* sobre el monte Quirinal, así llamada porque el Papa Sixto V llamado Felix Perretti la hizo restaurar; la de la *Piazza de Spagna*, llamada por el pueblo *Barcaccia*, la de las Tortugas y sobre todo las dos de la plaza de San Pedro.

«Las casas de campo, los viñedos, los jardines de Roma y de sus cercanias, no son menos hermosos que sus iglesias y sus palacios dignos de ser habitados por reyes: apesar de que la ciudad ha sido saqueada catorce veces por los bárbaros, no se puede sin embargo dar un paso sin encontrar algo que recuerde su primitiva grandeza.

«Las contribuciones son módicas, y todos los géneros alimenticios no pagan mas que cortos derechos, cosa que contribuye á que se viva con comodidad y baratura. Pero el aire es malsano para los estrangeros, los cuales deben usar de grandes precauciones para evitar la influencia pestilencial conocida con el nombre de *aria cattiva*.

«Las murallas son de ladrillo, ni mas ni me-

nos que las trescientas sesenta torres que las flanquean, todas mal conservadas, de manera que en caso de embestida no serian muy fuerte defensa.

« Los paseos públicos de Monte Pincio son muy agradables y plantados de hermosos árboles, desde los cuales se goza de la vista entera de la ciudad: pero la *Villa Borghese* borra de la imaginacion los paseos más hermosos que se hayan visto en las mejores capitales del mundo. Encuéntrase esta inmensa Villa á la izquierda saliendo de la puerta *del Popolo*; aunque pertenezca á la casa de Borghese, ha pasado en cierto modo á ser de dominio público desde la época del papa Paulo V.

« En Roma casi todos los dias de la semana tienen lugar solemnísimas fiestas patronales de alguna iglesia ú orden religioso. Los templos están entonces adornados con una magnificencia extraordinaria y al mismo tiempo con el mayor lujo; las luces de millares de cirios reemplazan la claridad del dia; una música exquisita, compuesta de veinte y cinco instrumentos y otras tantas voces atrae siempre un numeroso gentio.»

Los romanos modernos.

« No es muy facil, dice el mismo Menerbes, juzgar con imparcialidad á un pueblo y dar á conocer su fisonomia tal cual es. Cegados por la preocupacion nacional, apenas podemos consentir que otros pueblos tengan otras ideas, otras costumbres y otro carácter que el nuestro. Los pueblos son como los individuos, odian los defectos de sus vecinos, y erigen los suyos en virtudes. El flemático detesta la ardiente é incómoda actividad del bilioso, y este no comprendiendo que una alma pueda animar un cuerpo sin dar accion y movimiento continuo, desprecia al primero: ambos hacen mal. El pesado alemán no amará nunca al ligero italiano, y este se burlará de aquel, pero sin que ninguno tenga razon para lo uno ni para lo otro.

« Los romanos de nuestros dias no tienen de comun con los contemporáneos de Fabricio ó de Escipion más que el nombre: el heroico carácter del pueblo rey ha bajado á la tumba con Cásio, el último de los romanos. Juguete de mil revoluciones, invadida sucesivamente por

todos los bárbaros del norte, la ciudad de Roma ha debido perder necesariamente su antigua poblacion mezclándose esta con la de los pueblos del norte: puede decirse que de los hijos de Rómulo no quedan mas que los fieros *Trans-terverinos* que llevan escritos en su fisonomia antigua sus títulos de nobleza. Asi que esta mezcla de todos los pueblos produce en la ciudad de Roma una grande diversidad característica en cada uno de sus cuarteles. Las costumbres pasan por relajadas, y un infame comercio robustece esta asercion: acaso pueden señalarse de él por principales causas el grande concurso de extranjeros que acuden á Roma de todas las naciones, la sed de oro ardiente en los romanos, y la amplia libertad de que gozan. Existe una especie de proverbio popular que traza el cuadro de Roma de una manera muy enérgica: *Si quis dixerit puellam romanam tredecim annis natam virginem esse, anathema sit!* mi pluma no se atreve á traducir esta sátira exagerada, y la abandona á los que entienden el latin.

« Con dolor debe confesarse que no es la fé muy fuerte entre algunos romanos; en cambio lo son la desidia, los zelos y la venganza: apesar de esto son prudentes, astutos, circunspectos en sus palabras y hábiles en eludir los medios de que otros se valen para insinuarse en su corazon. Cuando se logra poseer su confianza, se encuentra en ellos unos amigos generosos y leales. La sed de oro ha pasado entre ellos á ser mania. La juventud romana es valiente, generosa, llena de nobles sentimientos, pero por desgracia impia, y no cree mas que en la resurreccion de la *joven Italia*; la iniciacion en las sociedades secretas es para los jóvenes una apostasia irrevocable.

El pueblo romano está dividido en cuatro clases bien marcadas: 1º los eclesiásticos, que son muchos y en la generalidad muy pobres; 2º los magnates, y todos los empleados en la corte pontificia; 3º sus criados y dependientes, clase muy numerosa; y 4º el pueblo bajo. La mas hermosa cualidad de los romanos y de todos los italianos en general, consiste en una grande sobriedad y templanza. Durante todo el tiempo de mi permanencia en Italia, no he visto siquiera un ebrio, mientras que en Paris, en esa *reina de la civilizacion*, como se dice en este pomposo, no he estado un solo dia sin encon-

trar algun *rey de la civilizacion* estendido brutalmente por tierra ó con la cabeza ensangrentada por sus caídas.

«Estas son mis observaciones respeto á los romanos; pero me abstendré de hacer mas reflexiones, porque nadie tiene derecho de juzgar severamente á un pueblo, cuyas imperfecciones proceden del clima, de las instituciones y de las leyes; ademas los defectos de nuestros vecinos no hacen desaparecer los nuestros. No convengo con esos preceptores del jénero humano que quieren imponer á un pueblo sus costumbres, sus ideas, sus sistemas y su carácter particular, como si sus luces privadas pudiesen borrar en un dia las tradiciones de un pueblo entero. El espíritu de tolerancia es no solo efecto de una filosofia ilustrada, si que tambien debe serlo de un verdadero discípulo del evangelio.»

Modo de vivir en Roma.

«Cuando una voz interior os diga un dia: — Vé á ver la ciudad Santa, la nueva Jerusalem! — no desecheis esta idea como una sugestion importuna. Por medio de las líneas de vapores que cruzan el Mediterráneo, el viaje cuesta muy poco, y aunque se prefiera ir por tierra, todos saben que el viajar no cuesta mucho en Francia, y en Italia mucho menos. Hablo aqui de los que viajan solos ó en compañía de un amigo. Lo esencial es conocer un poco la lengua del pais donde uno se dirige, pues de otra suerte se espone el viajero á ser engañado en cada parada. En Italia no hay diligencias públicas como en otros paises, pero en todas las poblaciones de alguna consideracion se encuentran *vetturini* los cuales ponen á disposicion de los viajeros carruages de todas dimensiones. La primera operacion del que llega á Roma es ponerse corriendo de papeles: los aduaneros de la puerta del *Pueblo* os piden el pasaporte, le retienen y dentro de tres dias se debe ir en busca de una carta de residencia en el palacio de la Policia general que está detrás de San Luis de los Franceses. Vuestro *vetturino* os conducirá á una *locanda* ó casa de huéspedes, donde por un franco diario, y aun por menos se alquilan cuartos muy decentes y bien amueblados. Así que el reloj del monte Quirinal daba las diez de la mañana

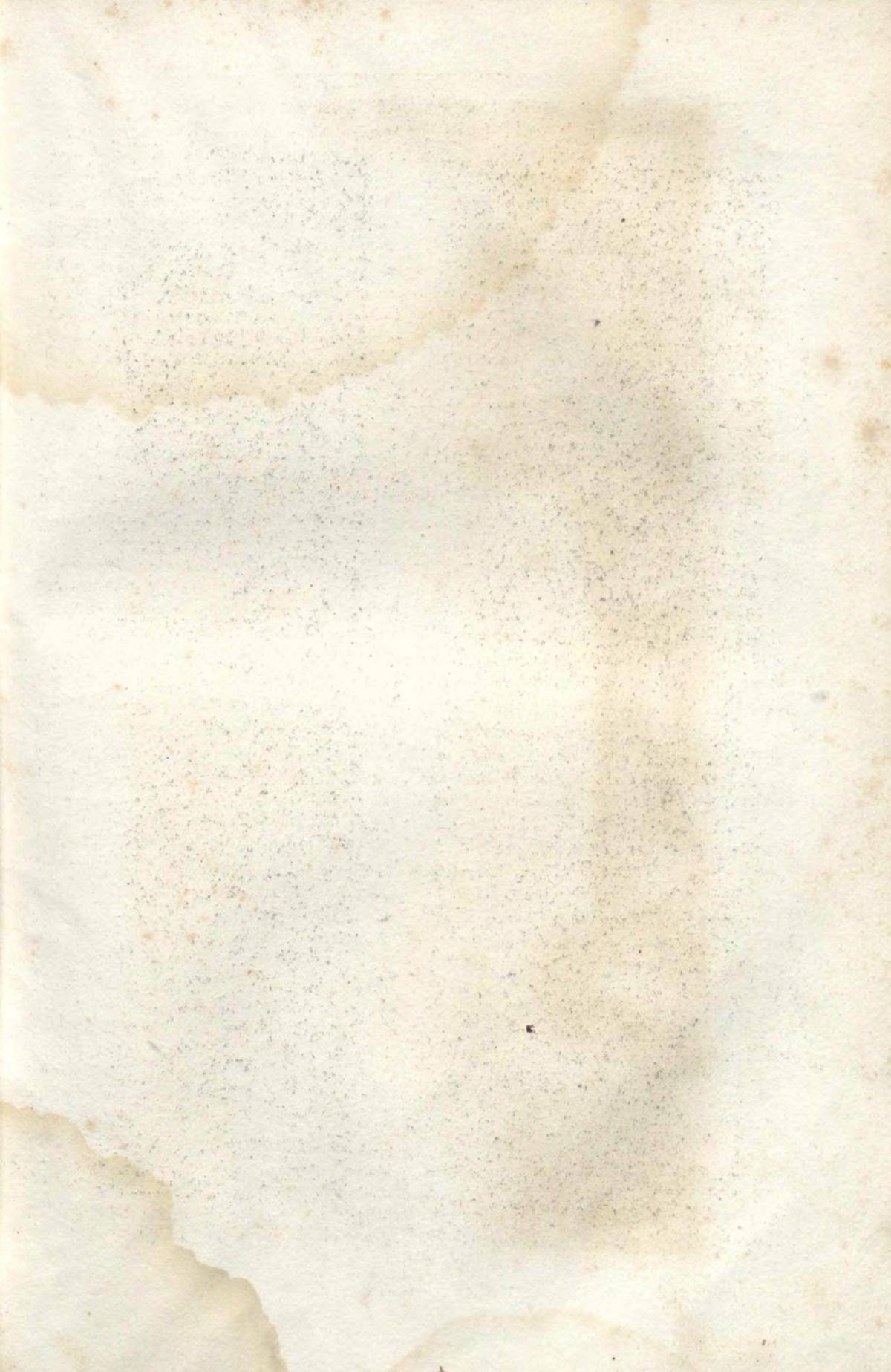
se dirigia Menerbes al café de Giglio, en la plaza de la *Coluna*, y por cuatro sueldos y medio tomaba una taza de chocolate mezclado con café y un panecillo. De paso diremos que en Roma no tiene de extraño ver á los eclesiásticos en el café, pues es costumbre generalmente introducida: por otra parte los cafés son muy decentes, y casi en todos ellos arden dia y noche dos lámparas delante de una imagen de la Santa Virgen. El papa actual Gregorio XVI iba diariamente, antes de su elevacion al pontificado, á tomar su chocolate en el mismo café frecuentado por Menerbes. A las cinco de la tarde se dirigirá el viajero á la fonda de la *trattoria della lepre* en la calle de *Condotti*, donde comerá perfectamente por treinta sueldos. Por la noche se toma café en invierno y un sorbete en verano por cinco sueldos: es decir que con menos de doce reales se tiene posada y se come perfectamente. Sea cual fuere la religion, la patria, el estado, y el modo de pensar de un viajero, se goza en Roma de la mas amplia libertad. Solo cada tres meses es preciso renovar la carta de permanencia. El viajero procurará mucho librarse del aire malsano, no salir de su casa muy de mañana ni durante los ardores del sol, y preferir las posadas que estén en los cuarteles mas frecuentados.

CAPITULO V.

Ruinias y monumentos de Roma. — El Capitolio. — Escalinata del Capitolio. — Rienzo. — Ara Coeli. — Museo Capitolino. — Roca Tarpeya.

DESPUES de haber echado una rápida hojeada sobre el conjunto de Roma, entremos á examinar sus muchas ruinas y sus monumentos, empezando por esas colinas en honor de las cuales los antiguos romanos habian dedicado anualmente una fiesta solemne: la mas famosa es sin contradiccion el monte Capitolino. Tuvo varios nombres en distintas épocas; primero fué llamado Saturnino, y despues Tarpeyano.

Quando el viajero se dirige al Campidoglio (*Capitolio*) por la *via Lata*, hoy dia el *Corso*,





Cockerell del.
7

8

9

Andri edit.
10

11

Darmier sc.
12

Ristaurazione del Foro Romano.

Roma.

Restauration du Forum Romanum.

á causa de las corridas de caballos que en ella tienen lugar, late con la mayor violencia su corazón. El Capitolio! esta sola palabra reasume todas las glorias, todos los triunfos del pueblo romano. Allí estaba el palacio de la nación, el centro de su poder, la asamblea pública del universo, en espresion de Ciceron. Parece que va á ver á los senadores sentados en sus sillas curules y discutiendo, bajo la presidencia de los dos cónsules, los intereses de la república, ó bien que amanece uno de aquellos gloriosos dias en los cuales eran conducidos con mucha pompa al Capitolio los triunfadores, cubiertos de oro y púrpura. . . . Pero la ilusion desaparece al momento, pues no se descubre mas que una inmensa escalinata, ó por mejor decir una rampa que conduce á la cumbre de aquella colina, la cual no conserva de la antigüedad mas que el nombre y los recuerdos.

Reconstruyámosle, pues, con el pensamiento tal como era en los antiguos tiempos, y luego despues le describiremos tal como existe hoy dia. El monte capitolino tiene la forma de una elipse irregular, sesgada hácia el oeste; en ambas estremidades se levantan dos cumbres; á la del norte se dió el nombre de Capitolio, y á la otra el de Arx, porque en ella se construyó la ciudadela de Roma. Entre las dos se estiende un pequeño valle llamado *Intermontium*, valle que actualmente es mucho menos profundo de lo que lo fué en los antiguos tiempos. Con efecto Roma moderna puede decirse que está levantada sobre el suelo cuarenta pies mas que Roma antigua, pues los valles que separaban las colinas se han llenado con las ruinas de los edificios.

El Capitolio era al propio tiempo una fortaleza y un santuario. Rómulo hizo construir en él un templo á Júpiter; Tarquino el antiguo, Servio Tulio y Tarquino el soberbio, continuaron los trabajos principiados por Rómulo. Algunos años despues de la espulsion de los reyes el consul Horacio Pulvilio tuvo la gloria de completarle, con una solidez y una magnificencia á la cual sus sucesores, segun espresion de Tácito, no hicieron mas que añadir adornos y riquezas. El templo fué destruido durante las guerras civiles de Mario y Sila, y reconstruido algun tiempo despues. Pero no tardó en ser presa de las llamas cuando tuvieron lugar las reyer-

tas promovidas entre los partidarios de Vitelio y de Vespasiano. Tácito habla de este incendio con la mayor indignacion, pues en aquel templo estaban depositados los archivos públicos y los recuerdos mas circunstanciados de la historia romana. Pero bajo el reinado de Vespasiano y el de Domiciano su hijo, el Capitolio salió de sus ruinas rodeado de nuevo esplendor, y adornado con rejia magnificencia. Los edificios que entonces fueron reconstruidos se destinaron sin duda al mismo objeto á que estaban dedicados antes de aquella catástrofe; pero se hizo todo con mas esmero, con mas simetria y magestad.

La entrada que mira al norte conducia debajo de un arco triunfal en el centro de la colina, y hácia un bosque llamado *Asilo*, consagrado por Rómulo. Dos templos se descubrian en la cumbre oriental del monte Capitolino. A la izquierda el de Júpiter Feretriense, y á la izquierda el de Júpiter Custos, ambos dominados por otros templos dedicados á las divinidades inferiores, á la fortuna, á la fidelidad etc. (Pl. 125.) En el centro, una pirámide circular formada por una reunion de edificios majestuosos, indicaba la mansion del protector del imperio, Júpiter Capitolino. Sostenian la bóveda del templo unas hermosísimas columnas y el interior estaba adornado con todo el lujo de las artes, y enriquecido con los despojos del mundo entero. En el centro del edificio las imágenes de Juno y de Minerva estaban colocadas á derecha é izquierda de Júpiter, el cual sentado en un trono de oro, blandía con una mano el rayo vengador, y llevaba en la otra el centro del universo.

Cuan ricos de interesantes recuerdos son esos lugares! Allí el senado en peso acompañaba á los cónsules cuando iban á ser revestidos de las insignias militares é imploraban la benevolencia de los dioses antes de marchar á la guerra. Allí comparecian los generales vencedores para suspender de las paredes de los templos los trofeos de los vencidos, y para ofrecer á Júpiter, junto con hecatombes sagradas, los monarcas encadenados y tributarios de Roma. En este venerado recinto se reunian los senadores en momentos de peligro y en dias de crisis para deliberar en cierto modo ante las divinidades tutelares de la patria. Allí eran promulgadas las leyes acatadas por el orbe entero, y se conservaban en este

templo como un depósito confiado á manos inmortales. En las puertas de esos edificios resplandecientes de oro y plata se levantaba humilde y modesto, recordando la sencillez de los primitivos tiempos, un monumento venerable para los romanos.... el palacio de Rómulo. Hoy día no es solo este edificio lo que ha sido destruido, sino tambien los demas palacios, templos y estatuas que han sido devorados por las llamas, de modo que no quedaron mas que vastas ruinas, altas murallas y un inmovil peñasco. El nombre mismo del capitolio ha sido adulterado con el transcurso de los tiempos y transformado en la denominacion semi bárbara de Campidoglio.

Los edificios que se descubren hoy dia en él (Pl. 122 y 123.) son de construccion moderna. En la parte opuesta al Foro romano solo una rampa conduce á la cumbre donde se encuentra una pequeña plaza llamada el Campidoglio; dos leones antiguos adornan el pié de la rampa, y dos colosos de un trabajo no muy delicado dominan la cumbre. Llámense estos Castor y Pollux, y cada uno de ellos tiene tambien á su lado un caballo tambien colosal. Junto á estas estatuas se ven dos trofeos de mármol, llamados trofeos de Mario, pero que segun opinion de algunos anticuarios fueron erigidos en honor de Trajano con motivo de las victorias ganadas contra los Dacios. En seguida se encuentran dos estatuas, una de ellas de Constantino Augusto y otra de Constantino Cesar, encontradas en los baños de Constantino sobre el monte Quirinal; despues hay dos columnas, de las cuales la de la derecha subiendo es la antigua columna miliaria, que notaba la primera milla de la via Apia, donde se encontró en el año de 1585. La otra columna solo se hizo para que con ella formase juego. Por fin llegamos á la famosa estatua ecuestre de Marco Aurelio, de bronce, descubierta en el Foro de Trajano, y colocada en el centro de la pequeña plaza del Capitolio. Dícese que es la única hecha en bronce que nos queda de la antigua Roma, y merece con razon el título de obra maestra (P. 123).

Ignórase á quien se debe este monumento de Marco Aurelio, pero uno no puede pasar por delante de la imagen de ese emperador filósofo sin un sentimiento de amor y de respeto. Está representado en actitud de hablar al pueblo; es-

tiende la mano inclinándose un poco, no lleva en ella el distintivo de mando, pues el padre de la patria quiere que todos sus afectos penetren en el corazon de los que le escuchan; no es un amo que manda, sino un amigo que desea; no exige, sino que persuade. Y esta actitud es tan natural, su magestad tan bondadosa, y el trabajo tan perfecto, que uno no sabe ni puede hacer mas que admirar: reconócese en él al padre del pueblo. Tocante al caballo une con el vigor las formas mas elegantes: cuan envanecido está de sostener á ese buen príncipe! a un hombre grande! El distinguido artista Pedro de Cortona, no pasaba jamas por delante de él sin exclamar, — Anda, pues! no tienes vida?

Al pie de esta estatua ecuestre fué donde se inmoló en el siglo diez al antipapa Bonifacio VII ó mas bien Franconio. Sublevóse el pueblo y le ahorcó del cuello del caballo de bronce, es decir que la efígie de un hombre grande fué convertida en cadalso, profanacion inicua, que solo puede excusarse con la efervescencia de los sacudimientos populares.

Tambien al pié de esta misma estatua pereció Colas Rienzo, víctima del furor del pueblo á quien habia sabido exaltar, mas no dirigir. Veinte puñaladas recibió delante de esa efígie de un emperador bondadoso.

Mientras estamos en el Campidoglio, y antes de hablar de los monumentos que le adornan, echemos una ojeada sobre ese edificio que se levanta á nuestra izquierda, dando cara á la rampa (Pl. 122). Al lado está una graderia en direccion oblicua. Fué construida en el año de 1348, un año despues de la catástrofe de Rienzo, y conduce á la iglesia de l'Ara Caeli. Muchos sabios presumen que este edificio ocupa el sitio mismo donde estuvo el templo de Júpiter Capitolino. Veinte y dos columnas de granito son los hermosos restos del antiguo pórtico: Sila las mandó sacar del famoso templo de Olimpia.

El interior de la Iglesia de Ara-Caeli está sostenido por veinte y dos hermosas columnas antiguas de granito de Egipto. La tercera columna á la izquierda, entrando por la puerta principal, lleva encima esta inscripcion: *A cubículo Augustorum*. Pedro del Valle descansa debajo de esas bóvedas, y un modesto sepulcro contiene sus preciosos restos. Este famoso viajero nació



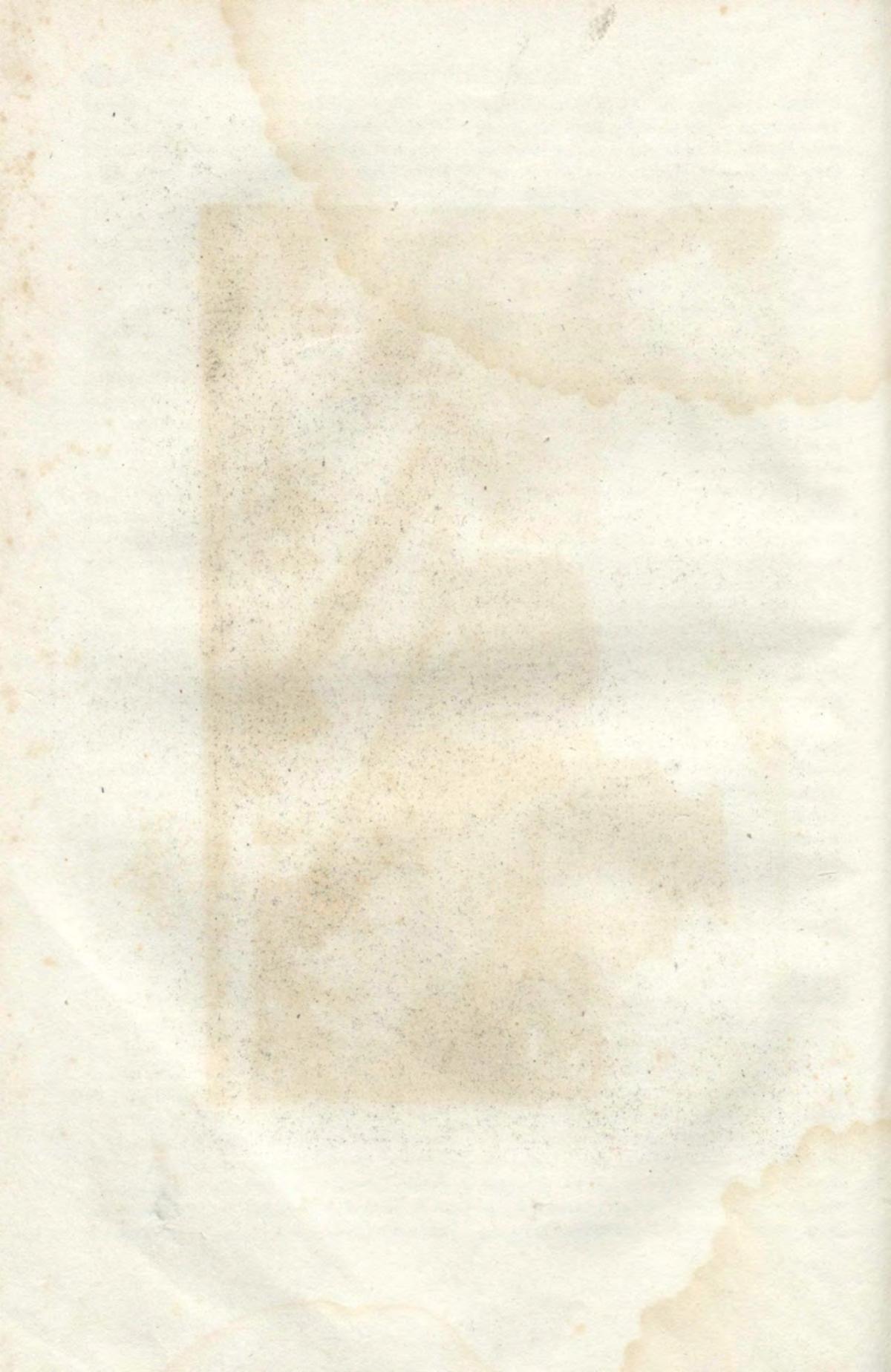
Le Capitolie.

Il Campidoglio.

Piranesi del.

Audinet sculp.

Aubert sc.



á fines del siglo décimo quinto, y despues de haber combatido contra los berberiscos en una escuadra española, se embarcó para visitar los santos lugares y otros países de Oriente. Dícese que Augusto hizo construir á corta distancia de esa iglesia un altar consagrado al Dios primer nacido, *Ara primogeniti Dei*, de donde deriva por corrupcion el nombre de Ara Cæli que lleva actualmente el templo. Cerca del altar mayor hay una Sacra Familia de Rafael, bastante mal restaurada. En la capilla de San Francisco hay hermosas pinturas debidas á Trevisani.

Si desde este punto vuelve el viagero á la plataforma del Capitolio, vuelta la espalda á la graderia principal, ofrécese tres monumentos muy notables, menos dignos de atencion por su arquitectura que por el nombre de su divino autor:

Michel, piu che mortale, *angel* divino,
Miguel, mas que mortal, *angel* divino.

Aunque algunos críticos le echen en cara el haber construido lo que llaman un convento de capuchinos sobre los ilustres cimientos del Capitolio: sin embargo, nosotros vemos en ello un pensamiento profundo del artista que ha levantado en los aires el Panteon de Agripa. Cuando trazaba el plan de los edificios del Campidoglio, no pudo acaso decir para sí: «Si viviese en tiempo de Cincinato y de los Escipiones, entonces construiria monumentos dignos de aquellos héroes y de su siglo; pero ya que hoy dia solo reina Roma por la humildad y por la caridad cristiana, construyamos monumentos humildes.

Apesar de esto, guardémosnos de concebir una opinion poco ventajosa del palacio senatorial que dá frente á la escalinata del Capitolio, ni mucho menos del museo capitolino y del palacio de los conservadores, situados á la derecha y á la izquierda, pues no dejan de tener mérito todos estos edificios construidos por orden del papa Paulo III. La fachada del *Palazzo de Conservatori* está adornada con la estatua de Roma triunfante, con otras dos encontradas antiguamente en los jardines de Salustio, con un grupo de un leon devorando un caballo, la estatua colosal del emperador Cómodo, otra de Julio Cesar, y una columna rostral colocada an-

tiguamente en el foro en honor de Dulio, por haber ganado la primera batalla naval contra los cartagineses: tales son los principales objetos que se descubren debajo la arcada del palacio de los conservadores. A la derecha se encuentra un recinto llamado la Protomoteca, compuesto de ocho salas enriquecidas con retratos de los italianos mas célebres, bustos trasladados en gran parte del Panteon por Pio VII.

En la primera sala se admiran algunos buenos cuadros de Arpino, tales como el combate de los Horacios y de los Curiáceos, la fundacion de Roma por Rómulo, el rapto de las Sabinas, etc. La segunda y tercera contienen entre otras pinturas un Horacio Cocles de Laurenti, un busto de bronce de Junio Bruto, y un grupo de Diana Triformis, la cual en realidad presenta tres formas las cuales hacen alusion al cielo, á la tierra y al infierno. Una Sacra Familia de Julio Romano, algunos cuadros de Anibal Carraccio, unos bustos de Safo y de Sócrates, las estatuas de Virgilio y de Ciceron, y varias composiciones de Romanelli y de Caravagio, tales son las obras mas interesantes de los artistas italianos que adornan las demas salas de la Protomoteca: ademas en la cuarta sala están depositados los fastos consulares. La mayor parte de esos preciosos restos de la antigüedad fueron encontrados en el foro romano, cerca de la iglesia de Santa Maria Liberatriz, durante el pontificado de Pablo III. En 1816 se descubrieron aun otros nuevos fragmentos á corta distancia de las columnas que se dice haber pertenecido al *Comitium*.

El edificio situado á la izquierda del Capitolio encierra el museo Capitolino, cuyos adornos y riqueza se deben en gran parte á Clemente XII. En las paredes de la grande escalera están incrustados los preciosos fragmentos del gran plan de Roma terminado en tiempo de Caracalla. La parte que habia sido hecha antes de este príncipe es de una ejecucion muy superior. Estos preciosos restos se encontraron en el templo de Remo, al cual servian de pavimento, y se reconocen en su vista muchos monumentos cuyos restos subsisten aun hoy dia. Despues de haber obtenido permiso del mayordomo, visitó Audot el museo con la luz de algunas bugias, y con esta tranquila claridad que reflejaba sobre las estatuas y los bustos, creyó ver revivir los gran-

des hombres cuyas preciosas imágenes animan y pueblan las galerías.

Vense en él pinturas que representan los primeros acontecimientos de la república romana. La sala de los directores del Museo está adornada con estatuas egipcias encontradas en *Canope*, edificio de la *Villa Adriana*; en la segunda sala se admiran un Pluton y un Cerberó descubiertos en los baños de Tito. En medio de tantas riquezas, entre las cuales llama la atención un Cupido, antiquísima copia de Praxiteles, detengámonos unos instantes delante de los monumentos recomendables por su antigüedad ó por la ilustración de sus autores. Encuéntrase en una sala una copa inmensa encontrada cerca del sepulcro de Cecilia Metela y sostenida sobre un pedestal etrusco. Alrededor de esa elegante escultura se encuentran muchos otros hermosos restos de la antigüedad.

La preciosa colección de los emperadores dá nombre á la sala que los contiene. He aquí los mas notables:

Busto de Caracalla: aire de ferocidad y de locura.

Busto de Domiciano: labios apretados.

De Nerón: cara redonda, hundida hácia los ojos: frente y barba salientes: aire de un esclavo griego entregado al desenfreno.

De Agripina y de Germánico, este afilado y flaco, aquel serio.

De Juliano; frente pequeña y estrecha.

De Marco Aurelio: despejada frente; está mirando al cielo.

De Vitelio: nariz abultada, mejillas llenas, ojos pequeños, y cabeza algo comprimida, como la del cerdo.

Busto de Cesar; flaco, arrugas profundas, admirable viveza, frente proeminente entre los párpados, cejas bajas que casi tocan los ojos, boca grande y singularmente espresiva, parece que va á hablar y sonreirse, nariz no tan aguileña como se la pintan, sienes aplanadas como Napoleón, barba redonda y doble: imaginación y genio.

Los bajos relieves de Andrómedes salvada por Perseo, y sobretudo el de Endimión, son de un trabajo esquisito.

La sala denominada de los filósofos porque en ella dominan, contiene un busto de Cicerón que revela perfectamente el carácter del empe-

rador romano, con su mezcla de timidez y jactancia. Ciertamente es aquel Cicerón que teme á los que no son temibles, á Vatino por ejemplo y muchos otros, que desconfía de Pompeyo apesar de que este guerrero no pensaba mas que en descansar á la sombra de sus antiguos trofeos, y que por el contrario nada recela de aquel Cesar que se encamina á dar un amo á la Italia dividida por la anarquía; es por fin aquel Cicerón que llegado al último período de su existencia no se consuela mas que imperfectamente de sus desgracias con los estudios filosóficos á los cuales debe su nombradía, y que echa menos las borrascas civiles que cubrieron de espuma su púrpura consular.

Un busto de Aristóteles está lleno de espresion, de fuerza y de inteligencia. Tocante á las siete cabezas de Pluton, no son mas que otros tantos Bacos barbudos ó indianos. En fin, el retrato de Gabriel Faerno, poeta y fabulista latino, es uno de los mas hermosos bustos de Miguel Angel.

La sala del gladiador moribundo merece mención particular, pues en ella se han reunido las obras maestras de la antigüedad. El gladiador sobretudo, que ha dado nombre al gabinete, es uno de los mas hermosos restos de escultura que han llegado hasta nosotros. Un Antinoo, una Venus que parece animada, un Apolo magnífico, y el busto de Marco Bruto, escitan también la admiración.

Delante del Capitolio no olvidemos uno de los objetos mas dignos de nuestra curiosidad; tal es la famosa loba (*Pl.* 123.) en la cual se descubren distintamente los vestigios del rayo que cayó sobre de ella el mismo dia de la muerte de Cesar.

El palacio de los señadores, al cual se dirige de ordinario el viagero cuando sale del museo Capitolino, nos ofrece una hermosa gradería con dos rampas, obra de Miguel Angel, al pie de las cuales se encuentran los dos colosos echados del Tíbre y del Nilo, asi como la estatua mutilada de Minerva, llamada de Roma triunfante. La sala grande sirve para las sesiones del tribunal senatorial, el cual, apesar de su grande título, no ejerce mas que una jurisdicción civil muy limitada.

Hacia mucho tiempo que no existía ya el senado romano, cuando á fines del siglo doce, el



Foronari del

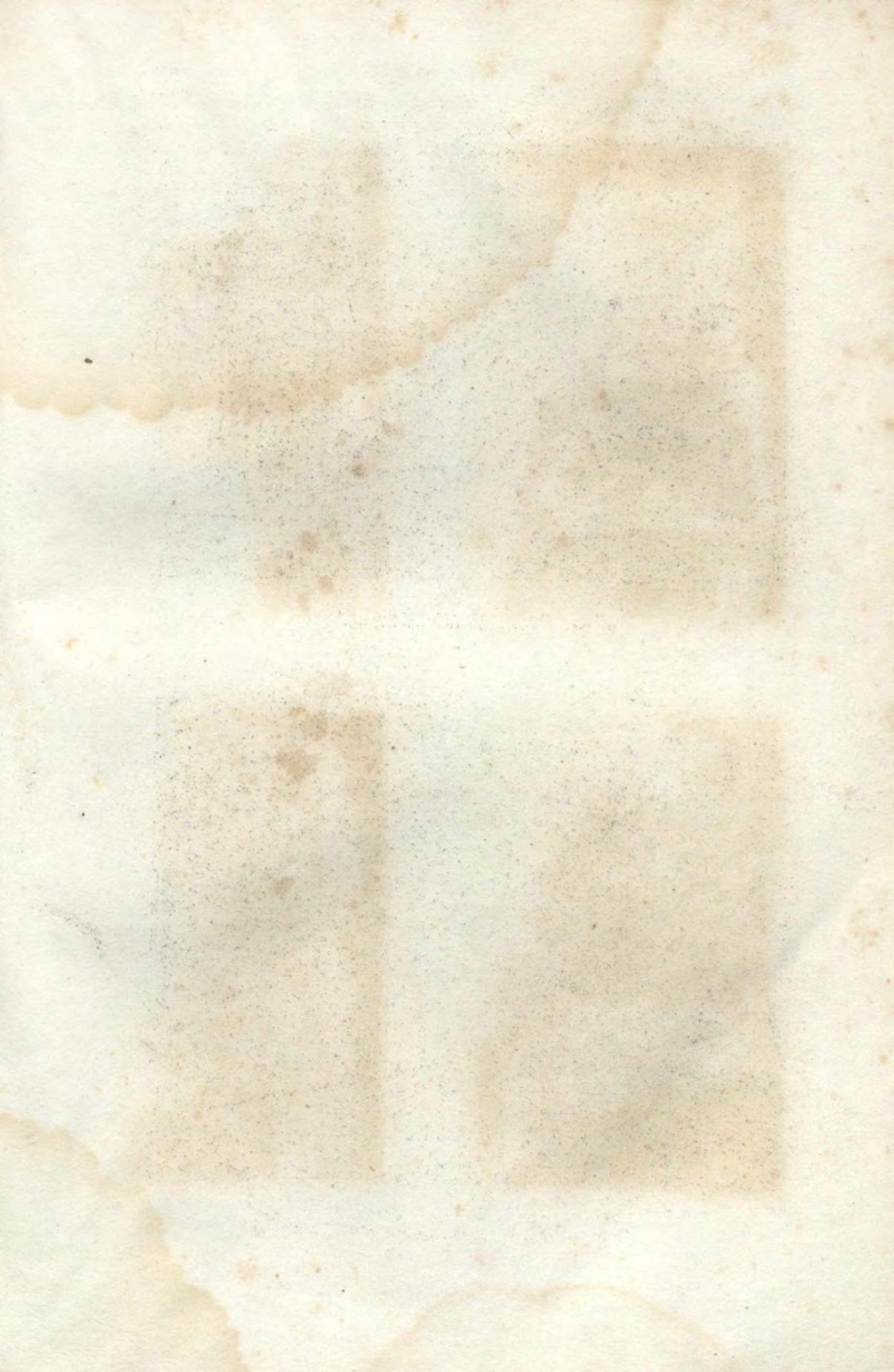
Campidoglio di fianco.

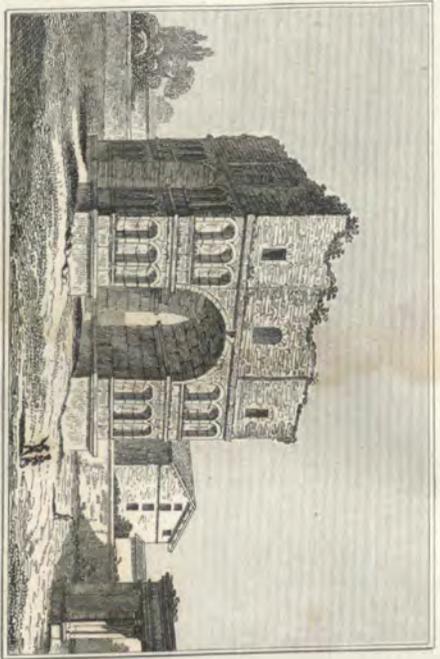
Andet 684.

Rome. Rampe du Capitole.

Barruc 44.

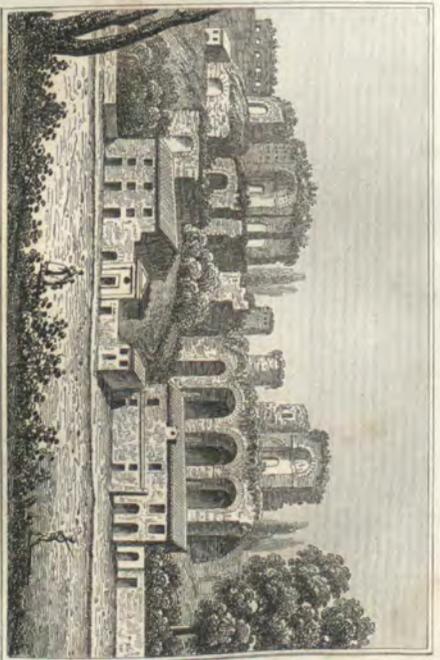




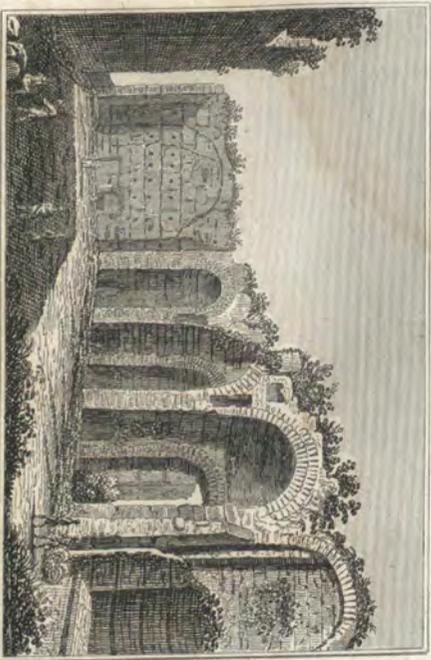


Arco di Giano quadrifronte.

Roma.

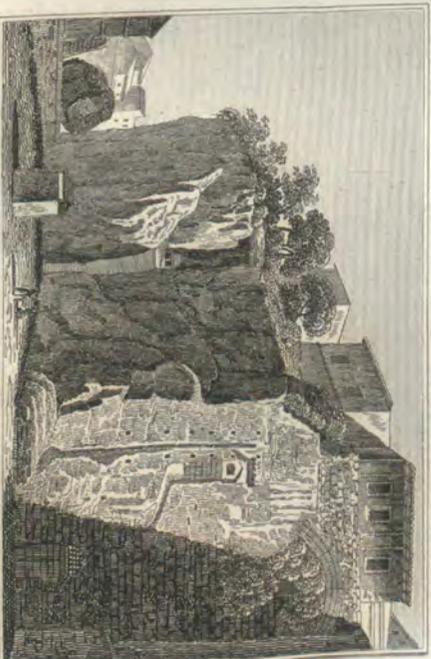


Palazzo de' Cenci.



Terme di Caracalla.

Indet. edit.



Regge Imperia.

Per. Sordani sc.

papa Celestino III, cediendo á las reiteradas instancias del pueblo, consintió en reconocer la autoridad de un magistrado que tomó el título de Senador de Roma. No bien hubo Celestino colmado los deseos de los romanos, cuando no se contentaron estos con una institucion mal cimentada, sino que buscaron en un magistrado extranjero una mano fuerte y única que pudiese poner coto á la ambicion de los nobles del pais. Nombráronle senador y le dieron habitacion sobre los mismos cimientos del edificio donde antiguamente se reunia el senado. El primer senador fué Benito Carissimo.

El palacio de los senadores fué erigido en 1390 por Bonifacio IX, sobre el antiguo Tabularium ó sean los archivos del estado, coronando magestuosamente su centro la torre del Capitolino.

Esta torre está elevada como doscientos cincuenta pies sobre el Foro Romano: la domina la estatua de Roma cristiana, y la famosa campana Patarina tomada á los Viterbenses, segun la costumbre de la edad media en la cual servian de trofeo para el conquistador las campanas y las puertas de las ciudades vencidas. La Patarina sirve para anunciar dos acontecimientos que contrastan de una manera singular: la muerte de los papas y el principio del carnaval.

« Cuando hué llegado á la plataforma, dice un ilustre viagero, dominaba á un tiempo la Roma antigua y la Roma moderna. En el estrecho valle que me separaba del monte Palatino, se estendia el Foro Romano, el foro donde en otro tiempo se pesaban los destinos de la tierra. Al nordeste aparecia la magestuosa cúpula de la iglesia de San Pedro; veia asimismo el castillo de San Angelo, la columna Antonina que se descubre á la izquierda, y el famoso Panteon. La contemplacion de Roma desde este punto culminante produjo en mi el efecto de una detenida y profunda lectura en los anales de Roma. El libro de la antigüedad está aqui abierto siempre, y basta mirar para instruirse; aun puede decirse que cada uno de los grandes recuerdos de la reina del mundo ha escogido en ella su cuartel. La Roma de los reyes se estendia sobre el Aventino, la Roma republicana ocupaba el Capitolio, la de los emperadores dominaba sobre el Palatino, y la Roma cristiana, solitaria, aislada, reina actualmente en el Va-

ticano. Dirigiendo nuestras miradas sobre las muchas columnas que aun están en pie en el foro y en sus alrededores; al ver esos obeliscos, esos templos, esos pórticos y esos arcos triunfales, me pareció ver pasar por delante de mí las sombras de las generaciones de Roma antigua. Cuantas veces creí oír que me dirigian nombres venerados por la posteridad, y otros que solo se pronuncian con execracion! Siguiendo el curso de mis pensamientos, no pudo menos de admirarme la pequeñez del Capitolio, que era aun mas notable mirado desde el punto en que yo me encontraba, y no pude concebir como habia sido posible levantar en tan reducido espacio tantos templos y tan gran número de edificios.

« Despues de haber bajado la graderia del Capitolio, quise visitar la roca Tarpeya situada á la derecha del mismo, cuando se llega á él por la grande escalera. Sorprehendíome realmente la poca altura de ese peñasco célebre, que en nuestros dias no llega á veinte y cinco pies (126). Domínala el palacio Caffarelli, de manera que añade otros veinte y cinco pies á la elevacion ya dicha. Tal es la roca Tarpeya: á sus pies se ha abierto en ella un almacen de vinos.

« Confieso que fué para mi un amargo desengaño. Hubiera preferido encontrar ese lugar rodeado de su carácter primitivo de elevacion y horror; hubiera en fin deseado poder repetir con el sentido filosófico y triste que se desprende de los acontecimientos de la historia romana: «del Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso!»

La degeneracion increíble de este lugar, nos recuerda lo que de él dice lady Morgam, célebre escritora, esplicando como le visitó en 1821.

« Volviamos cierto dia de visitar las galerias subterráneas del palacio de los conservadores, cuando saliendo de sus pórticos encontramos un mugriento palafrenero que nos preguntó de paso si queriamos visitar la roca Tarpeya, ó como él la llamaba familiarmente, *nostra rupe Tarpeya* que se encuentra detrás de aquel palacio dominando la plaza *della Consolazione*. Aunque no me sintiese muy inclinada á ver el Tiburn, la plaza de la Greve, ó sea el sitio de las ejecuciones de la antigua Roma, sin embargo nos pareció cosa divertida que un palafrenero nos sirviese de Ciceroni. Condújonos al través

de un patio muy sucio en lo alto de una muralla arruinada, y enseñándonos algunas rocas informes, dijo con énfasis: *Ecco nostra rupe Tarpeia*. Tendió entonces la mano para recibir un paolo, y nos acompañó á la vuelta silvando el *di tanti palpiti!*»

CAPITULO VI.

Iglesia de San Pedro in carcere. — Foro romano. — Templos de Júpiter Tonante, de la Fortuna, y de la Concordia. — Arco de Séptimo Severo. — Templo de Antonino y Faustina. — Via Sacra. — Templo de Rómulo y Remo. — Basílica de Constantino. — Arco de Tito. — Restauracion del Foro Romano.

EN otro tiempo había dos caminos que conducían del Capitolio al Foro: ambos partían de las cercanías del Tabularium, hoy día palacio Senatorial, conduciendo cada uno á un arco de triunfo: el primero al arco de Tito al oeste, y el segundo al de Séptimio Severo al este. Hoy día el camino que conduce al Foro es tortuoso y desigual, y está colocado á la derecha del palacio Senatorial. Siguiendo este camino moderno, se visita la iglesia de San Pedro in Cárcere ó de San José, pues ambos nombres lleva. Debajo de ella se encuentra un calabozo muy rico en recuerdos, la antigua cárcel Tuliána, mandada construir por el rey Tulio Hostilio, á la cual se dá también el nombre de cárcel Mamertina ó Latomia. Bájase á ella por una pequeña abertura hecha en el pavimento de la iglesia moderna, por la que se baja á un calabozo oval de veinte y cinco pies de largo sobre diez ocho de ancho y trece ó catorce de alto. Una segunda abertura conduce á una cavidad inferior mas pequeña, y muy húmeda, porque filtra en ella el agua por el mismo peñasco en que está abierta. Este calabozo, aun mas horrible que el anterior, se dice haber sido construido por Anco Marcio, cuarto rey de Roma. La abertura de la bóveda sirvió en otro tiempo para bajar en él á los criminales por medio de cuerdas. En él perecieron de muerte violenta, y muchas veces de hambre, los enemigos importantes de Roma, pues

parece que durante mucho tiempo fué la única cárcel de estado: si hemos de dar crédito á la historia, Yugurta murió en ella de hambre. Al entrar en esa espantosa morada es fama que exclamó: ¡Oh Hércules cuan frio es tu baño! Aquí Léntulo, Cetego, Gabinio, Statilio, y Cepario, perecieron de muerte violenta de orden de Ciceron, como cómplices de Catilina; aqui fué donde Sejan fue muerto por mandato de Tiberio, y donde Simon, hijo de Joras, gefe de los judíos, perdió la vida, despues de haber caído en manos de Tito. Por fin, segun refiere el historiador Josefo, murieron en este lugar los gefes de las naciones vencidas despues que con su presencia habian solemnizado el triunfo de los generales vencedores. Cuando menos se les encerraba en él hasta que eran trasladados á algunas de las plazas fuertes de Italia, como sucedió con Sifax, rey de Numidia, y con Perseo, rey de Macedonia. Es famosa además esta cárcel porque en ella estuvieron encadenados San Pedro y San Pablo, añadiéndose que durante su cautiverio convirtieron y bautizaron no solo á cuarenta y tres compañeros de su desgracia sino también á los carceleros Proceso y Martiniano, que despues sufrieron martirio. Faltábase agua á los apóstoles para la ceremonia del bautismo, y milagrosamente hicieron brotar de la misma roca un manantial que aun brinda hoy día con su agua cristalina.

Al salir de la iglesia de San Pedro in cárcere desarróllase el Foro romano con toda su desolacion magestuosa (Pl. 124). En los hermosos días de la república, se reunía en él un pueblo inmenso, en medio de una doble línea de templos y de estatuas, entre los arcos de triunfo que se levantaban en todas partes en honor de los hijos de la reina del mundo, para decidir en este glorioso recinto acerca de la suerte de los reyes y de los pueblos. Este lugar que en otro tiempo era el mas ilustre del universo, y que está embellecido con todos los grandes recuerdos de la república romana, es actualmente un mercado de bueyes, un *Campo Vaccino!* Antes de hacer la descripción de ese Foro, donde la magnífica elocuencia de los oradores romanos ha sido reemplazada con el mugido de los bueyes, recordemos al lector lo que se entendió en otro tiempo por esta palabra Foro. Roma antigua dába este nombre á sus plazas y



Pons del.

Audiol edit.

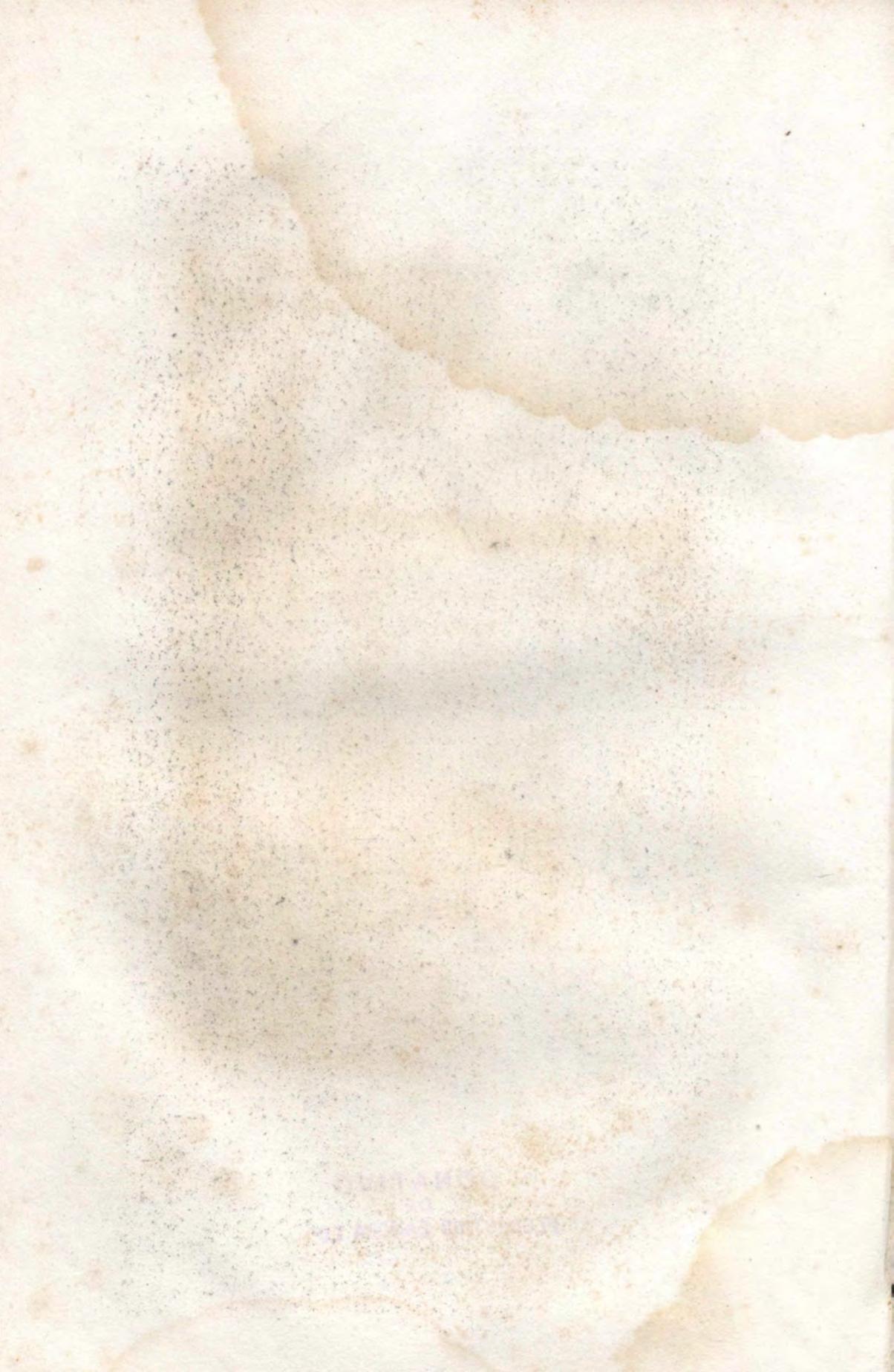
Dormier sc.

Foro Romano e Campidoglio.

Roma.

Forum Romanum et Capitol.

DONATIVO
DE
FLORENTINO ZAMORA LUG





Roma. Arco di Settimio Severo.



Vogel del.

Andot delit.

Durau sc.

Roma. Tempio di Antonino e Faustina.

alguna vez á sus mercados, de donde procedió su division en dos clases. Los unos, *Fora civilia*, eran reputados adornos de la ciudad, y en cierto modo lugares donde se hacia justicia: los demas llamados *Fora venalia*, tales como el *Olitorium* y el *Cupedinarium*, eran unos mercados en los cuales se vendia verdura y otros géneros de diario consumo. A la primera de estas dos clases pertenecía como es de presumir el Foro romano cuyo centro era ocupado por la tribuna de arenas hasta que Cesar la hizo trasladar al ángulo, hacia el Velabro. Esta tribuna, hecha célebre por tantas voces elocuentes, se llamaba *Rostra*, porque esteriormente estaba adornada con las próas de los buques ganados en la guerra contra la ciudad de Ancium.

A la derecha de la escalera que conduce del Capitolio al Foro, se descubren las ruinas del templo de Júpiter tonante, de ese magnífico edificio elevado por Augusto en tributo de gracias porque no le habia herido el trueno que cayó junto á él durante la guerra de España. Hoy dia no quedan mas que tres columnas del pórtico, las cuales son de mármol de Luni, adornadas con capiteles corintios, y habian sido primitivamente pintadas de encarnado, como se vé en las ruinas de Pompeya.

A corta distancia se encuentra el templo de la Fortuna, reputado por mucho tiempo templo de la Concordia, y que no ofrece hoy dia otros restos que un pórtico. Consiste este en seis columnas jónicas cuya base y capiteles son de mármol blanco, y lo restante de granito de Egipto. Algunas variedades en sus distintas partes indican que el edificio ha debido ser restaurado con materiales sacados de monumentos mas antiguos; apesar de esto son de un gusto escelente los fragmentos que subsisten aun hoy dia. Créese que el templo fué construido en tiempo del emperador Maxencio.

La fundacion del de la Concordia, contiguo al de la Fortuna, tuvo lugar con motivo de la reconciliacion del senado y el pueblo con Furio Camilo. Elevábase entre el Foro y el Capitolio, y su fachada estaba enfrente de la del Comitium que describiremos mas adelante. Cuando la conjuracion de Catilina, habia Ciceron reunido el senado en ese templo que fué incendiado en tiempo de Vitelio, reconstruido en la época de Vespasiano, y quemado de nuevo en la edad

media. Hoy dia nó es más que una ruina casi informe y que no ofrece mas interés que sus recuerdos y las inscripciones descubiertas recientemente entre los escombros.

Desde este punto, volviendo atrás el viagero mira atentamente la columna dedicada á Focas, y no puede menos de preguntar que interés puede inspirar la columna de un tirano junto al noble teatro de la independenciá romana (Pl. 124).

A algunos pasos de distancia se presenta en su forma primitiva el templo de Pan, famoso por sus lupercales. Todos saben que en estos lupercales algunos niños eran colocados debajo del cuchillo que acababa de servir para inmolar las víctimas; los sacerdotes le apoyaban suavemente sobre su frente para imprimir la apariencia de una herida que limpiaban al momento.

El grandioso y pesado arco de Septimio Severo (Pl. 127), anuncia la decadencia. Forma la entrada del Capitolio por la parte de la Via Sacra, y fué construido como lo demuestra una inscripcion del senado y del pueblo romano en honor de Septimio Severo y de sus hijos Caracala y Geta. El nombre de este fué mandado borrar despues de su muerte por su bárbaro hermano, confiando acaso borrar tambien de esta suerte el recuerdo de su asesinato en la memoria de los hombres. Consagra este arco las victorias de Septimio Severo contra los Partos: los bajos relieves representan prisioneros de esta nacion y al emperador saludado con entusiasmo por los romanos. No son muy apreciadas estas esculturas, pero viendo el conjunto del monumento recuerda el viagero el consejo que Septimio daba al monstruo su hijo de enriquecer á los militares á espensas de sus demas súbditos: recomendacion digna de quien no reconocia otro imperio que el de la fuerza.

El templo de Antonino y de Faustina (Pl. 127) levantado de orden del senado en el año 168, demuestra la magnificencia y distribucion de los templos de la antigüedad. El pórtico con sus diez hermosas columnas de mármol comun, es una interesante ruina convertida por los modernos en iglesia de San Lorenzo in Miranda. El nombre del virtuoso emperador subsiste aun en el frontispicio, asociado no sin una especie de escándalo con el de Faustina.

Enciñna del templo de la Paz, pasando á la

izquierda de los templos de Venus y de Roma, se extendía antiguamente hasta el arco de Septimio Severo, una calle llamada Via Sacra, á causa del tratado de paz concluido en este mismo sitio entre Rómulo y Tacio, ó acaso porque en los sacrificios ofrecidos por los romanos, seguían las comitivas este camino con direccion al Capitolio y á los templos levantados en el Foro.

A consecuencia de las escavaciones hechas debajo del templo de la Paz se descubrió parte de aquella antigua via. Su direccion está hoy dia cortada oblicuamente por una calle de árboles. Las columnas aisladas ó en grupos que se descubren en varios puntos pertenecian á distintos templos los cuales ocupaban sin simetria el antiguo foro, cogiendo no pocas veces parte de la misma via sacra y de las demas avenidas del Capitolio.

El templo de Rómulo y Remo, hoy dia iglesia de los santos Cosimo y Damiano, es notable por su puerta de bronce. El cuerpo de este edificio parece menos antiguo que la columnata exterior y las puertas. El plan de Roma, levantado segun visos bajo el reinado de Septimio Severo, servia de pavimento á este templo, y ya hemos dicho que sus restos curiosos se encuentran actualmente en el Museo Capitolino. Otro recuerdo histórico se enlaza con el templo de Rómulo: con efecto, Plinio asegura que en el año 491 de la fundacion de Roma se colocó en él el primer cuadrante solar de que hicieron uso los romanos, y que trajo de Catana Valerio Mesala despues de la primera guerra púnica.

Las tres magestuosas arcadas, llamadas del templo de la Paz, objeto de animada polémica entre los anticuarios, indican mas que otra cosa la basílica de San Pedro (Pl. 128). Como quiera que sea, Vespasiano despues de haber terminado la guerra de la Judea, hizo construir el templo de la Paz el año setenta y cinco de la era cristiana, y fué uno de los monumentos religiosos mas magníficos de la antigua Roma. Los ciudadanos confiaron á este templo la guarda de sus riquezas, y aquel emperador depositó en él los despojos de Jerusalem. Durante un siglo sirvió de tesoro público. Asegúrase que al cabo de este tiempo un incendio le consumió enteramente, de modo que Constantino hizo construir sobre sus cimientos la basílica cuyas ruinas se encuentran hoy dia. Una columna de

mármol blanco, de un diámetro extraordinario, colocada actualmente delante de la Iglesia de Santa Maria la mayor, puede dar una idea de la magnificencia de aquel antiguo monumento.

El arco erijido á la memoria de Tito, le fué votado despues de su muerte por el senado y el pueblo (Pl. 128). Los dos principales bajos relieves son las mejores obras romanas de este género. Uno de ellos representa á Tito sobre un carro triunfal, conducido por la figura alegórica de la Patria, y el otro á varios soldados judios y prisioneros, la mesa, el candelabro de oro y los ricos despojos del templo de Jerusalem. Cosa admirable! los edificios que mas se han conservado en Roma, el Panteon, el Coliseo y el arco de Tito, son monumentos que se enlazan con los recuerdos y con la historia de nuestra religion.

Entre el arco de Tito y la iglesia de Santa Francisca romana, algunas escavaciones posteriores han hecho descubrir varias sendas que conducian desde el Foro á los templos de Venus y de Roma. Estos, con su correspondiente pórtico estaban rodeados de una doble línea de columnas cuyos restos se descubren aun hoy dia. Aunque cada uno de ellos tenia una entrada separada, sin embargo los dos monumentos no formaban mas que uno. Se llamaron de Roma y Venus porque los romanos descienden de esta diosa por Eneas, y fueron construidos siguiendo el plan dado por el emperador Aureliano: lo que de ellos existe todavia, anuncia una obra maestra de arquitectura. La pl. 131 representa este edificio restaurado segun el plan publicado por Canina.

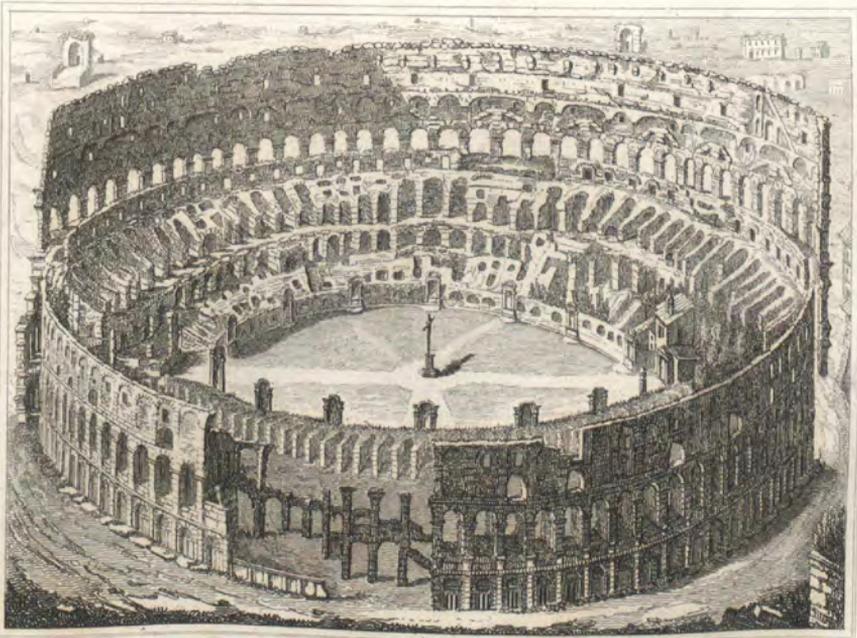
Volviendo al arco de Tito, y dirigiendo desde él nuestras miradas al Foro, se visita el lugar de los Comicios, y donde se reunía el pueblo romano cuando estaba llamado para deliberar acerca de los negocios del Estado. Este recinto permaneció descubierto hasta la época de la invasion de Anibal en Italia, pues solo entonces se pensó en preservar de la intemperie del cielo á los ciudadanos reunidos en él.

Desde aquí, para completar su paseo por el Foro, se dirige el viagero á la base del coloso de Neron, y á la *Meta sudans*, fuente asi llamada (Pl. 131). Ese coloso de bronce, de unos cien pies de alto, fué en sus principios colocado en el vestibulo del palacio dorado de ese em-



Cook del.

Roma. Arco di Costantino.



Piranesi del.

Audet scul.

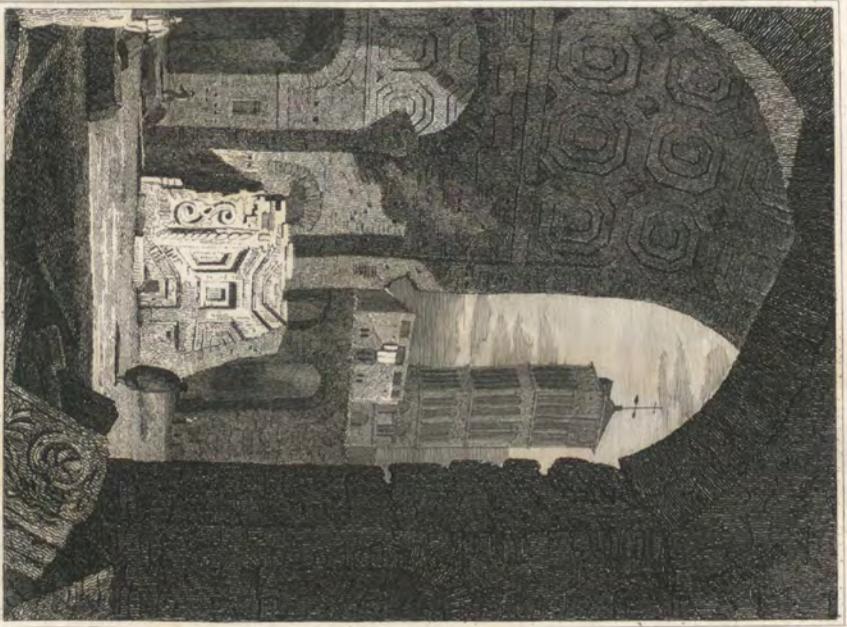
Durau sc.

Coliseo.

DOMINICO
 FLORE
 DE
 ZAM
 CAS

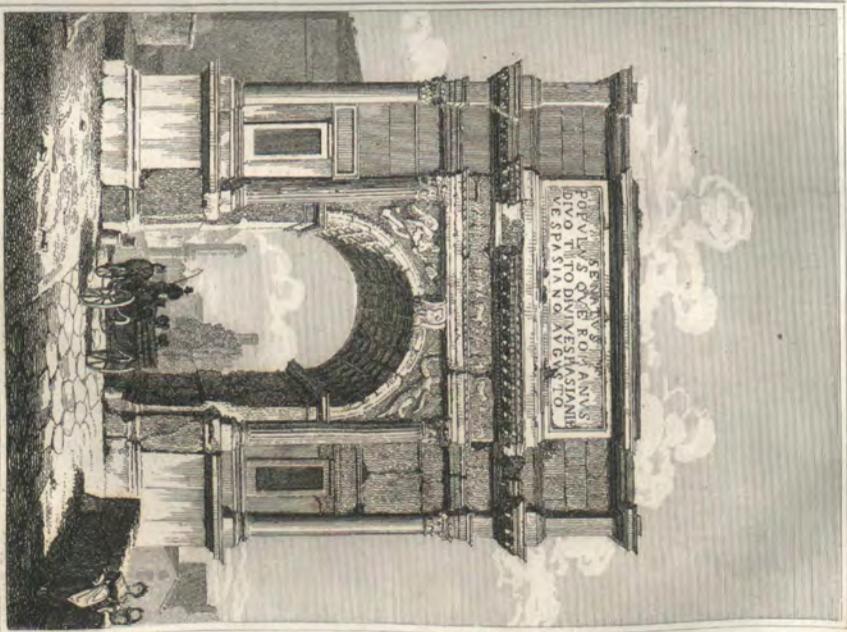


Small, faint purple text or markings at the bottom left of the page, possibly a date or reference number.



Cozzi del.

Roma. Basilica di Costantina.



Pignat del.

Roma. Arco di Tito.

Bonini del.

perador; pero Vespasiano, hizo transformar en un Apolo esa inmensa estatua, y Comodo hizo retocar su rostro de manera que ofreciese un retrato suyo.

Dos cosas han hecho muy difícil la restauracion del Foro romano, que acabamos de describir; en primer lugar los pocos documentos que han llegado hasta nosotros, y luego los muchos edificios que por decirlo así se amontonan en muy reducido espacio. No andan acordes los arqueólogos relativamente al verdadero lugar ocupado por el antiguo Foro. Actualmente le colocan muchos al pie del Capitolio, entre el monte capitolino y el Palatino, en la octava region á la cual daba su nombre. Su estension ha dado campo á muchas discusiones. Canina es de parecer que tenia doscientos treinta metros de longitud sobre ochenta de ancho, á corta diferencia como la plaza de la Concordia en Paris; pero otros le han supuesto mayor estension. Dirigiase de norte á mediodia, y formaba un ángulo casi recto con la Via Sacra que conducia desde el Capitolio al Coliseo. Dionisio Halicarnasense demuestra que Rómulo y Remo, despues de haber hecho cortar los árboles que cubrian la llanura contigua al Capitolio, eligieron este lugar para la construccion del Foro. Es evidente que los edificios de varios estilos de arquitectura, levantados en épocas sucesivas, hicieron muy irregular la plaza, impidiendo que estuviese conforme con los principios sentados por Vitruvio para la construccion de los *Fora* de la antigua Italia. Hoy dia no quedan mas que ruinas no pocas veces desconocidas de todos esos monumentos, y los sabios están discordes sobre su verdadera destinacion y sus formas primitivas. Los nuevos trabajos de escavacion emprendidos hoy dia con actividad en Roma, amenazan la destruccion de los sistemas que hasta hoy dia habian parecido muy sólidos, reduciéndoles acaso á hipótesis mas ó menos ingeniosas. Como á una de tantas presentamos (*Pl. 125*) el trabajo de Cockrell acerca de la restauracion del Foro romano. Segun opinion de ese arquitecto, el monumento del primer plano á la izquierda del lector, que está debajo del numero 7 representaba una parte de los edificios del Palatino dependientes del palacio de los senadores; mas abajo, estaba el templo circular y el recinto de Vesta, n. 8. El templo de Castor y

Pollux, ó de Júpiter Estator segun los autores antiguos, n. 9, estuvo inmediatamente encima de aquel, dominado á su vez por Júpiter Feretriense, n. 4; los templos de la Fortuna, 2, de la Concordia, 3, estaban al pie del Capitolio, en el parage que está mas cerca de la tribuna de las arengas, 10, colocada en medio del Foro. El Tabularium, ó el archivo, ocupaba el centro de la estampa, 4. A un lado se levantaba el arco de Séptimo Severo, 5. La Via Sacra que se reconocerá por las columnas triunfales que ocupaban sus márgenes, se estendia desde aquel arco hasta el de Fabio, 11, que ya no existe. En el ángulo de la derecha, primer plano, se vé el templo de Antonino y Faustina, 12, encima del cual está la basílica de Paulo-Emilio. El erario ó tesoro público ocupaba la derecha de la Via Sacra, dirigiéndose uno hácia el Capitolio. Este grupo de edificios está coronado por el templo de Júpiter Capitolino, 6, el cual acaba de dar á la perspectiva un aspecto acaso mas pintoresco de lo que jamas habrá sido, pero que á lo menos nos ofrece una idea de la magnificencia de Roma antigua. Sus mas hermosas coronas se sepultaron con ella; esos edificios suntuosos cuya sola imagen nos llena de asombro están confundidos con el polvo que pisa el viagero; ese lugar antes tan animado y en el cual resonaba el bullicio de un pueblo lleno de agitacion, de movimiento y de vida, está mudó y desierto; es un vasto cementerio donde junto con el polvo de tantos ciudadanos ilustres yace tambien el polvo de los magníficos templos y monumentos que á su gloria se habian levantado.

CAPITULO VII.

Arco de Constantino. — Coliseo, sus maravillas —
Templo de Vesta. — Las Vestales.

A corta distancia de la Meta Sudans, entre el monte Palatino y el Celio, se levanta el arco de Constantino (*Pl. 129*), que recuerda su victoria reportada contra Maxencio. Es muy notable este monumento á causa de su hermosa

conservación, superior á la de los demas edificios del Foro romano. Compónese de tres arcadas magníficas, y sus mas interesantes bajos-relieves representan la conquista de Verona y la entrada de Trajano en Roma. Un arco triunfal erigido á este emperador, fué destruido en gran parte de orden del senado, el cual destinó sus materiales para la construcción del arco de Constantino. Por debajo de este se hizo pasar en 1536 el camino establecido para la entrada de Carlos V, el cual de vuelta de Túnez iba á Roma para juzgar sobre las diferencias suscitadas entre el duque de Toscana, Alejandro de Médicis y Felipe Strozzi. Ojamos á Rabelais asociado entonces al cardenal Bellay, embajador cerca de la Santa Sede, como refiere las circunstancias acerca de aquella reyerta, y los preparativos hechos por el papa para recibir al emperador cuyo poder temia. «El emperador tenia resuelto venir á Roma y pasar despues á Florencia para apreciar en lo justo las causas de la querrela promovida entre el duque Alejandro y Federico Strozzi, por querer aquel confiscar á este una parte de sus bienes. Acaso tambien se acercaba Carlos á Roma para sacar de ella alguna fuerte contribucion. Hiciéronse grandes preparativos para recibirle: de orden del papa se abrió un camino nuevo por el cual debia entrar de manera que pasase por debajo de los arcos triunfales de Constantino, de Vespasiano y otros, por delante del palacio de San Marcos y de Farnesio donde moraba el papa, y en fin junto al castillo de San Angelo. Para abrir este camino se demolieron y aplanaron mas de doscientas casas, y tres ó cuatro iglesias: algunos lo tomaron á mal aguero.

«Piedad inspira ver la ruina de las casas que han sido demolidas, pues, no se ha hecho reintegro ni pago alguno á sus propietarios.»

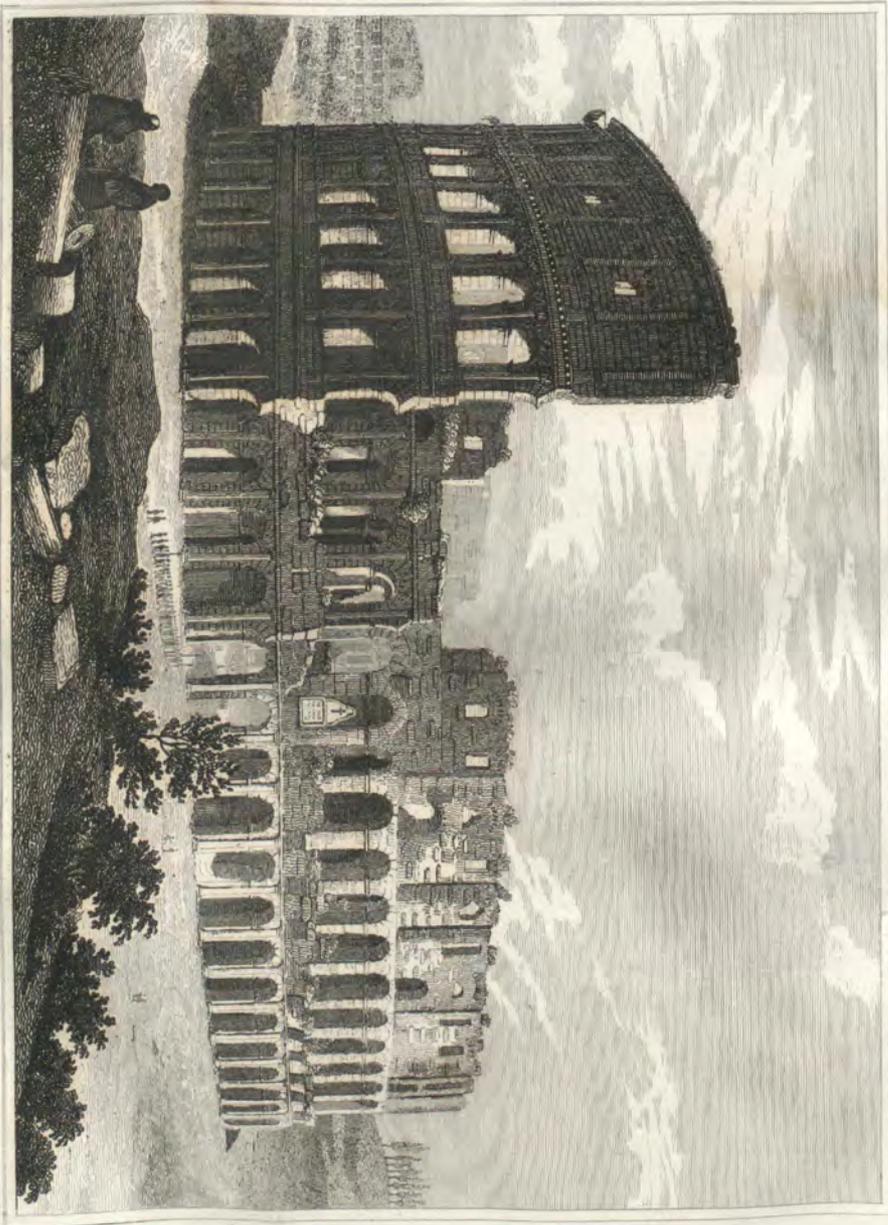
Despues de aquel arco se ofrece á nuestra vista el Coliseo, ese teatro colosal de las diversiones del pueblo rey. El nombre *Coliseo* deriva del *coloso* de Neron que en otro tiempo se encontraba en él. Principiado por Flavio Vespasiano, y llamado por este alguna vez anfiteatro Vespasiano, fué concluido por Tito, quien le inauguró el año 80 de Jesucristo por medio de combates en los cuales fueron sacrificados mas de quinientos gladiadores y cinco mil animales

carníceros: *carmines, carmines, carmines, carmines*

«La forma de este vasto edificio es oval; tiene de circunferencia mil seiscientos diez y seis pies, y de alto ciento cincuenta, es decir que excede en elevacion unos veinte pies á la columna de la plaza de Vendoma. Figúrese uno tres líneas de altas arcadas, unas encima de otras, á ochenta por cada línea; veinte escaleras inmensas que conducen hasta lo mas alto del edificio en todas direcciones; setenta entradas para abrir paso á millares de espectadores atraidos de los confines del imperio romano para asistir á los juegos; el emperador y su familia, las vestales y los senadores colocados pomposamente en el Podium, y encima de ellos mas de cien mil espectadores, y se tendrá una idea de la inmensidad del Coliseo, de su hermosa arquitectura y de la concurrencia de espectadores que le frecuentaban.»

Detrás de cada piso habia un corredor; el de la primera línea era alumbrado por los intervalos de las arcadas; los de la segunda y tercera recibian luz por unas ventanas, y los tres se llamaban *vomitorii*, nombre espresivo que hace alusion á sus funciones, pues con efecto puede decirse que vomitaban las oleadas de la muchedumbre que entraba ó salia de ese inmenso anfiteatro. Un pórtico circular coronaba el edificio, y en él se fijaba el *velarium* que ponía á cubierto de la lluvia y de los rayos del sol á los concurrentes.

Impresionados por nuestras costumbres é ideas mezquinas y limitadas, el entusiasmo de los antiguos y sobretudo de los romanos por los juegos de los anfiteatros, nos parece casi incomprendible, y le tomamos mas bien por el producto de una imaginacion exaltada de los escritores, que por una narracion verídica. Todo cuanto pueden suponer la magnificencia y el espíritu mas seductor, se encontraba reunido en sus anfiteatros. En ellos el genio de las bellas artes hacia gala de sus pompas; la arquitectura elevaba sus soberbios edificios, con los cuales los modernos tenemos poco ó nada que comparar, si ya no es nuestros teatros de madera ó de carton dorado: miseria que hace resaltar mas vivamente las imponentes ruinas de aquellos edificios colosales. La escultura, segun de ellos dan testimonio el Adonis, la Venus victrix, la Psiquis, y muchas otras estatuas cuya lista no tiene término, contribuia tambien á adornar esos monumentos que rivalizaban con la pintura



Canal del

Amstel vedt.

Duinen gr.

Coliseo.

con la mecánica y la música para producir ese entusiasmo que nos es desconocido y transportar al espectador á regiones por decirlo así imaginarias. Pero esta riqueza de adornos era estable, no aparente. Póngase el espectador a nuestro lado en medio del Coliseo, remóntese en pensamiento á los antiguos tiempos; figúrese que vé esas murallas brillantes con su pulido mármol, con sus suntuosas cornisas, en la época de su mayor esplendor. El podium estaba adornado con elegantes columnas, ya lisas, ya acanaladas; las gradas cubiertas de mármol blanco de Luni ó de la Grecia, con almoadones encima. Además, en todas partes se descubrían delicadísimos bajos relieves esculpidos por artistas griegos. Este magestuoso conjunto del Coliseo se animaba con la presencia de cien mil espectadores, todos vestidos con la mayor decencia, y aun con suntuosidad, sin estar encajonadas dentro de esos palcos inventados posteriormente.

Frecuentemente los mas preciosos perfumes se quemaban con abundancia en este recinto, para que todos los sentidos tomasen parte en esas fiestas famosas. También se vió á Neron, por un capricho de lujo inaudito, complaciéndose en hacer caer por medio de aberturas hechas en el Velarium una lluvia de polvo, ya de púrpura, ya de oro y plata, que se derramaba sobre todos cuantos estaban presentes, animales, gladiadores, produciendo un efecto mágico. El Velarium era bordado de oro, de púrpura y otros colores brillantes, y representaba los objetos mas propios para sostener en el ánimo del espectador la emocion tan favorable al prestigio del Teatro.

De ordinario se daba principio á los espectáculos con los juegos de los gladiadores que combatían á pie, y cuyos nombres eran tan diferentes como sus armas y su manera de combatir: unos iban á caballo, y otros en carros. Esas luchas eran peculiares de los antiguos italianos. Además de esos juegos se daban en el anfiteatro combates ó mas bien cacerías de animales, los cuales se llevaban por lo comun en inmensas jaulas de madera ó de hierro. Algunas veces también eran conducidos encadenados, y no bien llegaban á la arena se les abandonaba á todo su furor. Siempre se oponía especie á especie, y muchas veces luchaban con hombres il-

mados por esta razon *bestiarum*. Pero como eran poquísimos los que abrazaban este peligroso oficio, se hizo de él una especie de suplicio para ciertos criminales, á fin de poder satisfacer la desenfadada afición de los romanos por esta clase de espectáculos: la legislación romana reconoce muchos crímenes en castigo de los cuales debían ser arrojados los delincuentes á las fieras, y el martirolojio romano conserva el recuerdo de millares de mártires que murieron de esta suerte víctimas por la santa fé.

En los juegos solemnes se variaba el orden de los combates y el aspecto de la arena; muchas veces se figuraban en ella enormes montañas, en las cuales se habían abierto profundas cavernas de donde salían las fieras; otras, era la arena una selva de árboles verdaderos cuyos troncos y ramas se habían dorado; ya se convertía de improviso en un vasto abismo, del cual salían una multitud de animales furiosos; muchos buques ingeniosamente contruidos aparecían también de repente delante de los espectadores asombrados, y desaparecían despues como por encanto para dejar libre campo á aquellos animales. Abríanse en el Podium muchas puertas á una señal convenida, y á bandadas se precipitaban en la arena los tigres y las panteras.

Con los placeres y con la variedad de los espectáculos hermanaban á veces los emperadores una increíble magnificencia. Plinio en su libro treinta y tres, capítulo tercero, dice que Cesar hizo fabricar de plata para una de esas solemnidades todas las armaduras de los combatientes. Neron las hizo guarnecer de ambar y de otras materias preciosas. El Velarium fué de seda, en una época en que el oro no era por cierto mas precioso.

En esos espectáculos, era tal á veces la profusión de animales que rayaba en extravagancia. Cuando la primera cacería dada por Marco Fulvio en el año 568 de Roma, aparecieron centenares de tigres, de panteras y de leones combatiendo en el circo, y fué también la primera vez que los romanos tuvieron gladiadores. Pompeyo el grande, despues de haber hecho celebrar los demas juegos, reservó para la caza los últimos cinco días. Entonces se vieron cuatrocientos diez tigres, quinientos leones y muchísimos elefantes perseguidos por africanos, por lobos y por rinocerontes que se habían traído de los

confines de la Etiopía. En las piedras Anciranas se lee que fueron muertas tres mil quinientas fieras durante las cacerías dadas por Augusto: Dion dice que fueron nueve mil.

Suscítase al hablar de esos combates una cuestión muy natural. De que manera estaban los espectadores al abrigo de los peligros que presentaba esa multitud de monstruos desencadenados? No puede admitirse la opinión de Lipsio relativamente á que el suelo del Coliseo tenía mas de diez y seis pies de profundidad, porque de esta suerte no poco espacio de la arena debía ser invisible para muchos espectadores. Es sabido que se ponía á los espectadores en salvo por medio de inmensas rejas guarnecidas de afiladas puntas y por medio de rodillos fijados horizontalmente en ejes, y á los cuales era fácil dar un movimiento de rotación. Plinio afirma que las rejas estaban enriquecidas con adornos de ámbar, y Calpurnio asegura que cuando asistió á los juegos eran aquellas de oro, ó acaso simplemente doradas. Es fácil concebir como esa muralla de largas y afiladas puntas impedía á las fieras acercarse á ella, pero era todavía mas ingenioso el medio adoptado para que no pudiesen encaramarse; alrededor de dicha muralla había los rodillos móviles de que acabamos de hablar, los cuales no ofrecían ningún punto de apoyo á las fieras, haciéndolas caer en la arena siempre que intentaban salirse de ella. Esos cilindros estaban además cubiertos de ébano en extremo pulido á fin de que no pudiesen clavar en ellos sus garras aquellos animales.

Jamás fueron tan magníficos los espectáculos como en tiempo de los emperadores. Neron varió sus representaciones con un lujo inaudito. Dábase principio por la caza. Cuando habían perecido las fieras á centenares, de repente se transformaba la arena en un vasto lago: entonces tenía lugar un combate naval; desaparecía después el agua por anchos hoquetes y principiaban nuevos combates de gladiadores. Llenábase otra vez de agua la arena: sobrenadaban en ella islas y frondosos bosques; y por último se servían suntuosos banquetes á los espectadores en hermosos sitios que parecían deber ser eternos, y se ponía de esta suerte término á unas fiestas que duraban muchos días.

Algunas escenas inesperadas aumentaban á veces los placeres y el asombro de los concur-

rentes. Cuando la arena estaba en parte cubierta de agua, los cocodrilos, los hipopótamos, los búfalos y los bisontes eran acometidos hasta en las mismas olas por los elefantes, los tigres y los leones. Además, Marcial refiere que los leopardos, los tigres, los animales mas crueles, dirigidos por hábiles africanos, se dejaban uncir á los carros y aun golpear con docilidad igual á la de los animales domésticos sin que les animase la venganza. Pero lo mas increíble es lo que dice Suetonio relativamente á los elefantes que hacían toda clase de ejercicios sobre la maroma tirante. Dion que nos ha conservado el recuerdo de los juegos que Neron dió á su madre, dice que uno de aquellos animales subió hasta el pórtico superior del Coliseo, es decir á una altura de veinte y cinco toesas, caminando sobre la maroma y llevando un hombre en las espaldas.

Muchas veces por medio de máquinas se levantaba hasta el Velarium á los toros y otros animales. Marcial habla de un toro que de esta suerte fué levantado de en medio de la arena en un grupo que representaba la apoteosis de Hércules, y no alcanzando á explicar este hecho por un medio mecánico le atribuyó á un poder sagrado. Para ejecutar esas decoraciones, esas apariciones, esas selvas, esos abismos, esas montañas, esos mares, y en fin para las muchas máquinas necesarias en esas suntuosas representaciones, se habían abierto debajo del anfiteatro subterráneos inmensos, de manera que puede decirse que existían dos coliseos, uno encima de la tierra, y otro debajo de ella.

Empleábase en la administración del anfiteatro un número casi increíble de ciudadanos y de esclavos. Los primeros magistrados de la república estaban encargados de su protección, cosa que les proporcionaba con frecuencia la ocasión de hacerse bien quistos del pueblo, lisonjeando su pasión por los juegos. Leyendo la narración de todas esas circunstancias extraordinarias creará cualquiera estar oyendo un cuento de las Mil y una Noches para divertir á los amigos de lo milagroso, y sin embargo al recoger todos esos datos no hemos sido mas que historiadores fieles. «Cese Nemfis, dice un autor antiguo, de alabarnos las maravillas de sus pirámides; no se canse nadie en ponernos á las nubes á Babilonia; reconozca todo monumento

la superioridad del Coliseo, y que la fama ensalce entre todos los demas ese admirable edificio !»

Pero esa gloria del Coliseo se ha desvanecido como tantas otras. Los combates instituidos por el año 490 de Roma, fueron abolidos en el año 404 de Jesucristo. Un religioso llamado Almaquino, lleno de santo celo se lanzó un dia á la arena para separar á los combatientes: el pretor Alipio, que asistia á los juegos, indignado al ver la accion del religioso, le condenó á muerte por haber puesto obstáculo á la celebracion de los ejercicios: pero Almaquino fué canonizado, y el emperador Honorio prohibió los combates de los gladiadores. Desde entonces anduvo el Coliseo en decadencia progresiva. A la verdad el monumento permanecia en pie todavia como la maravilla de Roma, pero ya no ofrecia como antiguamente esos grandiosos espectáculos que parecian instituidos, mas bien que para mortales, para los héroes ó semidioses de la fábula. La barbarie completó la decadencia del Coliseo no tanto por las devastaciones de los enemigos de Roma, como porque á aquella sucedió al fin una época de regeneracion. Cuando la capital del mundo empezó á respirar despues de la espulsion de sus tiranos, todos los señores y aun los particulares quisieron construirse palacios, y miraron el Coliseo como una magnífica cantera abierta á corta distancia: de consiguiente, profanando su antiguo esplendor y sus ocho siglos de existencia gloriosa, le arruinaron en parte y le despojaron impiamente. «Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini.» Sabe Dios hasta donde hubiera llegado semejante sistema de sacrilego pillage sin la intervencion del papa Benito XIV, el cual para oponerse á ello, hizo colocar una cruz en el centro de la arena, declarando sagrado y venerable ese lugar bañado con la sangre de tantos mártires. Merced pues á la proteccion de un pontífice, las ruinas del Coliseo, si ya no el Coliseo mismo, podrán aun excitar la admiracion de la mas remota posteridad.

Desde el Coliseo se dirige el viagero al monte palatino, el mas célebre de las siete colinas de Roma, pero que no ofrece hoy dia mas que inciertas ruinas. Viendo esos trozos de mármol, esos restos de gruesas columnas de pórfido, resalta en nuestra mente un triste contraste entre

el abandono actual de esos lugares y su esplendor pasado. «Un religioso respeto, dice un autor antiguo, ha venido á circuir el Palatino, y ciertamente que los reyes del mundo no podian escojer mas noble asiento. En este sitio el poder romano contempla á sus pies el Foro y los templos de los dioses, y se envanece de ver debajo de sí el templo de Júpiter, el cual parecido á un gigante amenaza la roca Tarpeya.» Lo mas hermoso y noble de Roma antigua se enlazaba con aquella famosa colina. Al sur tenia el Aventino y el grande Circo, de manera que desde las azoteas de su palacio podia el emperador dar la señal de las corridas. Al oeste se estendia el Foro con sus dioses y sus muchos monumentos sagrados, asi como el Capitolio coronado con el templo de Júpiter; al norte la Via Sacra, y algo mas lejos el Campo de Marte; y al este en fin la vasta estension de Roma y su mas hermoso horizonte servian de perspectiva. Actualmente todos los monumentos del Palatino son ruinas esparcidas por toda la colina y que aun forman vertiente hácia los vecinos valles hasta el pie de los montes Celio y Esquilino. Augusto se hizo construir una sencilla morada en el parage mismo habitado modestamente por el rey Evandro. A la entrada crecia un laurel que le debia ser mas grato que todos los arcos de triunfo, pues de él se habia suspendido una corona de encina para indicar que habia salvado la vida á muchísimos ciudadanos. La casa de Augusto fué engrandecida por Tiberio, y Calígula, concluida posteriormente por Domiciano, y convertida por último en un inmenso palacio ó mas bien en una ciudad, con el nombre de palacio de los emperadores, hoy dia *Palazzo de Cesari* (Pl. 126), aun se descubren los restos de la morada de Augusto, domus Augustana, que formaba una parte de aquellas construcciones. En los jardines de Farnesio se descubren tambien las ruinas de la parte llamada domus Tiberiana, palacio de Tiberio. La entrada principal estaba evidentemente abierta del lado de la Via Sacra. En la parte del Palatino mas cercana al Foro, en el parage donde se echó desde ese monte al Capitolio el puente Calígula sostenido por ochenta pilares de mármol, se descubren los cimientos del templo de Apolo, levantado por Augusto y destruido por un incendio. Además, habia en aquella colina mu-

chos templos en honor de una multitud increíble de dioses y de diosas, cuyos nombres, renombres y epítetos escitaban la piedad de los romanos y una devoción particular. Júpiter, Juno y los demás dioses principales tenían en reducido círculo varios templos, todos ellos bajo distintas invocaciones.

Neron, cuya pasión por la arquitectura no conocía límites, eclipsó el brillo del palacio de los Césares por medio del lujo y de la magnificencia de su casa dorada. Con ella agotó el genio de las artes, y sus jardines bajando del Palatino fueron á invadir el monte Esquilino. En el año 64 de la era cristiana, un incendio destruyó enteramente el antiguo palacio. Neron que mandaba entregar á las llamas cinco cuarteles de Roma solo para poderlos reconstruir mas hermosos y mas vastos, no se inmutó por aquella calamidad, antes sacó de ella partido para dar mas estension á su *domus aurea*, haciendo que ocupase todo el Palatino y el Celio, es decir un espacio de mil metros de largo sobre quinientos de ancho, ofreciendo la perspectiva de unos edificios cuatro veces mas grandes que el Louvre y las Tullerías. Suetonio, que nos ha transmitido algunos recuerdos de la suntuosidad del palacio de aquel emperador, dice que en su vestibulo se encontraba la estatua colosal que posteriormente fué encontrada en el Coliseo y que hemos representado Pl. 131. Había en él un triple pórtico sostenido por mil columnas: un inmenso lago semejante á un mar estaba encerrado dentro del recinto del palacio, compuesto de edificios de toda especie y que presentaba el aspecto de una magnífica ciudad, con prados, jardines, grutas y bosques habitados por animales en número increíble. En el interior de los edificios brillaban el oro, la plata, las perlas y piedras preciosas. Unas máquinas de ébano ingeniosamente construidas esparcían sobre los convidados por medio de conductos abiertos en las paredes, nubes de incienso, de perfumes y de flores. La sala principal de los banquetes era una rotunda construida de manera que diese vueltas de noche y de dia con un movimiento análogo al de la tierra, cuyo movimiento daba al aire la mas suave frescura. Los baños adornados con todo el aparato de la voluptuosidad, estaban provistos de agua de mar y de otras sulfúreas procedentes de los manantia-

les de Albana.

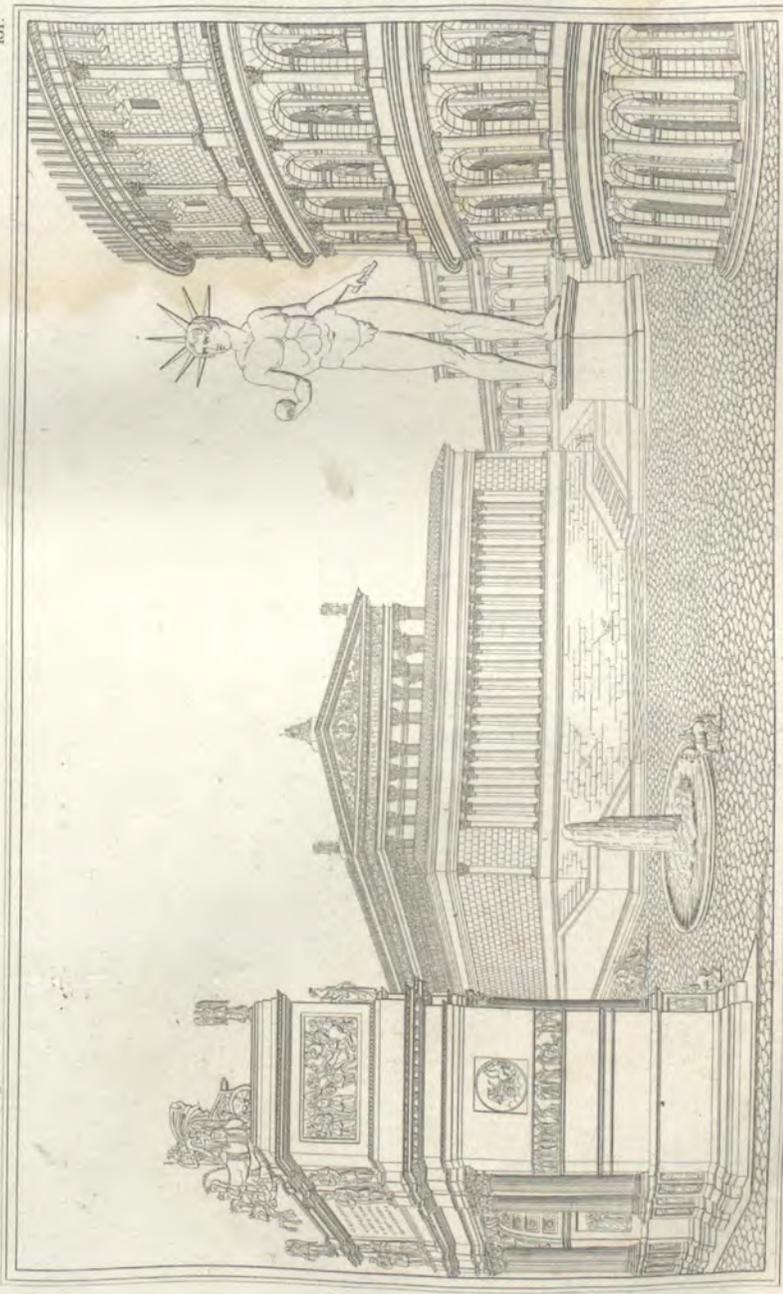
En nada quiso ceder Domiciano á Neron en punto á sus locos gastos; por lo menos Plutarco, habiendo descrito el suntuoso dorado del Capitolio, añade que la sorpresa subirá de punto si se visitan las galerías, las basílicas, los baños y los serrallos de las concubinas de Domiciano: con efecto, muy asombroso debia de ser que un templo tan magnífico y ricamente adornado como el del Capitolio no pareciese nada en comparacion del palacio de un solo emperador.

Cuando la Casa dorada, cuyas maravillas acabamos de trazar imperfectamente, estuvo concluida segun los deseos de Neron; cuando para adornarla hubo hecho contribuir al mundo entero, y sacado solo de Delfos quinientas estatuas de bronce, ese emperador pródigo y muchas veces estravagante se contentó con decir al tomar posesion de aquel rey de los palacios: « Por fin, estaré aqui como un hombre! »

De tanto lujo, de tanta pompa y magnificencia, no quedan hoy dia mas que fragmentos de capiteles echados por tierra, pedazos de mármoles y cornisas, que recientemente servían aun de asiento á la academia de los árcades, sociedad literaria de Roma que se reunía en el monte Palatino. Los religiosos de San Buenaventura han tomado posesion del templo de Apolo, y el lugar donde se levantaba el Septizomio ó edificio de Septimio Severo se ha convertido en un viñedo. El lago está seco, encima de vastos subterráneos, en uno de los cuales, á mas de treinta pies de profundidad, se han descubierto los baños de Livia donde se penetra á la luz de las antorchas para admirar los hermosos restos de estuco dorado y de los arabescos de un trabajo asombroso.

Bajando del Palatino, á lo largo de los jardines de Farnesio, se nos ofrece el arco de Jano Cuadrifonte (Pl. 126) con pedruzcos de mármol griego. La arquitectura de ese monumento es á la vez sólida y hermosa. Cada una de sus cuatro fachadas está adornada con doce nichos, y todo se reúne en él para producir un conjunto notable aunque haya sido destruido en parte con el transcurso del tiempo. Créese que fué consagrado á Septimio Severo por los banqueros y mercaderes de aquel cuartel de Roma.

A la izquierda de ese monumento un pequeño



Caricatura del

Arco di Costantino.

Autore del

Roma.

Meta sudante.

Tempio di Venere e Roma.

Colosseo di Nerone.

Colosseo.

Bologna 1858.



Gallotti del.

Il Tevere e l'Aventino. Roma. Le Tibre et l'Aventin.



Lequermant del.

Andat scilicet.

Aubert sc.

Roma. Tempio di Vesta.

manantial de agua excelente que vá á perderse en la Cloaca-Máxima, se dice ser aquel Juturno cuya antigua gloria ha llegado á nuestros días y que formaba un lago del mismo nombre: si hemos de dar crédito á la fábula, en este lago fué donde Castor y Pollux hicieron bañar sus caballos despues de la batalla de Regillo.

El templo de Vesta, cuya época de construcción es incierta, es segun se afirma el mismo que fué consagrado por Numa, conservado cuidadosamente por el senado, y adornado por Tito. Reparóle Domiciano, y Horacio hace mencion de él como de un santuario muy frecuentado en su tiempo. Es un edificio redondo rodeado de un peristilo de veinte hermosas columnas de mármol blanco, acanaladas y de órden corintio: actualmente no tiene arquitecra, y le cubre un grosero techo: está transformado en una iglesia de la Virgen del Sol, y es una de las mas hermosas ruinas de Roma. En la época de su esplendor el templo de Vesta era redondo como la tierra, de la cual esa divinidad era emblema, y representaba la sencillez de los primitivos tiempos; no tenia adornos ni estatuas; en el centro, sobre un altar sencillo y serio, ardía incesantemente el fuego sagrado, imagen de la naturaleza que lo crea y lo destruye todo. Los hombres entraban libremente en el templo durante el día, mas no así despues de puesto el sol, pero en ningun tiempo les era dado acercarse al santuario.

Este derecho estaba especialmente reservado á las sacerdotisas del templo, á las vestales. Numa, á quien atribuye Floro esta institucion religiosa, no creó mas que cuatro sacerdotisas. Servio Tulio aumentó este número de dos fijándole irrevocablemente á seis. Estas guardaban el fuego sagrado, símbolo de la vida, y que además era para los romanos el emblema de la duracion del estado. Unicamente ellas podian acercarse á él, y si por una fatal negligencia le dejaban apagar, eran castigadas de muerte. El fuego, segun unos, no volvia á encenderse mas que con la frotacion de dos pedazos de madera, y segun otros por medio de un ingenioso espejo de cobre, destinado á sacar de los rayos del sol una luz mas pura que la que sirve á las necesidades de los hombres.

Estaba además bajo su custodia el famoso Paladio. En sus principios las nombraban los reyes,

pero despues los sumos pontífices, aunque muchas veces un mismo príncipe reunia ambos títulos. Debían ser de buena familia, sin ningun defecto corporal, tener aun padre y madre, y no pasar de los diez años en el día de su admision. Despues de treinta años de sacerdocio podian renunciar á él, y casarse, pero muy pocas usaron de este derecho; ya porque eran muy independientes en su estado primitivo, cumpliendo empero con su ministerio, ya porque los honores de que gozaban entre los romanos desarrollaban en ellas un carácter altanero y orgulloso que no era propio para labrar la felicidad de un esposo. Esos honores eran con efecto excesivos; en todos los juegos, teatros y ceremonias públicas se las reservaba asiento cerca de los mas nobles del estado. Los magistrados y los mismos cónsules se detenian á su encuentro y las prestaban el mismo homenaje que al pueblo reunido. Cualquiera que las insultase tenia pena de muerte, y su reputacion de saber y de integridad estaba tan bien sentada, que con frecuencia se vió á los ciudadanos tomarlas por árbitros de sus diferencias. En fin era tal el respeto de los romanos por esas vírgenes que durante una guerra desgraciada un ciudadano que huía en su carro con sus niños y sus tesoros hizo bajar de él á su familia, esponiéndola de esta suerte á las persecuciones del enemigo, solo para hacer subir á una Vestal que encontró huyendo á pié. La pompa que las rodeaba en lo exterior corria en armonia con su buena fama. «Un lictor pasó cerca de nosotros, dice un autor antiguo, exclamando: abrid paso á la Vestal! En el momento mismo reinó un silencio religioso; un carro de dos ruedas, adornado con ébano y oro, se adelanta lentamente; tirábanle cuatro caballos blancos como la nieve; detrás venian esclavas ricamente vestidas, cuya modestia y recogimiento anunciaban el carácter de su señora. Al tiempo de pasar el carro, acaso fuí yo el único que me atreví á levantar los ojos hácia el objeto sagrado de su veneracion. No, jamas las diosas, hijas del cielo, escogieron formas mas sublimes cuando se dignaron manifestarse á los mortales! Cuán hermosa era! Pronto la perdí de vista debajo las columnas del pórtico, y observé que ninguno de los presentes habló de lo que acababa de ver: mirar á una hermosa Vestal ó hablar de ella hubiera sido una profanacion!»

Prodigioso era algunas veces su influjo entre el pueblo, y de ello puede citarse un ejemplo bien patente. Apio Claudio obtuvo del Senado el triunfo, pero el pueblo se lo niega porque no le ama. Impaciente de gloria el futuro triunfador se disponia á oponerse á los decretos absolutos del pueblo: la muerte hubiera castigado semejante temeridad, cuando de repente apareció una Vestal, hija suya, y le conduce sin obstáculo al Capitolio.

Cuando una de ellas estaba convencida de haber faltado á su voto de castidad nada podia salvarla del suplicio que tenia lugar en el *campus sceleratus*. El cómplice era azotado hasta que espirase, y la culpable estaba reservada á una muerte mas horrible todavía y cuyo aparato conservaba una sombra de ese respeto que rodeaba á la víctima antes de su culpa. Despojada de todos sus adornos, se la conducia en una litera cerrada fuera de las murallas de Roma, hácia la puerta Colina. El sumo pontífice, despues de haber pronunciado ciertas oraciones secretas y levantado las manos al cielo, hacia salir de la litera á la desgraciada cubierta con fúnebres velos, y delante de él la bajaban á un subterráneo en el cual se habia dispuesto una pequeña cama, una lámpara encendida, un poco de pan y agua, aceite y leche. Cerrábase la entrada, y la víctima moria de hambre y de desesperacion.

Nada es capaz de pintar la consternacion de los romanos durante esta cruel ejecucion; las familias se encerraban en sus casas para no ver el terrible entierro de una muger viva. La ciudad presentaba el aspecto del luto, las tiendas estaban cerradas, y todo negocio suspendido: no ofreció Roma un aspecto mas lúgubre cuando los Galos llegaron al pié del Capitolio. Esos dias nefastos, recordados tristemente por los historiadores, se mencionan entre las mas grandes calamidades que han afligido al pueblo romano; á ellos siguieron siempre las mas solemnes espiaciones. Un hermoso viñedo cubre actualmente esa tierra de luto; búscanse en él con curiosidad algunos restos de los antiguos subterráneos, pero de ellos no quedan mas que escombros muy dudosos.

El destino de las hijas de Vesta no es una de las ménos tristes imágenes que quedan del grande espectáculo de la ruina del imperio romano.

Cuando la reina del mundo no tenia legiones ni senado, Vesta no podia por si sola salvar el imperio, y perdiendo el poder de la opinion, perdió tambien el respeto de los pueblos. Inmensas eran sus riquezas, y como presentasen cebo á la avaricia, se cerró el templo. De reinas que antes eran, convirtiéndose en suplicantes, ofrecieron en vano las vestales sostener el culto á sus espensas, y morir abrazando su altar! Los romanos empezaban á postrarse ya al pié de otras aras mas sublimes; á las vírgenes de Vesta habian sucedido otras vírgenes, las cuales sin fausto, sin ostentacion, hacian modestamente el sacrificio de su juventud y de sus riquezas, sin reservarse otra esperanza que la calma del sepulcro, y la sonrisa de otra virgen en la eternidad. El cristianismo tomó posesion del famoso templo de Vesta.

CAPITULO VIII.

Templo de la Fortuna viril. — Casa de Pilatos. — Circo máximo — Baños ó termas de Caracalla. — Valle de Egeria. — Sepulcro de los Escipiones.

A corta distancia del templo de Vesta se encontraba el de la Fortuna viril, uno de los mas antiguos de Roma. Este edificio fué consagrado á la inconstante diosa por Servio Tulio, por haberle librado de las cadenas de la servidumbre para cargarle con las del poder supremo. Pero fué destruido despues de su muerte, y reedificado á poco insiguiendo el mismo plan; Dionisio Halicarnasense añade que la estatua de aquel príncipe, apesar de ser de madera dorada, resistió á las llamas que devoraron el templo antes de su reedificacion. Ese hermoso monumento restaurado en tiempo de la república, tiene la forma de un paralelogramo, sosteniendo su techo diez y ocho columnas de orden jónico. A fines del siglo nueve fué consagrado á la Santa Virgen, y desde entonces es conocido bajo la invocacion de Santa Maria Egipcíaca.

Volviendo hácia el Palatino, cerca del puente Senatorial, hoy dia *ponte Rotto*, visita el viajero las ruinas de un edificio llamado la casa de

Pilatos, segun tradicion popular é inmemorial. Este edificio ha sido immortalizado por el nombre de uno de sus propietarios, por el último Tribuno romano, el *Spirto gentile* de Petrarca, Cola di Rienzo, cuyo trájico fin hemos mencionado ya. Detengámonos ahora un momento delante de la morada que habitó durante el corto período de su poder tribunicio.

Al exterior ofrece una mezcla de fragmentos antiguos bastante análoga con la elocuencia y el carácter extraño del tribuno. Rienzo, contemporáneo de la conspiración democrática del dogo veneciano Marino Faliero, y de las conmociones de Francia: tribuno por la voluntad del pueblo para poner un término á las turbulencias causadas por las reyertas de los Colonna y de los Orsini; Rienzo, lanzado con su impetuosa elocuencia en medio de una de esas épocas de irrupciones de pasiones populares, debía temer á su vez el furor de sus enemigos y las reacciones comunes en los estados divididos por las facciones y por las discordias. Por lo mismo la casa que ocupaba en el siglo trece, y que hizo reconstruir, tiene la forma exterior y la solidez de una pequeña fortaleza. Los anticuarios afirman que las ruinas que llevan su nombre no tuvieron jamas el destino que se las atribuye, pero en este particular merecen mas crédito las antiguas tradiciones. ¿No es bien cruel ver como diariamente se procuran llenar de dudas las investigaciones y aplicaciones de la historia, creando nuevas dificultades, y condenando nuestro entusiasmo y nuestra curiosidad con tristes desengaños?

Al Palatino alrededor del cual andamos errantes procurando hacer partícipes á nuestros lectores de las impresiones que hacen nacer en nosotros tantas ruinas y tantos recuerdos acumulados, domina tambien otro monumento antiguamente muy célebre y que merece una mencion particular: tal es el *Circo Máximo*.

Los Circos eran la pasion favorita de los romanos, pasion que fué una de las causas de la decadencia del imperio. Los griegos tenian tambien sus circos, pero en ellos no se celebraban juegos mas que de tiempo en tiempo, y todos ellos tenian la gloria por objeto. Los atletas no llegaban al estadio olímpico mas que despues de haberse ensayado años enteros en la carrera, en el disco y en la lucha. Con cuanta impacien-

cia no debian esperarse esas reuniones solemnes! que ambicion de gloria no debia animar á esos jóvenes! con que ardor y energia se procurarían el aplauso del pueblo! Ese milagro de la Grecia tenia origen en la emulacion, noble sentimiento creado por los juegos públicos que coronaban el talento y la virtud.

No así en los juegos de los romanos, pues en general no nos dan otra idea que la de una curiosidad cruel é insaciable. En Olimpia el entusiasmo animaba á los atletas, en Roma agitaba solo á los espectadores. En Grecia se coronaba á los vencedores, se ponía su denuedo á las nubes, y se les comparaba á los generales vencedores: en Roma se les eximia de los pechos, y recibían alabanzas de los poetas, pero la opinion pública los infamaba, porque eran unos gladiadores cuyo oficio reputaba vil un ciudadano.

Con esta idea justa de los juegos romanos, entremos en el Circo Máximo, situado en el valle que separa el Palatino del Aventino. Aquí fué donde Rómulo instituyó al principio en honor de Neptuno ecuestre varios juegos llamados por los romanos *Ludi Censuales*, durante la celebracion de los cuales fué cuando tuvo lugar el rapto de las sabinas. Segun Dionisio Halicarnasense, Tarquino el antiguo fué el primero que dió al Circo Máximo su forma de anfiteatro. Llamábase Máximo porque en él se celebraban los juegos consagrados *Diis Magnus*, ó porque era el mayor de todos. Aunque los asientos fuesen de mármol, sin embargo para librarse del frio en invierno, los cubrían con postes de madera y aun con almoadas. El palenque del Circo fué adornado y renovado por Julio Cesar y por muchos emperadores. Su longitud era segun Plinio de dos mil ochenta y un pies, y su anchura, comprendidos los edificios, de novecientos veinte pies. Dionisio Halicarnasense dice que el Circo podia contener cincuenta mil espectadores, Plinio afirma que doscientos sesenta mil, Victor que trescientos ochenta mil. En su estremidad circular habia tres torres cuadradas, y dos en la parte opuesta. En los dias de juego se esparcia por el palenque arena pintada. Para presenciar el espectáculo subia Calígula á una azotea donde le aconteció quedarse dormido. Cierta dia en que le habia sucedido esto, le despertaron repentina-

mente los gritos del pueblo que esperaba con impaciencia el espectáculo: descontento el emperador mandó que en el instante mismo se hiciese despejar á viva fuerza el Circo, y muchos ciudadanos romanos murieron entre el tumulto y la confusion. Los juegos del circo eran; la lucha, ya con espadas, ya con palos ó picas; la corrida á pié; el baile; el disco, las flechas, dardos y otras armas de disparo; la corrida á caballo; y la corrida en carros, ora con dos, ora con cuatro caballos.

Hoy dia el circo máximo, en otro tiempo tan famoso, no es mas que una triste huerta, y ni piedras siquiera quedan de tan inmenso edificio; á pocos pasos corre un arroyo que antes tambien corria, pero es para formar un pantano: la mano del tiempo lo ha destruido todo. De otros quince circos mas pequeños que habia en Roma y sus alrededores tampoco ha quedado nada, escepto uno que aun se conserva para darnos una idea distinta de los circos romanos.

Los muchos circos y los pocos teatros de Roma prueban la preferencia que en ella se daba á los primeros sobre los segundos, y se conoce que con esa afición sanguinaria que le conducia irresistiblemente al anfiteatro, debia el pueblo encontrar pesadas las comedias de Terencio. Las agudezas del ingenio y la pureza de language eran menos de su gusto que los rugidos de los leones, mezclados con los gritos tumultuosos de los espectadores, y los romanos no pedian otra cosa que pan y juegos. Cuando los desgraciados gladiadores se despedian del emperador al principiar los juegos, diciendo: *Ave Cesar, morituri te salutant*, salve, Cesar, los que van á morir te saludan, resonaba entonces en el circo un aplauso entusiasta, no de compasion ni de simpatia generosa, sino porque iban á principiar los juegos.

Baños de Caracalla.

Las ruinas de los baños de Caracalla ó *Therma Antonianæ* (Pl. 126), son acaso despues del Coliseo el monumento mas notable de la antigüedad. Al principio iban los romanos á bañarse en el rio, pero posteriormente, á imitacion de la Grecia, entró en Roma el lujo de los ba-

ños públicos. Los primeros fueron construidos por Paulo Emilio, despues Agripa se complació en dar muestras de su magnificencia en las Termas que hizo construir junto al Panteon, sobre la laguna Caprea. Neron debió cuando menos igualar á Agripa, y sus baños se levantaron en el sitio mismo donde está hoy dia el palacio de la famosa Catalina de Médicis y de los *Giustini*. Tito á su vez dejó en zaga al pomposo Neron, y el sitio donde estuvieron sus baños inspira tanto interés como esos mismos, pues ocupaban la parte del Esquilino donde ese monstruo tocaba la lira mientras ardia la reina del mundo, cerca de los edificios habitados un dia por Horacio, por Virgilio, por Propercio y por Mecenas, esos voluptuosos elegantes de los mas hermosos dias de Roma. Cada emperador aumentaba la magnificencia de los baños, su número y su estension, pero ninguno de ellos podia compararse con los de Diocleciano y los de Caracalla. Este emperador no fué menos magnífico en los suyos de lo que lo habian sido sus antecesores, y acaso los dejó muy atrás en lo hermoso de la arquitectura. Una de las salas tenia ciento ochenta y ocho pies de largo y ciento treinta y cuatro de ancho, y de cada una de las demas puede decirse que parecia un vasto templo. Tres mil personas podian bañarse en ellos á la vez; habia salas de lectura, un templo á cada estremidad del edificio, y un sitio destinado para la música. Frondosas calles de árboles protegian con fresca sombra los alrededores de las Termas delante de las cuales habia abierto un vasto gimnasio para varios ejercicios, danzas y corridas. Un espacioso pórtico recibia debajo de sus arcadas á los filósofos que iban á discutir en él los puntos mas arduos de su ciencia, y la multitud de poetas ansiosos de recitar sus versos delante del pueblo reunido, ó á varios de los amigos que encontraban al paso. Dentro de las salas la luz bajaba de la bóveda pues las paredes que quedan de esos edificios no nos ofrecen ninguna ventana. El pavimento de mármol ha desaparecido, y altos árboles crecen en el interior del edificio sin que de mucho puedan llegar á la altura de las paredes. Los baños de Caracalla estaban casi enteros en el siglo sexto cuando el pillage de muchos nobles causó su ruina: dícese que resonó en toda la estension de Roma el ruido que causó la bóveda de la sala

grande en el momento de su desplomo.

Después de las Termas de Caracalla llama nuestra atención en Roma el valle de Egeria, célebre por una hermosa obra de Florian, el Numa Pompilio. Entre los antiguos, los bosques, la gruta y la fuente de Egeria y de las Musas gozaban de grande reputación, consagrados además por el recuerdo de aquel excelente príncipe. He aquí como refiere Ovidio la fábula de la ninfa Egeria: Numa, dice, se había casado con ella y seguía sus sabios consejos para la buena dirección del gobierno. Después de la muerte de ese rey, se retiró en Aricia, y sentada al pie de una montaña derramaba amargas lágrimas. Conmovidá Diana viéndola aflicción de una esposa tan tierna la transformó en fuente que no se secó jamás. Los demás poetas y aun los historiadores graves refieren que Numa para hacer creer que las leyes que daba á los romanos tenían un origen celestial, fingía ir á consultar á la ninfa Egeria en la selva de Aricia, y se gloriaba de tener con ella frecuentes conferencias acerca del gobierno. Comoquiera que sea, estaban tan persuadidos los romanos de los coloquios de Numa con Egeria, que después de la muerte de aquel se dirigieron á la selva Aricia para ir en busca de la ninfa, pero como no encontrasen mas que una fuente, publicaron la metamorfosis de la Ninfa. La verdadera fuente de Egeria se encontraba cerca de la puerta Capena, si hemos de dar crédito á Juvenal.

Entre la puerta de San Sebastian y las Termas de Caracalla, mas cerca de la primera, se encuentra uno de los mas antiguos y gloriosos mausoleos de Roma republicana, el sepulcro de los Escipiones. Imposible le es al viajero explicar las muchas impresiones y los pensamientos á la vez tristes y consoladores que se agitan en su mente junto al sepulcro de aquella grande familia. Detiénese sobretodo en comparar los honores tributados por los antiguos á los muertos con la frialdad de nuestras ceremonias fúnebres. Los monumentos antiguos no devoraban su presa como los nuestros; la urna guardaba las cenizas del difunto; los rasgos de su fisonomía recibían nueva vida en su estatua: su sombra andaba errante debajo de esas bóvedas, di-

chosa con verse objeto del dolor de sus hijos y de sus amigos los cuales en ciertos dias del año iban á quemar perfumes coronando la urna de flores, y esto con silencio, con recojimiento y con todo el celo que inspira la piedad filial: ese respeto para con los muertos era una especie de culto, y los mismos sepulcros eran reputados una especie de templos. El impio que se atrevia á violarlos era blanco de mil imprecaciones y castigado por las leyes. Así honraban á los antepasados paraque á su vez honrasen tambien sus restos los descendientes. Pero ¡ah! que la virtud cesó de ser una ceremonia santa; la vanidad vino á mezclar con las pompas funerales los combates y los banquetes: de esta suerte el respeto y el amor se separaron de los sepulcros.

Apesar de esto el de los Escipiones reclama veneración por muchos títulos. ¿Hay nada en efecto mas admirable que ese ejemplo eterno, heroico, del sacrificio de toda una familia en servicio de la patria? Situado á la izquierda de la Via Appia, dentro de Roma, el sepulcro de aquella ilustre é inmortal prosapia habia sido destinado en sus principios para recibir los restos de Lucio Cornelio Escipion bisabuelo de los dos hermanos Escipion el Asiático y Escipion el Africano. En la puerta se leen estas palabras: *Sepulchra Scipionum*. Cuanto dan que pensar al viajero esas dos palabras! El que ha venido á Roma desde lejanas comarcas para detenerse delante de un sepulcro, esclama entonces con Chateaubriand: «Qué providencia me ha conducido á este lugar? porque casualidad las tempestades me han arrojado á los campos de Lavinia? Quien me hubiese dicho, algunos años ha, que oiria gemir junto á los sepulcros de Escipion y de Virgilio esas mismas olas de las costas de Inglaterra? Acaso por una analogia con la vida errante de aquel á quien el destierro, la gloria y el infortunio abrumaron tan cruelmente, el extranjero podrá tambien añadir: Mi nombre está escrito en la cabaña del salvaje de la Florida, y ahora voy á escribirle en el polvo de Roma: ¿cuando depositaré en el hogar paterno mi palo y la capa de viaje?»

El descubrimiento del sepulcro de los Escipiones en el año de 1780 fué un acontecimiento memorable en la historia arqueológica; pero el ilustre monumento no parece haber sido desconocido de los sabios de la época del renaci-

miento de las artes, puesto que una de sus inscripciones estaba depositada ciento cincuenta años antes en un manuscrito del palacio Barberini, y publicada medio siglo antes en la colección de Doni. Difícil se hace explicar como pudo desaparecer desde aquella época.

Este precioso edificio tiene dos pisos; uno de ellos presenta una sala cuadrada, y el otro redonda con nichos: aquí fué donde se encontró el modesto sarcófago de Lucio Cornelio Escipión que vemos actualmente en el Vaticano, así como el basto de Enio coronado de laurel. De los dos africanos el primero parece haber tenido su sepulcro en lo que hoy día se llama Torre di Patria; el segundo le tuvo en el Campo triunfal, debajo de una pirámide demolida para adquirir sus mármoles.

Enio, amigo de los Escipiones, es padre de la poesía latina y nació en un pueblo de la Calabria el año 240 antes de Jesucristo. Fué amigo de Catón, y con este motivo dice Cornelio Nepote: «La adquisición que hizo Catón de un poeta tan famoso me parece comparable á los mas hermosos triunfos que la conquista de la Cerdeña haya podido merecerle.» Además Enio se trató con todos los hombres grandes de su siglo, y Escipión el Africano, cansado de las turbulencias de Roma, se lo llevó á su casa de campo de Literna, que es donde el poeta escribió en versos heroicos los anales de la república romana. Compuso además algunas sátiras y muchas comedias que anunciaban un profundo conocimiento del corazón humano, cantó las hazañas de la familia de aquel Escipión, el cual murió diez y ocho años antes que él, y mereció ser enterrado en el sepulcro de aquella esclarecida familia. El noble patrocinio de los romanos se extendía hasta mas allá de la muerte. Cuando Romulo hizo la división de su pueblo, quiso que cada plebeyo eligiese de entre los patricios un patrono de quien debía ser el cliente ó el protegido. Los griegos trataban á sus clientes con orgullo, los envilecían y amenazaban con castigos corporales: no así en Roma donde todo era honorífico en esta especie de alianza. Ideada por sabia política, sostenida por las leyes y consagrada por la religion, derramó sobre una nación entera los tesoros de una bondad paternal y de la bondad filial. Las cenizas de Enio descansando junto á los restos de los

Escipiones, nos dan de ello un hermoso ejemplo, y es imposible citar una particularidad mas tierna del antiguo patrocinio romano. Es una de las pocas páginas consoladoras de la historia de Roma, entre muchas otras salpicadas de sangre.

CAPITULO IX.

Basilica de San Sebastian. — Las Catacumbas. — Circo de Caracalla. — Sepulcro de Cecilia Metela. — Templo de Baco convertido en Iglesia. — Basilica de San Pablo.

La ilustre basilica de San Sebastian, situada junto á la Via Appia, fué construída por Constantino en honor de aquel martir. Despues de haber sido restaurada por muchos papas, el cardenal Escipion Borghese la reconstruyó en 1614, siguiendo los planos de Flaminio Ponzio; tiene una hermosa fachada con un pórtico sostenido por seis columnas de granito. El altar mayor está adornado con cuatro hermosas columnas y un cuadro pintado al fresco por Inocencio Tacconi, discípulo de Carraccio. La capilla de San Sebastian está construída insiguiendo el diseño de Ciro Ferri, y se vé la estatua del santo esculpida por Antonio Giorgetti segun un modelo del caballero Bernin. Encima de las tres puertas de la iglesia se vén muchas figuras de santos: obra de Agustin Carraccio.

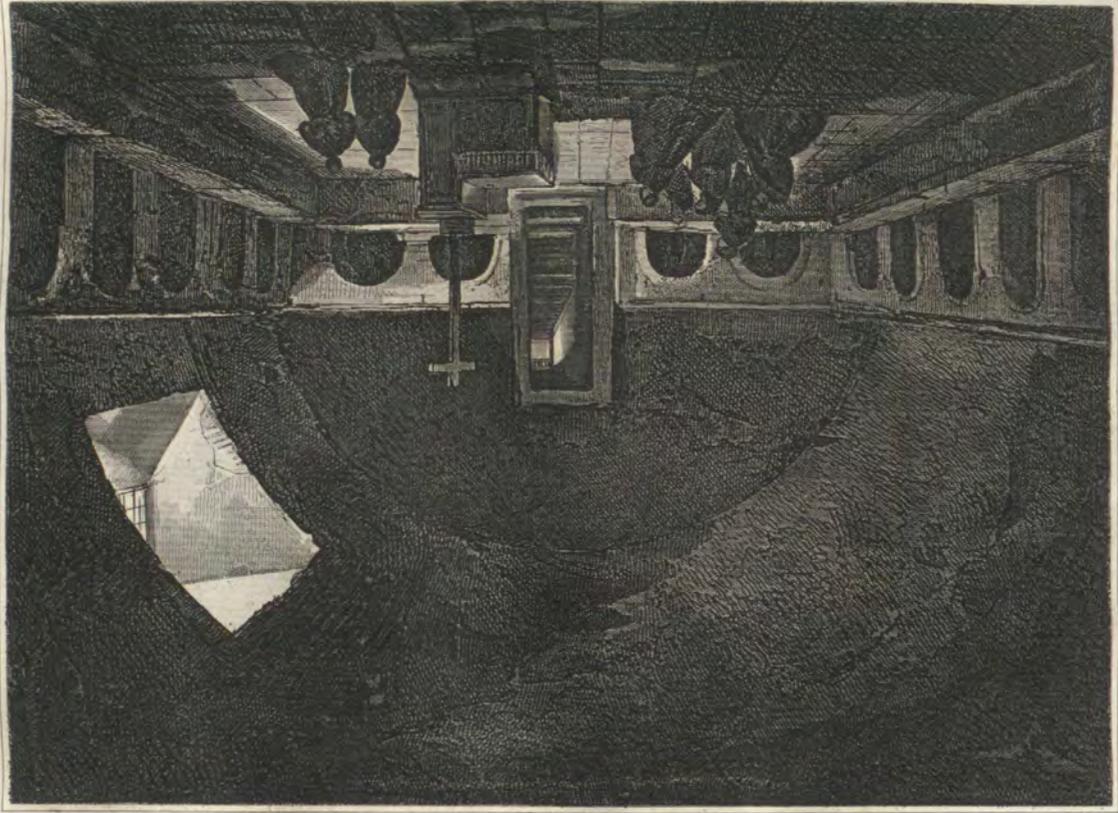
Por la puerta de la izquierda al entrar se baja al cementerio de San Calixto, comunmente llamado las catacumbas. Los subterráneos están abiertos en forma de corredores, y fueron en sus principios escavaciones de las cuales se sacaba antiguamente arena para la construcción de los edificios, inspirando entonces un horror inconcebible. Ciceron hace mencion de ellas como del teatro de un crimen espantoso. Posteriormente Neron quiso buscar en ellas un asilo, pero le inspiraron un horror tal, que segun expresión de Suetonio no tuvo valor para enterrarse vivo. Eusebio nos dice que el emperador Constantino hablaba con frecuencia de aquellos subterráneos como de un lugar terrible, y Prudencio que los describió circunstanciadamente, los pin-

Colombario a San Sebastiano. Roma. Colombarium a S^t Sebastien.

Gravet del.

Jacob del.

Albert sc.



ta en sus versos con los mas sombríos colores.

Bastante curioso es saber la impresion que el aspecto de esos lugares hizo en la mente del jóven San Jerónimo, acaso el mas instruido de todos los discípulos de Jesucristo. « Cuando niño, decia, encontrándome en Roma dedicado al estudio de las bellas letras, acostumbraba en los dias de asueto dirigirme con los de mi edad á los lugares donde estaban sepultados los mártires de nuestra fé, y entrábamos en las catacumbas cuyo interior nos ofrecia á entrambos lados sus cuerpos venerados. Tal era la obscuridad de esas mansiones subterráneas que parecian cumplirse en nosotros las palabras del profeta: *un infierno al cual han bajado los vivos.* »

Los cristianos engrandecieron esos subterráneos en los tiempos de persecuciones y se reunieron en ellos para practicar sus ejercicios religiosos y para sepultar sus muertos y sus mártires. Con el objeto de honrar á estos últimos habian abierto en las paredes una multitud de nichos todavía visibles, y en los cuales los restos de los zelosos adoradores de Cristo estaban depositados con los instrumentos de su suplicio. Allí estaban grabados sus nombres y el año y el dia de su muerte, de manera que consultando esas inscripciones puede recopilarse la historia religiosa de los primitivos fieles (*Pl.* 145).

La mayor parte de las inscripciones están borradas; pero entre las que quedan, he aqui una de las de los dias de persecucion que respira una profunda melancolía. *O tempora infausta, quibus inter sacra et vota ne in caverni quidem salvari possumus..... Quid miserius vitæ: quid morte? cum ab amicis et parentibus sepeliri nequeamus.* « Epoca desgraciada en la cual no nos sirven de abrigo esas cavernas aisladas en medio de los objetos de nuestro culto..... Hay nada mas miserable que nuestra vida? hay nada mas infeliz que nuestra muerte cuando no podemos ser sepultados por nuestros amigos ni por nuestros parientes? »

Las catacumbas de San Sebastian son las mas vastas que existen, y es imposible recorrerlas sin que penetren en el alma vivos sentimientos de veneracion y de terror. Ahí están hacinadas en cierto modo una multitud de generaciones, y sin embargo sus restos reunidos ocupan un reducido espacio! La humanidad se penetra aquí de su miseria, así como de la grandeza de

Dios! Los autores eclesiásticos refieren que han sido enterrados en esas cavernas de la fé catorce papas y ciento setenta mil cristianos; que el cuerpo de San Sebastian fué trasladado en ella por Santa Lucina, y que los cuerpos de los apóstoles San Pedro y San Pablo permanecieron tambien ocultos en su lobreguez durante mucho tiempo.

A alguna distancia de la iglesia de San Sebastian se encuentra el circo mas bien conservado que existe en Roma, y que hasta el año de 1825 se habia reputado ser el del emperador Caracalla. Las razones en que se apoyaba esta opinion son bastante frívolas. Con efecto la afición de este emperador por los juegos del Circo, el descubrimiento de su estatua y la de su madre Julia en las cercanias y el diseño del circo que se vé en las medallas de aquel príncipe no son motivos suficientes para atribuirle el monumento de que estamos hablando. Por otra parte, la irregular construccion del edificio, muy diferente del de las Termas del mismo emperador, recuerda el estilo del siglo cuarto, que es cuando las artes habian caído en una completa decadencia. Ya en el siglo diez y seis Puvinio habia sospechado que el edificio debia ser de la época de Constantino; pero las dudas desaparecieron enteramente en el año de 1825 cuando el duque de Torlonia mandó hacer escavaciones en el circo á costa suya. Casi la mayor parte del circo se sacó del seno de la tierra, y se descubrieron los fragmentos de tres inscripciones, de las cuales dos estaban cerca de la puerta grande de la entrada, y una á la puerta por la cual salian los carros: todas ellas llevan el nombre de Maxencio y la que está mas bien conservada de entre ellas prueba que el circo fué consagrado en el año 311 de la era cristiana á Rómulo hijo divinizado de Maxencio, que habia sido consul dos veces.

No seguiremos á Nibby en su larga y sabia descripcion de las escavaciones emprendidas por Torlonia, y si solo indicaremos que la forma del circo puede reducirse á un espacio prolongado de mil quinientos sesenta pies de largo y de doscientos cuarenta de ancho. Los fragmentos de una estatua de Venus, los pedestales que sostienen las columnas dominadas por siete delínes, símbolo del número de vueltas de cada corrida, y de Neptuno, divinidad protectora

de los caballos, y en fin, las estatuas del Sol y de París y varios pedruzcos de hermosísimo mármol, tales son en resúmen las principales riquezas artísticas producidas por esos trabajos. Por pequeño que sea este monumento en comparación con el *circo máximo*, nos da sin embargo una justa idea de esa clase de edificios. Diez gradas podían dar asiento á unos diez mil espectadores, siendo así que aquel otro circo podía contener mas de doscientos mil. Actualmente se ha convertido el circo de Caracalla, ó por mejor decir de Maxencio, en un prado bastante húmedo en invierno: los romanos no hacen de él ningun uso, pero algunas veces los extranjeros ejecutan en él corridas de caballos.

El sepulcro de Cecilia Metela que se encuentra en sus cercanías es el mas hermoso y el mas bien conservado monumento sepulcral descubierto junto á la Via Appia. Erigióle Craso en honor de Metela, su muger, hija de Quinto Metelo Crético. La forma del edificio es circular, y su diámetro es de ochenta y nueve pies y medio. Lo mas notable de este sepulcro cuya elegancia desmiente la imputacion de avariento dada á Craso, es la extraordinaria anchura de las paredes ó mas bien murallas del edificio, que tienen treinta pies. En el interior no hay mas vacío que una pequeña sala redonda, cuya bóveda forma una especie de cono. Debajo de esta se descubrió en tiempo de Paulo III el sarcófago de mármol que actualmente se encuentra en el patio del palacio de Farnesio. Porqué se ha permitido la estraccion de este sarcófago?

Debajo de la inscripcion que indica el objeto del edificio, se encuentran los restos de un bajo relieve de mármol. Las obras de defensa que coronan el monumento las mandó construir Bonifacio VIII el cual se fortificó en él por el año de 1300 durante las guerras civiles. Sin duda por la misma época fué cuando se construyó cerca de él un castillo con una iglesia y muchas casas cuyos restos subsisten todavía: Sixto Quinto hizo derruir el castillo porque servia de abrigo á muchos malechores. Atribúyese á la arquitectura del sepulcro de Cecilia Metela el eco singular que resuena en torno de él: «Es verdaderamente curioso, dice Boisard, oír la voz humana repetida siete veces muy distintamente por el eco del sepulcro de Cecilia; entonces recuerda uno que durante los funerales

ejecutados por Craso en honor de esa dama romana, cuando la Plañideras exalaron suspiros y gemidos, tuvo lugar el mismo fenómeno, como si los dioses manes y todas las sombras de los infiernos, conmovidos por el dolor de un esposo desgraciado, hubiesen respondido á sus quejas con otras quejas simpáticas, confiando al eco, á ese intérprete fiel, la espresion de su tristeza y de su quebranto.»

Junto á este pensamiento lleno de poesia caen bien algunas líneas no menos poéticas de Chateaubriand, aplicables tambien á las catacumbas que hace poco describíamos: «Si el viagero que visita Roma ha sentido el peso de la desgracia, si ha mezclado con otras cenizas ilustres las de algun objeto idolatrado, ¿con que encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso, y de la tumba admirable de Cecilia Metela al modesto ataud de una muger desgraciada? Tal vez creerá que esos manes queridos se complacen divagando con la sombra de Ciceron lloroso todavia por su idolatrada Julia, y con la de Agripina besando amargamente la urna de Germánico? Y si es cristiano, ah! ¿como le ha de ser posible separarse de esa tierra que se ha convertido en patria suya, de esos campos que han visto nacer un imperio mas santo en su cuna y mas grande en su poder que el que le ha precedido, de esa tierra donde los amigos que perdimos duermen junto á los mártires en las catacumbas, parecen deber algun dia despertar los primeros recojiendo su disperso polvo, y se presentan mas cercanos al cielo?»

Los antiguos romanos acostumbraban edificar sus sepulcros en las márgenes de los caminos, y esos monumentos bastante capaces para poder servir algunas veces de ciudadela, vistos de cierta distancia parecen palacios ó templos. Estaban inscrustados de mármol, rodeados de ricas columnas y adornados con estatuas: á veces tenían dos ó mas pisos. En la época del esplendor de Roma, esas moradas de los muertos eran pobladas y animadas como las mansiones de los vivos, y formaban una especie de ciudad fúnebre que llenaba bastante estension de terreno. La Via Appia, abandonada hoy día en la parte que conduce de Roma á Albano en una longitud de tres leguas, nos ofrece una línea recta trazada por dos hileras de sepulcros arruinados

este antiguo camino pertenece al imperio silencioso de la muerte. Algunos de esos monumentos funerarios están convertidos en escombros, de manera que no presentan á la vista mas que el informe aspecto de un peñasco. En la cumbre de uno de ellos se descubria una cabaña levantada sin duda en lo más alto para evitar el aire malsano: pero estaba desierta como el sepulcro que la sostenia. Un cono derribado adornaba la cúspide de otro sepulcro, y parecia que el mas ligero soplo del viento ó el revoloteo de un pájaro debia hacerle perder el equilibrio: sin embargo, han transcurrido ya quince siglos, y se sostiene todavia. Muchos de esos sepulcros ofrecian restos de su antigua forma de templos griegos, de cúpulas, de torres, de cavernas y los fragmentos de mármol esparcidos indicaban suficientemente que la hermosura de los materiales, escitando la rapiña, habia sido la mas fuerte causa de su ruina. Algunos se han convertido en figones donde se bebe y se baila; otros sirven de subterráneos y de pesebres: algunos animales inmundos se revuelcan en las cenizas de los señores del mundo.

Dirigiéndose el viajero desde el sepulcro de Cecilia Metela á la quinta llamada *la Gafarella*, encuentra en una altura el templo de Baco. El descubrimiento que en el subterráneo de este templo se hizo de un altar báquico con una inscripcion griega, no deja la menor duda acerca de la divinidad á la cual estuvo consagrado este edificio, y al propio tiempo destruye la opinion que le habia convertido en templo de las Musas. El estilo de este monumento no es de los mejores, y las columnas parecen de algun otro edificio de la época de los Antoninos. Está adornado con un pórtico sostenido por cuatro columnas de mármol blanco, de orden corintio y acanaladas, y debajo de él entrando á la derecha se ve en un altar una inscripcion griega junto con la serpiente Dionisiaca. El interior presenta una forma cuadrilonga y este se vé adornado con hermoso friso de estuco en el cual están esculpidos trofeos militares. En la edad media este templo fué convertido en iglesia, segun se deduce de las pinturas del siglo undécimo que le adornan. Urbano VIII fué quien le restauró consagrándole en honor de su santo patron. El conjunto ofrece poco interés, pero en tiempo de primavera es hermosísima la campiña de los al-

rededores, y el efecto de las rotas arcadas de los acueductos es desde este punto verdaderamente pintoresco.

Algo mas lejos que ese templo se levanta otro edificio bien proporcionado y adornado con pilastras y hermosas cornisas. Es el templo del dios Momo, y al parecer recuerda una de las grandes épocas de la historia romana. Dícese que Anibal acampó en ese mismo sitio, y que en burla del senado consagró en él ese templo al dios ridículo. Seria necesario suponer al general de Cartago muy inesperto para que tomase posicion en un húmedo y estrecho valle. Otra tradición afirma que en aquel sitio tuvo lugar la famosa entrevista de Coroliano con su madre: si asi fuese deberia suponerse el templo consagrado á la *Fortuna de las mugeres*. Roma seguramente debia algo á la virgen Fortuna por el milagro de haber desarmado al mas temible enemigo del Capitolio. Pero que diremos de ese Coroliano que fué traidor á su patria por venganza y á los Volscos por flaqueza? ese hombre no era romano. Sacrificar su país por resentimientos personales es en todas épocas una maldad, pero enganar á un pueblo que acaba de adoptarnos y que nos honra con su confianza, es una alevosia. Tambien fué víctima de su doble crimen, como lo merecia. Con razen despreciaba Roma la memoria de un rebelde que no supo olvidar completamente un ultrage, ni vengarse de él. Tal vez el senado hizo construir este templo para recordar incesantemente á los ciudadanos que un traidor para con su patria será eternamente digno de desprecio. Pero esta opinion, aunque sentada modestamente por Louriens, no es del todo justa. Por nuestra parte tenemos por mas verosimil la opinion de que el templo del *Dio Rediculo* debe mas propiamente llamarse *di rediendo*, ó mejor *di Redeundo*, palabra que explica muy bien su origen, pues con efecto fué construido cuando Anibal despues de haber levantado el sitio de Roma, tomó el camino de Nápoles, para volverse á Cartago.

Mas lejos, hácia levante, una vasta estension de ruinas lleva el nombre de *Roma Vecchia* y el de *Statuarium* con motivo de las muchas estatuas que en ella se encontraron en tiempo del papa Ganganelli. Aqui, como en todas las cercanias de Roma, los monumentos antiguos despojados de su precioso mármol y aun de las mis-

mas piedras, no ofrecen mas que informes masas de ladrillo. Entre los escombros se descubre aqui un teatro, mas lejos una fuente seca, un templo, un cercado y algunos sepulcros. « Adelantábase la noche, dice un viajero, cuando visité esos restos de la antigüedad, y en lugar de esos monumentos, de esos escombros desfigurados que yo procuraba reanimar en mi mente, hubiera podido imaginarme unos fantasmas errantes bajo distintas formas, sombras del mundo pagano sorprendidas en sus apariciones nocturnas y transformadas cuando los sumos pontífices aparecieron por primera vez en la ciudad de los Césares.

El grande dominio de Roma Vecchia pertenece al banquero Torlonia, duque Braciano, y sus ruinas le han valido el título algo singular de marqués de la antigua Roma.

La Basílica de San Pablo (Pl. 134), hoy dia reducida á cenizas, era un edificio situado en cierto modo á la entrada del desierto. Esos templos abandonados aumentan el sentimiento de soledad que se experimenta en estos lugares. Algunas blancas palomas anidan en el silencioso recinto de las ruinas de la basílica levantada por Constantino con motivo de la muerte de San Pablo. Posteriormente la ensanchó Teodosio, y Honorio tuvo la gloria de terminarla. Unas espléndidas columnas de mármol, una hermosa coleccion de retratos de los papas, desde San Pedro hasta Pio VII, un pavimento de hermoso mosaico, unos bajos relieves admirables, tales eran las riquezas de la basílica cuando en el año de 1824 fué convertida en pábulo de las llamas. La fachada que data del siglo tercero está todavía en pie, asi como el altar mayor en cuyos cimientos fueron depositados los restos preciosos del cuerpo de San Pablo. Una puerta de bronce, traída de Constantinopla en 1070, contiene algunas inscripciones griegas y árabes. dá entrada á un cementerio, pero en él no hay muertos porque tampoco hay vivos en los alrededores de ese edificio: que antes de la reforma estaba bajo el patrocinio de los reyes de Inglaterra. La historia nos ofrece muchos ejemplos de un hecho semejante: el emperador de Austria era protector de San Pedro, el rey de Francia de San Juan de Letran, y el rey de España de Santa Maria la Mayor.

El gobierno pontificio se ocupa con actividad

de la reconstrucción de esta venerable basílica, habiéndose destinado sumas considerables para una empresa digna á la vez de un pontífice y de un soberano. Los trabajos se han confiado al talento de artistas que ofrecen las mayores garantías; se han recojido mármoles preciosos, y se han labrado columnas de las cuales solo la antigüedad puede ofrecernos modelos, sacando materiales de las hermosas canteras de los Alpes y del Apenino. Dentro de algunos años resonarán debajo de esas bóvedas los cánticos de los fieles; pero si la religion encuentra poderosos consue- los en esa loable empresa, ¿quien podrá hacer olvidar á las artes la pérdida inmensa causada por el incendio de ese antiguo edificio?

La Basílica de San Pablo está á un cuarto de legua de las puertas de Roma, y entre ella y la ciudad se encuentran casas de campo abandonadas por sus propietarios: el viajero llama á muchas puertas y nadie le responde.

Los antiguos levantaban las enormes masas de sus edificios construyendo unas paredes dobles cuyo vacio de en medio llenaban con argamasa y piedras: esos informes restos son aun hoy dia indicio de las construcciones antiguas diseminadas por las cercanias de Roma: si subsisten todavía es porque no ha valido la pena de que fuesen robadas.

CAPITULO X.

Pirámide de Cayo Cestio. — Cementerio de los ingleses. — El monte Testaccio. — El rio Tibre. — La isla Tiberina. — Varios puentes. — El Aventino. — El Celio.

A una milla de distancia de Roma moderna se encuentra la pirámide de Cayo Cestio. Este romano queria que de todos modos pasase su nombre á la posteridad, y no sabiendo que medio adoptar para ello mandó en su testamento que se le erigiese ese edificio, imitacion modesta de las pirámides de Egipto. Tiene ciento trece pies de alto y sesenta y nueve de ancho en su base. Sus paredes, incrustadas de mármol en lo exterior, tienen veinte y cinco pies de anchura.



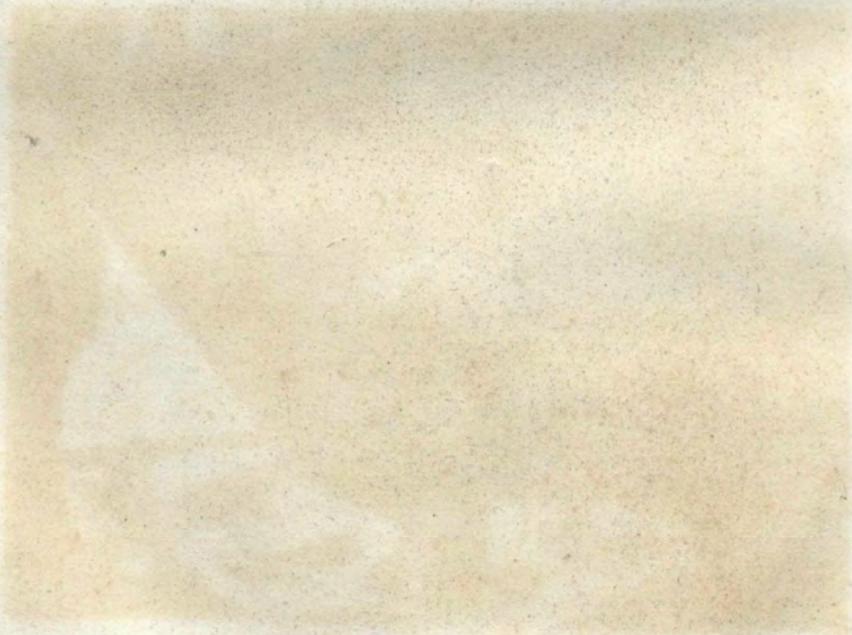
S. Paolo fuori le mura. Roma. S.^t Paul hors des murs.



Sepolcro Etrusco. Tarquinia. Tombeau Etrusque.

Audot del.

Robert sc.





Halswell del.

Roma.

Pyramide di Cajo Cestio. Mura di Aureliano. Porta d'Ostia. Pyramide de Caius Cestius. Murs de Rome. Porte d'Ostia.



Turner del.

Anlot del.

Aubert sc.

Sepolero di Cecilia Metella.

Roma.

Tombeau de Cecilia Metella.

El sepulcro del testador se encuentra en el centro de la pirámide y tiene diez y ocho pies de largo sobre doce ó trece de ancho; el corredor que conduce á él, desde muchos siglos debajo de quince pies de escombros, fué descubierto unos ciento sesenta años ha. Dos hermosas columnas de mármol y encontradas debajo de los escombros, se han colocado sin gusto al pie de la pirámide haciendo un malísimo efecto. En el interior las paredes están adornadas con pinturas al fresco. Aun quedan de ellas algunos restos, pero el tiempo y el humo de las antorchas las han echado á perder.

El obscuro Cestio que debe su reputación á esta pirámide prodigó al menos sus riquezas en beneficio de las artes: no le negará por cierto el viajero un recuerdo, y tanto mas cuando sepa que esa masa gigantesca fué principiada y concluida en el espacio de trescientos treinta días. Está situada la mitad de ella dentro de Roma antigua, y la otra mitad fuera de ella, puesto que está comprendida en las murallas de Aureliano (Pl. 133); Sin una restauración reciente que era ya muy necesaria, acaso la inmortalidad de Cayo Cestio se hubiera hundido con su obra. Con efecto, en los intermedios de unas piedras á otras crecían arbustos cuyas raíces habían ya levantado algunas partes importantes de ese monumento, apesar de su sólida construcción. Se ha creído generalmente que los antiguos poseían un secreto particular para hacer su mortero ó argamasa; pero es un error, y solo debe atribuírse su mejor calidad á su arena que es muy superior á la de muchos otros países.

Junto á la pirámide de Cayo Cestio un rincón de tierra está consagrado para cementerio de los ingleses: tal es el nombre que los romanos dan al sitio en que descansan las cenizas de algunos viajeros. Este triste lugar no ofrece por perspectiva mas que ruinas, y es como la sombra de un gran sepulcro. El dolor le ha escogido, pero por mucho tiempo ha permanecido sin cercado, los rebaños pacian en él, los niños jugaban mutilando las esculturas, y esta profanación parecia no interesar á nadie.

«He visto, dice un viajero, profanar el sepulcro apenas concluido de una joven y hermosa muger que viajaba por pasión artística, y el de un extranjero, amor y esperanza de su familia. Volví de hacer sabias investigaciones

para llenar de alegría á su pobre madre que le esperaba, pero la inexorable muerte ha herido al desgraciado joven en la víspera misma de su felicidad. Sus amigos le han acompañado en su último asilo, y el mármol espresa su dolor, aunque no era necesario este testimonio para creer en él. Qué corazón bastante frio dejará de desgarrarse al separarse de un amigo á quinientas leguas de su patria para conducirle al sepulcro? Podrá hacer mas que llorar cuando se dirija á sus parientes para decirles que le han perdido?»

«Este sitio, añade Chateaubriand, es propio para la meditacion mas profunda; uno se remonta á su vida pasada, siente todo el peso de la presente, y pugna para columbrar el porvenir. Donde estaré, que haré dentro de veinte años? Siempre que uno entra en sí mismo con todos sus vagos proyectos, encuentra un obstáculo insuperable, una incertidumbre causada por una certeza. Este obstáculo, esta incertidumbre es la muerte, esa terrible muerte que lo ataja, que lo hiere todo. ¿Habeis perdido un amigo? en vano teneis mil cosas que decirle; desgraciado, solitario, errante sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros pesares y vuestros placeres, llamais á vuestro amigo, y no vendrá á aliviar vuestros males, á tomar parte en vuestras alegrías, y no os dirá ya: en esto teneis razon, en esto no la teneis. Ahora os es forzoso adelantaros solo. Aunque seais rico, poderoso, célebre, no tomará parte el amigo en vuestras alegrías, porque una cosa se ha interpuesto entre él y vos, la muerte! Oleadas que os precipitais en esa noche profunda en la cual os oígo mugir, desapareceis acaso mas rapidamente que los dias del hombre, ó tal vez podréis decirme lo que es el hombre, vosotras que habeis visto pasar tantas generaciones por esas orillas?»

El cementerio de los ingleses está separado de un monte curioso por un campo plantado de árboles. El monte Testaccio que presenta tan buen aspecto como los demas de Roma, y que aun excede de algunos pies en altura al Capitolio, se compone unicamente de cántaros de barro rotos, y la yerba que le cubre, crece solo sobre algunas líneas de tierra depositadas por la lluvia. Lo restante, desde la base hasta la cúspide, no ofrece mas que un monton inmenso de aquellos pedazos sin mezcla de nin-

guna otra materia.

El origen del monte Testaccio (*á Testa*) es muy desconocido, y no se sabe que la antigüedad haga mencion de él. Los sepuleros que se han descubierto en esta colina, llenos de pedazos de cántaros, han hecho suponer que el monte se habia formado en una época en que en Roma se depositaban las cenizas de los muertos, ni mas ni menos que los géneros, en grandes cántaras de barro. Otros suponen que se recogian en las calles de la ciudad todo el barro roto y otras cosas para llevarlas al Testaccio, pero en este caso se encontrarían entremezcladas varias materias, lo que no es así. Mas probable parece que los alfareros tenían su cuartel junto al Testaccio, y en él iban haciendo los objetos de barro rotos hasta que con el transcurso de mucho tiempo se formó la mas extraordinaria montaña que se haya visto. Por asombroso que esto parezca, no se juzgará así cuando se sepa que el uso de los utensilios de barro era mucho mas general entre los romanos que en nuestros dias. El monte Testaccio es hoy dia objeto de curiosidad física á causa de la frescura extraordinaria que en él se goza en verano, frescura causada por unas corrientes de aire que se sienten aplicando la mano á cualquier lado de la colina. Por esto se han abierto en ella cuevas excelentes donde se reúne gente por el mes de Octubre, ofreciendo al viagero unas escenas animadas y alegres.

A corta distancia de este delicioso sitio corren las aguas del famoso Tíbre, y el viagero se complace en recorrer sus márgenes con la historia en la mano. Algunos vestigios indican aun hoy dia el sitio donde estuvo el puente mas antiguo de Roma; era de madera, se llamaba el puente Sublicio, y le hizo construir Anco Marcio unos ciento quince años despues de la fundación de la ciudad eterna. Emilio Lépidio, último censor del tiempo de Augusto, le reemplazó por medio de un puente de piedra al cual dió su nombre, y posteriormente le restauró el emperador Antonino Pio.

Cuando no viene muy lleno el rio, se divisan aun algunos montones de piedras, y cuando la corriente crece levántan espuma blanca las aguas sobre de esas ruinas. Aquí fué donde Horacio Cocles se defendió solo contra el ejército de Porsena; aqui fué donde una joven heroína,

Clelia, pasó el Tíbre á nado, y desde lo alto de ese puente fueron arrojados al rio los cuerpos de dos tiranos aborrecidos, Heliegáballo y Cómodo. En otro tiempo era todos los años, el 15 de mayo, teatro de una fiesta singular celebrada por el pueblo. La primera colonia de Griegos establecida en esta comarca acostumbraba ahogar anualmente treinta hombres en el Tíbre para obedecer á un oráculo mal interpretado. Hércules abolió esta costumbre bárbara y supo persuadir á los colonos que el oráculo no pedía vivientes sino manequines. Así se practicó, y así lo hicieron posteriormente por mucho tiempo los romanos, asistiendo á esta extraña ceremonia los cónsules, los magistrados, los sacerdotes y las vestales.

Una fuerte avenida del Tíbre destruyó el puente en el año 780 de la era cristiana. Encuéntrase despues el puente senatorial, hoy dia ponte Rotto, el cual debió su nombre á la costumbre que tenían los senadores de pasar por él siempre que iban á consultar los libros de las sibilas en la opuesta margen. Fué principiado por el censor H. Fulvio, concluido por Escipion el Africano, y reparado por Augusto. Segun Alberto, escritor de la edad media, ofrecia este puente la singularidad de un techo sostenido por cuarenta y dos columnas de mármol y cubierto de cobre, y se le llamaba tambien Palatino, por estar cerca de la colina de este nombre. Para conservarle ha sido preciso luchar constantemente contra la accion destructora del Tíbre, pero al fin el rio salió victorioso. Destruido por una grande inundacion fué reconstruido en 1552 por el arquitecto Baccio Bigio cuyas intrigas obtuvieron despues de la muerte de Paulo III que se le antepusiese á Miguel Angel. Pero la obra del pobre Bigio, segun la prediccion de su ilustre rival, no resistió diez años al esfuerzo de una corriente impetuosa. Gregorio XIII le restableció en 1575, pero cuatro años despues se desplomó, y desde entonces no se ha pensado en reconstruirle. Tres arcadas que subsisten todavia, demuestran aun la elegancia de su construccion, al mismo tiempo que patentizan las causas de su destruccion en su oblicuidad relativamente á la corriente.

Mas arriba del puente Sixto la isla de San Bartolomé divide el Tíbre en dos brazos atravesados

por dos puentes. Uno de ellos de tres arcadas, llamado en otro tiempo Puente Fabricio y tambien Puente Tarpeyo, fué construido ó mas bien restaurado por R. Fabricio, *curator viarum*, inspector de caminos en el año 733 de Roma. Despues se le ha dado el nombre de *Ponte Quattro Capi*; el otro es el puente de San Bartolomé en otro tiempo puente Cestio.

Atribúyese un origen singular á la isla Tiberina ó de San Bartolomé. Despues de la muerte de Tarquino el senado dió al pueblo todos los bienes de ese odioso rey, pero indignados los romanos no quisieron manchar sus manos con lo que habia pertenecido al tirano; cogieron las gabillas de trigos de las propiedades de Tarquino, y las echaron al Tibre. La cantidad de trigo era inmensa, de manera que el rio quedó obstruido, formándose una isla compacta alrededor de la cual se construyó posteriormente un cerco para hacerla habitable.

En el año 461 de la fundacion de Roma la peste hizo grandes estragos en la ciudad, y los pontífices encargados de consultar los libros de las Sibilas encontraron que el único medio de hacer desaparecer el mal era traer á Roma el Esculapio de Epidaura. Envióse allí una diputacion de diez de los principales ciudadanos á la cabeza de los cuales estaba Q. Ogulnio. Mientras admiraban estos en el templo la belleza de la estatua, dícese que apareció en los cuarteles mas frecuentados de la ciudad la serpiente vista rara vez en Epidaura y honrada como el mismo Esculapio, se paseó lentamente mirando alrededor, y al cabo de tres dias se dirigió al puerto, entró en la galera romana y permaneció tranquilamente en la cámara de Ogulnio; su llegada en la isla Tiberina dispó el contagio, y para recuerdo de este acontecimiento se levantó un templo á Esculapio, templo convertido despues en Iglesia de San Bartolomé. A la estremidad del pequeño jardin del convento, bajando la escalera que conduce al rio, cuando se deslizan tranquilas y cristalinas las aguas, se vé en el fondo una serpiente esculpida en piedra.

De orden del emperador Tiberio, los reos de estado condenados á muerte permanecian un mes en esta isla antes de ejecutarse la sentencia. Tambien habia en ella otros templos que la hicieron célebre, como lo es aun ahora por sus recuerdos.

Algo mas arriba del puente Elio, al extremo del ángulo que forma el Tibre, asoman aun hoy dia por encima de las aguas los restos del puente triunfal por el cual entraban los gefes de los ejércitos victoriosos á su vuelta de las provincias occidentales. Este puente llamado tambien en el dia Aureliano y Vaticano, fué sucesivamente restaurado por varios emperadores; pero hace mucho tiempo que sus rotos arcos obstruyen la madre del rio é interrumpen la navegacion ocasionando un salto considerable.

El puente Elio, construido de orden del emperador Elio Adriano, frente de su mausoleo, es conocido hoy dia con el nombre de puente de San Angelo, ó de los Angeles. Ha sido restaurado por Nicolas V., Clemente VII, y ultimamente por Clemente IX, como tendremos ocasion de esplicarlo mas adelante.

Merece citarse tambien el puente Melvio, hoy dia *Ponte Molle*, que honra á su fundador Emilio Scauro. Nicolas V restauró este monumento reparado últimamente por Pio VII. Es célebre este puente con sus cercanias por el arresto de algunos embajadores complicados en la conjuracion de Catilina, por el desenfreno de Nerón, y por la batalla dada por Constantino contra Maxencio.

Despues de haber recorrido los varios puentes de Roma, se dirige el viagero al monte Aventino que domina inmediatamente al Tibre, y desde el cual se goza de la risueña vista del Janículo. Levántase en línea paralela con el Palatino, y como este sirve de apoyo de un cabo á otro al grande Circo, y no estaba separado del Capitolio mas que por el estrecho valle de Verlabro. Leyendo algunos versos del libro octavo de la Eneida, creemos ver los rebaños de Hércules vagando por este monte, al terrible Caco robándolos despues de mucha astucia y esfuerzos, la caverna del famoso ladron y aquellos enormes peñascos que la ocultaban. Es tal el prestigio de la poesia en la imaginacion de los hombres, que creeríamos entonces encontrarlos en alguna montaña de los Alpes ó de los Pirineos, llena de selvas y de precipicios; y sin embargo, ese Aventino no tiene mas que cien pies de elevacion perpendicular, y mil de circunferencia! En tiempo de los reyes de la república y de los emperadores se erigieron sucesivamente grandes edificios sobre este monte,

y entre ellos se distinguia principalmente el templo de Diana, levantado por los latinos, como una confesion de que Roma era verdaderamente la capital del Lacio.

Otros monumentos no menós interesantes debia immortalizar el Aventino; tales eran los templos de Juno reina, de la buena diosa, de Minerva y de Hércules, el atrio de la libertad, los palacios de Sura y de Trajano, y las Termas Varianas y de Décio. Singular destino de las cosas humanas! el mas poblado monte de Roma es hoy día el mas desierto, y ya en su tiempo deploraba Virgilio el triste aspecto de esa colina sobre la cual la ciudad eterna habia fijado primitivamente el asiento de su poder. Los edificios que le adornaban han desaparecido, de manera que apenas puede determinarse aproximativamente el lugar que ocuparon los que acabamos de nombrar. El templo de Hércules ha sido transformado en iglesia de San Alejo. El famoso templo de Diana es actualmente la iglesia de Santa Sabiná, y á las ceremonias gentílicas han sucedido las ceremonias pontificias. Al describir la Tierra Santa, tuvimos que lamentarnos porque el culto de Mahoma habia profanado muchos monumentos de la cristiandad; en Roma á lo menos á las ceremonias de un culto innoble han sucedido las de un culto sagrado; allí donde se adoraba á divinidades impúdicas se postra hoy día el pueblo delante la imagen de un dios de Paz y de la mas pura entre las Virgenes.

La diosa Venus tenia tambien su templo en el Aventino, y en él fué donde tuvo lugar la escandalosa aventura de Clodio el cual disfrazado de muger se atrevió á asistir á unos misterios cuya vista estaba prohibida á los hombres. Este templo se ha convertido hoy día en priorato de Malta en el cual no pueden entrar las mugeres: asi es como un siglo sucede á otro siglo. Una de las plazas de armas donde se ejercitaban los soldados de Roma, no es hoy día mas que un descuidado jardín.

Por la parte del Tíber, el Aventino se presentaba antiguamente coronado de bosques sagrados y de pórticos, y tenia á sus pies el mas hermoso pretil de Roma, pretil convertido hoy día en un precipicio. Actualmente se sube á la colina por cinco diferentes caminos que siguen la direccion de las antiguas vias con las cuales se

reunian todos los de las senderos antiguos. El primer camino da frente á la puerta del monte Testaccio; el segundo conduce á Santa Prisca, y otro encamina directamente á la iglesia de Santa Maria.

El monte Celio una de las mas considerables colinas de Roma, era en cierto modo el cuartel habitado por los grandes de la ciudad, siendo asi que el Aventino era habitado por el pueblo. En aquel fué donde se establecieron los habitantes de Alba, cuando Hostilio los sojuzgó. Hacia el mediódia del mismo estaba el Ninfseum de Neron, magífica quinta adornada con grutas, con saltos de agua, con baños y pavimento de mármol, en una palabra, con gusto verdaderamente asiático.

El palacio, la iglesia y el hospital de San Juan ocupan una parte de la meseta convertida un tiempo en plaza de armas durante las inundaciones del Tíber; algunos patricios han tomado posesion del resto de la colina para convertirla en deliciosas quintas. En la parte mas alta de la montaña estan en pie todavia algunas arcadas del acueducto de Neron, y algo mas lejos, junto al acueducto de Claudio, está el hermoso convento de Santa Cruz, que Constantino hizo construir al paredon para su guarda despues del licenciamiento de los pretorianos que se habian declarado por su rival. El mismo Constantino parece haber habitado esta parte del Celio, y aun se enseñan los baños cuya construccion se debe á su madre.

Existe todavia el hermoso templo de Fauno, hoy día San Esteban, pero no ha quedado nada del local destinado para las tropas auxiliares, ni tampoco restos del templo de Júpiter. Este último monumento recordaria una costumbre admirable de la antigüedad. El pobre soldado, destinado á defender su patria en paises estrangeros, iba á invocar en aquel recinto al cielo para que le permitiese volver algun día á su pais natal.

Del monte Celio bajaba con direccion al Esquilino la calle Suburra habitada por Cesar, por Plinio el joven y por Marco Aurelio en su juventud. Desde lo mas alto de aquella cumbre recorre la vista una vasta estension de ruinas confusamente amontonadas, que ofrecen las formas mas singulares.

La iglesia de San Gregorio construida en el

Celio con las ruinas de una antigua morada de los Patricios, ocupa una de las mas hermosas posiciones que pueda imaginarse. En un jardín que está á corta distancia se encuentran tres capillas construidas en vista de los planos de San Gregorio. La primera, enriquecida con frescos debidos al pincel de Guido, está dedicada á Silvia, madre del Santo. La segunda contiene también dos frescos admirables del uño de Guido, y el otro del Dominiquino, y están casi juntos para que pueda compararse el mérito de los dos autores. El de Dominiquino representa el martirio de San Andrés, y el de Guido al mismo santo dirigiéndose á la muerte por la fé. Una estatua de San Gregorio, principiada por Miguel Ángel y concluida por Cordieri es el único adorno que llama la atención en la tercera capilla.

En la iglesia de San Gregorio fué donde la harto famosa cortesana romana, llamada Imperia, la Aspasia del siglo de Leon X, obtuvo el honor de un monumento público, y este extraño epitafio: «La cortesana romana Imperia ha merecido su nombre por su belleza, rara entre los mortales.» El monumento y la inscripcion han sido destruidos en el siglo último por una inadvertencia. Para que no se crea que aquel monumento religioso se profanase con semejante sepulcro, debemos advertir que Imperia no merecia en toda su estension el renombre de su epitafio, y que mas bien era una amiga de los hombres célebres de su tiempo. Cantaron sus loores los sabios en versos italianos y latinos. Era tal el lujo de su morada que, segun relacion de Bandello, el embajador español renovando el ejemplo de Diógenes escupió á la cara de un criado, diciendo que era lo único paralelo á propósito en la casa. Una hija de Imperia prefirió envenenarse antes que perder su virtud.

San Esteban redondo, que no se abre mas que los domingos por la mañana, es tambien otro de esos edificios antiguos convertidos en iglesias durante el quinto ó el sexto siglo. Dícese que antiguamente fué un templo consagrado á Claudio. Sus sucesivas restauraciones solo demuestran que la arquitectura iba diariamente en decadencia.

La antigua iglesia de San Clemente nos ofrece el modelo mas bien conservado de la disposicion de las primeras basílicas. Apesar de su an-

tigüedad, no por esto está fuera de duda que su fundacion se remonte al siglo quinto como han supuesto algunos, sino al nueve, y nos demuestra como se habian perpetuado en Occidente y sobretudo en Italia la mayor parte de las tradiciones y de las prácticas empleadas en las construcciones romanas.

Antiguamente en las cercanias de todos estos edificios hervia la gente, y todo lo animaba un pueblo numeroso y entusiasta: hoy dia apenas se encuentran habitantes en esos famosos sitios; las dos terceras partes de Roma parecen despo- bladas, como si un temor religioso impidiese á los vivos el multiplicarse sobre la huesa de los reyes del mundo.

CAPITULO XI.

Un viage al Lacio. — Lavinia. — Quintas de Horacio, de Mecenas, de Ciceron. — Ostia. — Vuelta á Roma.

«CUANDO los calores escesivos, dice un viajero, disminuyeron algun tanto, me decidí á emprender una escursion que hacia mucho tiempo tenia proyectada. Salí un dia de Roma para ir á visitar ese antiguo *Latium*, donde colocó Virgilio la escena de los seis últimos actos de su magnífico drama de la Eneida. Ah! toda esa comarca de los latinos y de los Rútulos, es hoy dia desierta, miserable y tan inculta que el pan que en ella se come viene de Roma.

Qué se ha hecho esa Ostia donde se acumulaban las riquezas del universo? qué esa costa hermosísima cuyas casas de campo presentaban á lo lejos el aspecto de una ciudad inmensa? Las ruinas han sucedido á todas esas maravillas: no bastaba en otro tiempo la tierra á los reyes del mundo, y hoy dia les sobra á sus descendientes, y el mar conserva en su seno los últimos vestigios de sus atrevidas construcciones. En el fondo de las aguas, á lo largo de la orilla, se ven palacios perfectamente conservados en sus fundamentos, á manera de unos planos, mientras que la tierra cubierta de arena deja entrever doquiera otras ruinas de esos inmensos

palacios. A la derecha el Tibre, ora apartándose del camino, ora acercándose á él con magestuosas curvas; á la izquierda algunas columnas formando arcos de círculo cuyas estremidades van á besar las mismas olas: así es como se atraviesan sucesivamente pequeños valles semicirculares esmaltados en la primavera y abrasados por los ardores del sol en verano.

Atraviésanse algunos que se deslizan penosamente por encima de una tierra volcánica. En Torre del Valle vuelve á presentarse el Tibre para reanimar la naturaleza, y llega el viajero á Val Décimo, cerca del puente de Refolta, principio de un acueducto que penetrando una montaña dirigia á Ostia. Todas las ciudades del imperio romano tenían sus acueductos cuando el curso natural de las aguas no era suficiente para el consumo, pudiendo decirse que el lujo mas asombroso de los vencedores del mundo era el de las aguas. Por esto los extranjeros admiran los restos de los acueductos que de todas partes se dirigen á Roma como al centro del mundo. Los monumentos de este género que existen en Marly, en Versailles y en Maintenon, para satisfacer un antojo de los príncipes más que para servir de utilidad al pueblo, apesar de ser tan alabados, pasan por juegos de niños en comparación de los acueductos inmensos que atraviesan la campiña de Roma. Agripa solo hizo construir en un año ciento y cinco fuentes, y para su adorno se esculpieron trescientas estatuas de mármol ó de bronce, y cuatrocientas columnas de mármol. Hablando Plinio de estas y de otras muchas fuentes, las considera como otros tantos rios que iban á enriquecer con sus aguas la ciudad eterna.

Los príncipes y los emperadores, deseosos de enlazar su nombre con algun monumento duradero, se apresuraban durante los cortos instantes de su poder á hacer construir edificios de este género cuya utilidad era muy apreciada entre los romanos. De ahí esos templos, esos arcos triunfales, esos obeliscos que hacen comparar la ciudad eterna á un vasto museo; y de ahí tambien los numerosos acueductos de Roma. Pero las soberbias arcadas de esas construcciones, que forman á veces muchos pisos; pero esos puentes aéreos en cierto modo, son menos admirables que los acueductos subterráneos. El

agua Cladia atraviesa junto á Tivoli una montaña que puede compararse con el Jura, y ya cinco siglos antes de Claudio, la naciente Roma habia hecho atravesar una parte del monte Albano.

«Si se pone atención y dice Plinio en la abundancia de agua conducida artificialmente á Roma para el servicio público, para los baños, las casas, los jardines y las quintas etc. teniendo en cuenta los obstáculos que ha sido fuerza vencer, confesará que el globo terrestre no ofrece nada mas asombroso.» Preciso es ver en la villa de Médicis las ciento veinte y cuatro gradas que conducen á un acueducto subterráneo por donde se deslizaban antiguamente algunos riachuelos debajo de una bóveda colosal. Neptuno, Anzio, Astura, todos los pueblos de alguna consideración parece que tuvieron su acueducto subterráneo que conducia el agua desde muchas leguas de distancia. No contentos los romanos con mandar sobre la tierra, se habian creado un imperio subterráneo.

Mas allá de las ruinas del puente de Refolta se llega á una colina, única subida que se encuentra desde la salida de Roma. Desde la cumbre se presenta de repente á nuestra vista el Anacium de los antiguos, Ostia, el mar resplandeciente de luz y las orillas de Loreto. Las márgenes del Tibre entre Roma y el mar estaban cubiertas de jardines y de deliciosas villas, pero la orilla del Mediterraneo preferida por la suavidad del clima forma en cierto modo una línea de quintas magníficas, donde los romanos iban á gozar del espectáculo del mar recorrido por buques de todas las naciones.

Ancio era la capital de los Volcos, frecuentemente mencionada en la historia romana; el camino que conduce á ella se ha abierto á lo largo de los montes albanos y en medio de una selva que se encuentra á la orilla del mar: la mayor parte de sus árboles se cortaron durante la revolucion francesa, pero apesar de esto servia últimamente de refugio á una parte de los bandidos que infestaban el suelo de Italia. En otro tiempo tenia Ancio un puerto considerable, aumentado y adornado por Nerón, y en el cual se admiraba el hermoso templo de la Fortuna. De él no quedan hoy dia mas que arcadas subterráneas y los cimientos. El puerto ha sido reparado por muchos pontífices, pero aunque sea

capaz de contener muchos buques, jamas ha sido muy frecuentado. La pequeña ciudad de Nepesino cerca de Ancio, puede pasar por las ruinas de aquel antiguo puerto.

Despues de haber recorrido catorce leguas de una costa arenosa pero fértil, llega el viajero á Ostia, desviándose antes un poco para visitar la poblacion de Lavinia. Situada esta en la segunda línea de colinas, ocupa una eminencia algo circular, aislada en torno excepto hácia la entrada de la ciudad. Lo reducido del local y su elevacion demuestran á la vez que la colonia Troyana no podia ser muy numerosa, y que su jefe dió muestras de mucha prudencia en la eleccion de una especie de fortaleza natural. Cuando se hubo la colonia aliado con los latinos y con los rútuos, la pequeña Lavinia no podia bastar al aumento de poblacion, y debió trasladarse la capital á Alba, que por su elevada y soberbia posicion parece dominar todo el Lacio. Esas primitivas ciudades, compuestas de cabañas de madera, se trasladaban con la mayor facilidad de un punto á otro. Asimismo, la facilidad con que cuatro siglos despues fué demolida la ciudad en seis horas, demuestra lo fragil de las construcciones antiguas.

Lavinia era entonces reputada ciudad santa. Habiendo Eneas hecho construir en Alba un templo á sus penates, sucedió que esos dioses no quisieron morar en él, antes se volvieron á su modesta morada de Lavinia el mismo dia de su llegada á aquella ciudad; en consecuencia seiscientas personas consagradas á su culto tuvieron que volverse á Lavinia. Cerca de esta ciudad, ó en ella misma segun opinion de algunos autores, se veia un famoso templo de Venus; tambien se celebraba en ella la grande fiesta de Vesta, durante la cual es fama que fué asesinado Tito Tacio.

Hoy dia Lavinia se llama Prática, y desde ella se goza de una vista deliciosa; al oeste la vasta estension del mar y toda la costa verde y fértil de Lorento, desde el Tibre hasta Ancio; al norte, abísmanse las miradas en un valle sombrío, profundo y solitario. Al sur, unos hermosos prados llegan hasta Ardea; al este se estiende la inmensa campiña de Roma, rodeada de montañas las cuales de uno y de otro lado se encaminan al mar. Unas veinte casas, rodeadas de murallas arruinadas, componen la ciudad de

Prática. No tiene más que una puerta lo mismo que Ardea; y al entrar se vé una pequeña plaza delante de un castillo, y en frente de este una calle estrecha con una iglesia. Un habitante de nuestros dias ha asegurado que no habia en la poblacion de la antigua Lavinia, mas que ochenta habitantes.

Al salir de Prática, el primer deseo del viajero es bajar al valle estrecho y solitario que da vuelta á la mitad de la poblacion, pero dirigiéndose por las alturas se goza de una risueña perspectiva. La primera colina que recorrió Audot estaba cubierta de mármol de Africa, y pórfiro, anuncios de los escombros de alguna magnífica quinta ó de algun templo. Alrededor crece el laurel, pues aunque sea cortado con preferencia para ser quemado, sin embargo parece que este pais es su patria, si ha de juzgarse por lo mucho que en él vegeta. A alguna distancia está otra colina, desde donde se descubre Ardea, y unas ruinas que merecian largas investigaciones. Las costas de Ardea van ensanchándose por encima de las mas hermosas praderas. A la derecha están los desiertos que rodean á Lorento, y á la izquierda, se pierde la vista en la vasta y silenciosa campiña de Roma, dominada por ese monte Albano donde es fama que se detuvo Juno para contemplar el campo de los troyanos, precisamente en el mismo sitio donde algunos siglos despues se erigió un templo en honor de Júpiter.

Visítanse despues las casas de Mecenas y de Ciceron. Es sabido que una de las mas fuertes pasiones de los romanos, cuando dueños del mundo, era la que tenian para las villas. La Villa antigua no era lo que por ello entendemos en castellano; no eran tampoco quintas ni vastos jardines; eran á la vez un cortijo, y una morada elegante con todo el aparato de rusticidad. El gusto de los romanos por sus casas de campo era tan diferente del de nuestros dias, como sus casas se diferenciaban de las nuestras. Los jardines son para nosotros un adorno de mas ó de menos buen gusto segun la moda. Los antiguos por el contrario, sin dejarse dominar por las reglas de convencion, disponian sus quintas segun su aficion personal, siendo en cierto modo el espejo de sus gustos y de sus costumbres. Algunas villas contenian parques inmensos cuyo uso fué introducido sin duda por

los bárbaros habitantes del Norte que los destina-
ban para la caza; pues este ejercicio junto
con el de la guerra componían sus únicas ocu-
paciones.

El número de villas era tan considerable que
un solo particular poseía no pocas veces mu-
chas. Plinio tenía cuatro y Ciceron seis; cuya
delicia era tal que su propietario las llama *Ocel-
li Italiae*, los lindos ojelos de la Italia. Apesar
de esto los dos escritores que acabamos de nom-
brar no eran ciertamente los mas ricos ciudada-
nos de Roma; lo que hace suponer que los opu-
lentos tendrían aún muchas mas. El voluptuoso
Horacio se complacia en vivir en el clima mas
agradable para cada estacion; el verano lo pa-
saba en Prenestre ó en Sabina, el invierno en
Tarento ó cerca de Ostia, y se ponía de mal
humor cuando le desbarataban sus planes de re-
sidencia campestre. Su epístola á Mecenas nos
da un ejemplo de su enojo contra el ministro
que le habia instado harto vivamente para que le
acompañase al campo. «No se parezcan, le di-
ce, vuestras bondades á las instancias de los
Calabreses: cuando ofrecen sus peras. — Pro-
badlas, amigo. — No puedo en verdad. — Me-
teos algunas en las faltriqueras. — Bastantes ten-
go. — Tomad para vuestros hijos. — Gracias
se estima. — Como gustéis, pero os aseguro
que si no os quedais con ellas, voy á darlas á los
cerdos.» Los necios y los prodigos, añade Ho-
racio, son los que dan lo que desprecian, y se
mejantes bondades no han producido mas que
ingratos. Tal es la respuesta del poeta á las in-
vitaciones de Mecenas! Y á ese hombre se le
acusa de constante bajeza y servidumbre para
con el favorito de Augusto? Cual sería el poeta
de nuestros dias que usase de un lenguaje tan
libre, y de tanto desenfado para con un poten-
tado, el segundo personaje de un imperio?

Desde la Villa de Mecenas se goza de una
hermosa vista del Anio, y solo limitan el hori-
zonte los edificios de Roma en lejana perspecti-
va. La morada del protector de Horacio ofrece
aun hoy día nobles vestigios de su esplendor pri-
mitivo.

Grotta Ferrata, situada en las cercanias, era
una de las villas favoritas de Ciceron, conver-
tido actualmente en un convento. Desde este
sitio que domina toda la campiña de Roma, el
elocuente autor de las Catilunarias podia descu-

brir la ciudad donde tantas veces triunfó, á la
que habia salvado de un peligro inminente; y
que era por todos respetos su ídolo. La elegan-
te quinta de Ciceron estaba adornada con her-
mosas estatuas, entre ellas las de las musas que
se encontraban en su biblioteca. Durante los
risueños dias de verano se reunía el orador con
sus amigos en espaciosas grutas donde trataban
de los intereses de la república. Aquí fué donde
Ciceron compuso sus mas admirables tratados.

Nada queda hoy dia de esa villa, pues las
ruinas de la morada de Ciceron han servido pa-
ra la construccion del monasterio de San Ba-
silio.

Adelantándose mas el viagero llega por fin á
Ostia situada á la otra parte de un largo puente
antiguo. El castillo de Ostia ofrece pintoresca
perspectiva asi en el interior como en el exterior.
Las pl. 136 y 137 las representan fielmente,
y sobretodo la vista interior es admirable. Ostia
significa embocadura. La antigua poblacion de
este nombre fué fundada por Anco Marcio en
el ángulo formado por el mar y por el Tibre, y
siguió los destinos de su metrópoli; con ella se
engrandeció y enriqueció, y con ella cayó. En
la época de su prosperidad tenía ochenta mil ha-
bitantes.

Junto á la poblacion se divide el rio en dos
brazos, formando la isla sagrada de Apolo, hoy
dia *Isola Sacra*. La embocadura de la izquier-
da del rio fué convertida por Claudio y despues
por Trajano en un puerto y en una poblacion,
llamada puerto de Trajano por los antiguos, y
Porto por los modernos. Durante la dominacion
de los Césares, Ostia y el puerto de Trajano tu-
vieron mayor importancia que en los tiempos de
la república, y no se sabe á punto fijo cual fué
la época de su ruina. Nuestros conocimientos
históricos son tan escasos, que nadie puede dar
razon de como han desaparecido esos palacios y
esos jardines que cubrian mas de cien leguas de
costa. La destruccion debió principiarse en el si-
glo quinto con la invasion de los godos, y con-
sumarse con la de los vándalos y de los sarra-
cenos.

Ostia moderna, que merece el nombre de
capital de un desierto, es actualmente un pun-
to de destierro para los criminales, y se com-
pone de algunas casas arruinadas, metidas den-
tro de unas murallas, obra de la edad media.



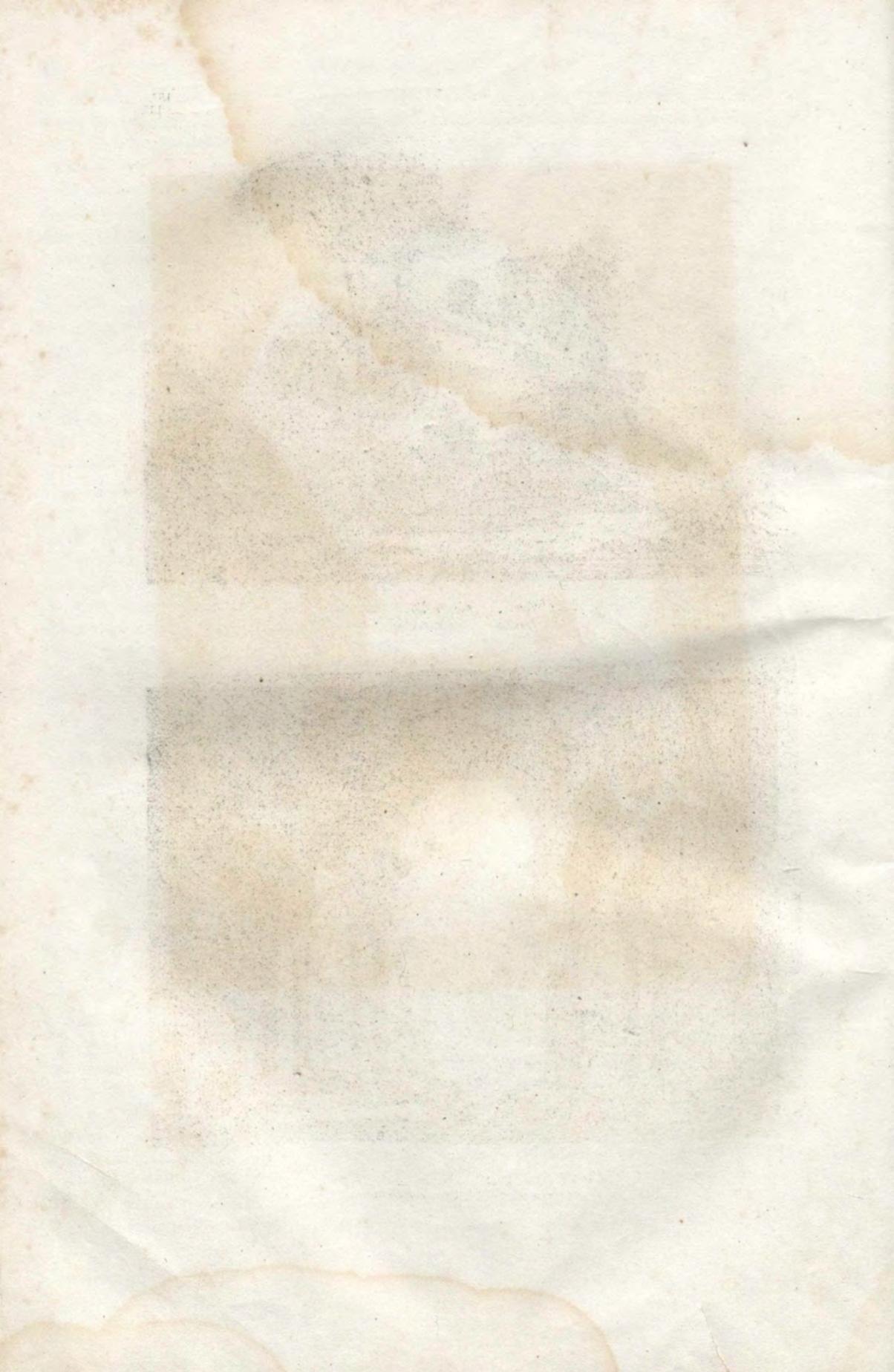
Grand del.

Audot del.

Aubert sc.

Ostia. Interno del Castello.

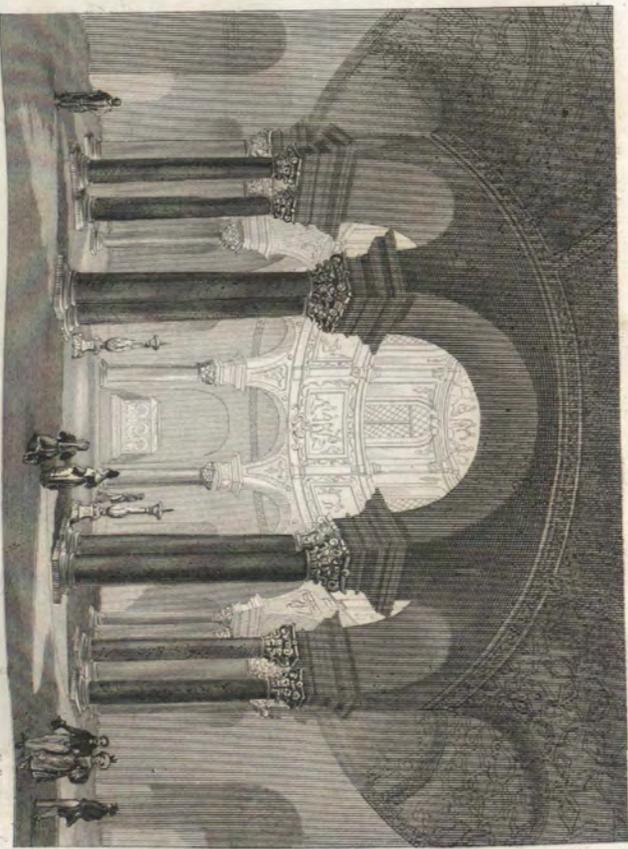
Ostie. Intérieur du Château.





Bianchi del.

Ostia. Castello.



Fogel del.

Roma.

S^{ta} Costanza.

Andri del.

J. Romberg del.

Algunos soldados pálidos, y hambrientos, empleados en la guarda de ciento treinta prisioneros invisibles, y algunos revendedores, he aquí toda la población de Ostia. No se oye mas que el ruido de cadenas, y el rujido del viento, y de cuando en cuando las golondrinas marítimas hacen resonar sus gritos lúgubres sobre esas regiones del dolor. De algun tiempo á esta parte ha procurado el gobierno utilizar el trabajo de los desgraciados prisioneros cuyo número ha aumentado considerablemente, y se les emplea en escavaciones cuyo resultado escede ya á las esperanzas que habian hecho concebir. Con efecto, ya se han enviado á Roma muchos mármoles y estatuas antiguas; y se cree que se encontrarán todavía mas.

Al salir de Ostia se cree reconocer las llanuras de Flandes; verdes campos, pocos árboles, un horizonte cargado, y por fin el viento que como un segundo océano domina do quiera donde de la naturaleza no le pone obstáculos. A alguna distancia se descubren varias colinas: son otras tantas ruinas. Sepulcros, pantanos, los silvos del viento que son como el rugido de los conquistadores modernos de esos lugares famosos, en fin, la soledad y unos inmensos recuerdos, tal es el cuadro de los alrededores de Ostia.

Atraviesa despues el viajero el brazo izquierdo del Tibre para llegar á la isla de Apolo, llamada *Isola Sacra*, en cuya margen del rio sobrenadan los restos de un antiguo monumento llamado la Torre Boracciana, donde dice Virgilio que abordó Eneas fugitivo de Troya. La isla Sagrada tendrá una legua y media de largo sobre tres cuartos de ancho, y no es mas que una arenosa llanura formada con los aluviones del rio. Sin embargo, ni mas ni menos que Ostia, ofrece en la primavera algunos verdes prados esmaltados de flores, y en medio de ellos ruinas. Asegúrase que las aves de paso traen á su vuelta de Africa algunos granos estrangeros á la isla Sagrada.

Los habitantes de Ostia habian consagrado á Apolo esta isla en otro tiempo pequeña, pero continuamente aumentada por los aluviones del rio.

Visitase despues Porto Trajano pasando el otro brazo del rio: la obra de dos emperadores está obstruida por la arena, como prueba de la

ignorancia y del descuido de muchos siglos.

Vuelve despues atrás el viajero, atraviesa Castel-Fusano, antiguo castillo cuadrado, al cual conduce una magnífica avenida de grandes pinos. Un bosque de estos mismos árboles le separa de la orilla del mar, y lo demas es un desierto. En medio de este debe buscarse la encantadora villa de Plinio el joven, descrita por el mismo de esta suerte: «Desde este punto de vista varia la costa si se mira de uno ó de otro lado; ora el camino atraviesa un bosque, ora serpentea entre hermosos prados, y do quiera andan errantes numerosos rebaños de carneros, de bueyes y de caballos.

La costa de Loreto, donde se agitaba una inmensa población, es actualmente un desierto en el cual se vén de trecho en trecho algunas ruinas esparcidas. Aquí es donde recibía sus inspiraciones el ilustre pintor de la naturaleza; despues de su muerte fué juzgado digno de que se le erijiese una estatua que aun se encuentra en Como, su patria.

Dejando atrás la villa de Plinio, se descubren algunas columnas casi sepultadas en la yerba. No debia estar muy lejos la casa de Hortensio, y uno se complace en recordar al placentero amigo de Virgilio y de Horacio. Despues se dirige uno á la via Ardentina que conduce á Roma, atravesando antes Torre Paterno, y Lavinia ó Plática. Torre Paterno, cuyas murallas encierran en estrecho recinto unas doce casas, pertenece á una familia de Florencia, y está situada junto á uno de esos viejos torreones de la edad media que de distancia en distancia se encuentran en la campiña de Roma.

Llégase por fin á la via Ardentina, cuyo pavimento, como el de todos los caminos romanos, se compone de grandes piedras de forma irregular, pero muy bien unidas. A la izquierda, en lo alto del monte Leva, en medio de verde alfombra, se descubre una blanca capilla dedicada á Ana Petronila. Una leyenda antigua refiere que la desgraciada hermana de la reina de Cartago fué transformada en ninfa y se retiró á este lugar donde la piedad le levantó en breve altares: la infeliz, objeto del culto, se llamaba Ana Perena. Actualmente, en la misma capilla, se adora á Ana Petronila.

Encuétrase despues un valle rodeado de peñascos volcánicos, y mas lejos se divisan algu-

nos hermosos ribazos al pie del magestuoso monte Albano. A cierta distancia serpentea lentamente una agua blanquizca, y forma despues un pequeño estanque de agua que parece estar hirviendo pausada aunque constantemente. Alrededor es tambien blanquizco el terreno, y el estanque está al pie de un peñasco volcánico del mismo color, en el cual se descubren al través de las yerbas los vestigios de muchas cascadas las cuales en tiempo de lluvias hallan desagüe en la laguna por medio de una caverna abierta por mano de hombres. Tiene unos cinco pies de alto y quince de profundidad sobre seis ó siete de ancho, y se encuentra en ella esa agua murmulante que produce en la bóveda mil extraños ruidos. Entonces se reconoce la Albunea de Virgilio.

Pero, desde el rey Latino han sufrido una triste transformacion esos lugares. Las selvas han sido taladas, y se presentan desnudas é informes colinas y valles féridos. Un antiguo torreón casi arruinado se levanta en la cumbre de la roca volcánica. Negros chovas revolotean al rededor de esas ruinas, dando al aire gritos lúgubres y monótonos. Recorriendo esta comarca encontró Bonstetten un numeroso rebaño de carneros negros que pacian en la escarpada vertiente de una cercana colina, y recordó al instante que en esos mismos lugares el rey Latino no habia sacrificado mas que carneros. El mismo rey, hablando en el libro once de la Eneida del terreno cuya cesion ofrece á los troyanos á lo largo del Tibre, dice que se cultivan las vertientes de las colinas, pero que sus escarpadas cumbres no sirven mas que para pastos. La Albunea se llama hoy día *Aqua solforata d' Altieri*.

Desde este punto hasta Roma se encuentran cinco ó seis colinas bastante altas, y de suave pendiente, y cada valle tiene un riachuelo que vá á dar tributo al Tibre. Cuando se sube á una colina, creemos estar cerca de Roma, pero siempre viene detrás otra colina. Por fin, aparece de nuevo el Tibre, y mas allá el magnífico ribazo de Pamfili coronado de pinos cuyas copas se levantan magestuosamente entre el azul de los cielos. El verde valle del Tibre ostenta sus hermosas casas de campo modernas, y no sin emocion percibe á lo lejos el viagero el movimiento y la agitacion de la ciudad que habia abandonado para recorrer el antiguo Lacio.

Desde la cumbre de la última colina se descubre el Tibre, el Aventino y el Janículo; algo mas distante aparece el Capitolio con una parte del Campo de Marte y de Roma moderna. Al pie del Janículo se levanta la cúpula de San Pedro anunciando al universo el palacio del mas grande de los pontífices. No se tarda mucho en llegar de nuevo á la ciudad eterna.

CAPITULO XII.

L. *Aria* cattiva. — Terremotos. — Ocupacion francesa. — Nuevas reflexiones sobre las costumbres. — Las romanas. — Cavalieri sergente. — Mendigos.

¿Quien no ha oído hablar de la insalubridad del aire en la campiña de Roma, de la *Aria Cattiva* y sus funestos efectos? La temperatura de Roma es templada, puesto que el termómetro de Reaumur no baja comunmente de cero, ni sube á mas de veinte y ocho grados: luego la causa de la insalubridad no debe buscarse en el rigor del clima. Durante la siega, llénanse de enfermos los hospitales, y naturales y extranjeros pagan tributo, no pocas veces muy doloroso, á la fiebre. Las tropas extranjeras que en distintas épocas han estado estacionadas en el pais son las que mas han sufrido. Las víctimas serian aun mas numerosas si desde últimos de Junio los habitantes de las comarcas mas espuestas no abandonasen casi todos tan peligrosa morada.

Aunque los efectos del mal son anuales é independientes del clima, sin embargo el estado de la atmósfera aumenta ó disminuye su intensidad, pues un verano constantemente caloroso, durante el cual soplen los vientos del sur al sureste, hace desarrollar con mas energía el principio de la fiebre. Esta cruel enfermedad principia algunas veces en Junio, pero mas comunmente en Julio, y cuando se presenta mas maligna es por Agosto ó Setiembre: calma por fin con los torrentes de lluvia del mes de Octubre, y si esta escasea, no cesa el mal hasta que se hace sentir el frio.

Después de haber observado los fenómenos producidos por esta calamidad, desea uno saber si estos campos han experimentado en todos tiempos la misma suerte, para lo cual es preciso indagar en los monumentos históricos el estado antiguo de la población como signo el más seguro. No puede ponerse en duda que antes de la fundación de Roma, el país hoy día malsano estaba cubierto de poblaciones, y que los etruscos, los sabinos y los latinos vivían en medio de cincuenta y tres naciones comprendidas entre el Tíber y el Carigliano. Además los antiguos escritores no nos han dejado testimonio cierto de la insalubridad de la campiña de Roma en la época de su existencia primitiva. Varrón asegura que los romanos que vivían todo el año en el campo gozaban de mejor salud que los habitantes de la ciudad. «Gozaban, dice, de la más perfecta salud.» Pues en esa misma campiña es donde hace actualmente estragos la peste! Columelo habla de la fuerza de los romanos que vivían en el campo, y los compara con los romanos de su época, de tal manera enervados por el vicio «que la muerte tiene poco que cambiar en ellos.» Plinio el joven, hablando de la población de Loreto, reputada hoy día malsana, no hace ninguna observación respecto á esto, y la prueba de que no lo era es clara si se atiende á que la costa estaba cubierta de casas de campo habitadas por los más ricos romanos, los cuales preferían á todo el universo conocido la campiña de Roma, actualmente pestilencial.

El deplorable cambio que posteriormente ha tenido lugar se atribuye á la invasión de la población esclava para cultivar perezosamente el terreno confiado antiguamente á la actividad de los primeros romanos: entonces inmensos parques y baldíos reemplazaron el cultivo. Entonces el suelo que por distintas causas estaba afecto á las influencias pestilenciales, entregado á la vegetación espontánea, empezó á experimentar los efectos perniciosos de que le libraba la cultura; las lagunas pontinas, cuyo desagüe se descuidó, se convirtieron en inmensos charcos, y los escritores tuvieron ya que designar los lugares que empezaban á ser peligrosos. Estrabón dijo ser tales el Territorio de Ardea, de Setia, de Terracina, y de Circea; Marcial se queja también del aire de Ardea, y Cicerón de las fiebres de la llanura de Roma: en fin, el amigo

de Mecenas, Horacio, dice que el mes de agosto trae consigo fiebres y testamentos.

Cuando la reina del mundo tuvo que sufrir las desgracias de la guerra hecha en sus campos por los extranjeros, la despoblación fué pronta y asombrosa. Los campos de la Italia se convirtieron en un desierto; todo quedó yermo, y los principios mortíferos tomaron tal incremento con una energía que San Pedro Damiano, escribiendo al papa Nicolás II en el siglo once, dice así: «Roma que devora los hombres y encorva las cabezas más vigorosas; Roma fértil en enfermedades, abundante en frutos de muerte, y á la cual por un pacto inmutable ha permanecido fiel la fiebre.»

Así pues, el medio mejor para disminuir la insalubridad de la campiña de Roma sería un cultivo esmerado: pero el abandono de los campos y la despoblación de la comarca parecen por el contrario amenazar más que nunca esos países desolados con los más funestos estragos de la peste. Añádase á esto que la mayor parte de las selvas y los bosques que en otro tiempo combatían el mal con ventaja, han sido cortados. Además el suelo, compuesto de materias volcánicas, y de depósitos marinos húmedos con agua ligeramente muriática, se infesta por sí mismo con la acción del sol que es siempre el que desarrolla los principios de la fiebre.

Otro enemigo de los romanos, no menos intratable que la *aria cattiva* es el temblor de tierra, y todos hablan con terror del grande sacudimiento de 1812. Abriéronse grietas en las paredes y en las bóvedas, y se resintieron de él los edificios más sólidos. Para este mal no hay otro remedio que la fuga; y bien se encuentran los habitantes vestidos ó desnudos, andan buscando un patio, algún jardín, alguna calle ó plaza, porque lo que más temen, lo que más estragos ocasiona, es la nueva sacudida que sigue inmediatamente á la primera. Afortunadamente para Roma no es muy común ese nuevo temblor.

Cuando la mayor parte de la Italia se reunió con la Francia á principios de este siglo, la administración francesa procuró introducir todas las mejoras posibles en los establecimientos confiados á su cuidado, y singularmente llamaron su atención los objetos artísticos. La irrupción revolucionaria de 1798 había despojado á Roma

de sus obras maestras, y la irrupcion ambiciosa de 1809 procuró explotar el terreno romano, y sacar de él nuevas obras maestras, para ofrecerlas á los italianos como en compensacion de las que habian perdido diez años antes.

Los monumentos antiguos bastante integros para ser estudiados con fruto y para merecer que por ellos haga gastos un gobierno, se reducen fuera de los de Roma ya mencionados, á los siguientes: en las provincias septentrionales, el teatro de Sutri, los muros de Falerio, las hipogeas de Vulcia y de Tarquinia, y los restos de Viterbo; en la orilla izquierda del Tíber los templos de Tívoli, el palacio de Mécenas, los sepulcros de los Plaucia y Tosa, y los monumentos de la villa Adriana. En Palestrina, el santuario del templo de la Fortuna y su mosaico; en el monte Circeo, en Segni, en Florentino y en Alatri, las murallas de los Cíclopes, los monumentos de Albano, y las murallas de Túsculo; en Terracina muchos hermosos restos de templos, en Cora el monumento casi entero dedicado á Hércules, y por fin las columnas del templo de Castor y Polux. En las cercanías de Roma, merecerian tambien especial cuidado el sepulcro de Cecilia Metela, el circó de Caracalla, el templo de las musas y el de la Fortuna de las mugeres. La administracion francesa, despues de haber tomado los informes necesarios, señaló fondos para la reparacion de algunas de esas preciosas ruinas, y concentró todo su cuidado en los monumentos del interior de Roma. Concibióse entonces un plan vasto y racional para buscar el nivel antiguo y desenterrar las bases de los edificios. En el Foro, las tres columnas angulares del templo de Júpiter Tonante, obra maestra de escultura de adorno del siglo de Augusto, se colocaron sobre sus pedestales. El edificio consagrado á la Concordia, ó á Juno Moneta, se separó de las construcciones vulgares apoyadas contra sus columnas; la columna aislada que en la entrada del Foro desaparecia oculta entre dos miserables casas, fué reconocida en vista de la inscripcion de su base por un monumento antiguo dedicado á Focas: reconociéronse en fin los cimientos de Júpiter Stator. Quitáronse los escombros que llenaban el pórtico de Antonino y de Faustina, y aparecieron hermosas sus columnas de mármol, encontrándose al pie de ellas perfectamente conserva-

do el pavimento de la Via Sacra, en la cual parecian impresos todavia los pasos de los vencedores cuando se encaminaban al Capitolio.

Lleváronse al propio tiempo á cabo los mas importantes trabajos en el templo de la Paz. Logróse poner en comunicacion el Foro y el Coliseo por medio de la reunion de los valles que los separaban, conservando la iglesia de Santa Francisca Romana, menos recomendable por su arquitectura que por la veneracion de los romanos para con esta santa, y por el recuerdo de la vuelta de Aviñon por el papa Gregorio XI, cuyo sepulcro se conserva en ella. Despues de estos trabajos, se hicieron nuevas excavaciones para descubrir los cimientos del templo de Venus y de Roma, y se encontraron restos del palacio dorado de Neron, y otros monumentos desconocidos. Se limpió el Coliseo, y se puso al descubierto su pavimento.

El Vaticano y el Quirinal experimentaron en sus distribuciones y en sus adornos interiores los cambios mas bien concebidos. El triple edificio del Capitolio fué dispuesto con gusto para las ceremonias públicas y para las exposiciones de los productos de las bellas artes. Se reparó el hermoso palacio de la chancilleria, asi como el del Monte Citorio. No tenia Roma ningun paseo público, cosa vivamente deseada, y se convirtió en tal el Monte Pincio donde encontró Neron su sepultura, donde tenia Domiciano sus jardines, y que sirvió de acampamento á Belisario. Ademas de esto se conservaron intactos los palacios con todas sus riquezas, de manera que los romanos mismos hacen justicia á la moderacion de los soldados del imperio, pues para visitar las ruinas del Vaticano se procuraban guantes blancos. Pero, no puede decirse otro tanto de la ocupacion de 1798.

Dediquemos ahora algunas líneas al conocimiento del carácter de los romanos modernos que hemos trazado en otro capítulo siguiendo las inspiraciones de Menerbes: ahora nos guiaremos por las de otros escritores distinguidos.

Objeto de curioso y noble estímulo es buscar las modificaciones que las costumbres de los romanos han experimentado desde los dias de gloria de los primeros republicanos hasta la época en que los sucesores de San Pedro se entronizaron en la ciudad eterna, haciendo suceder á las águilas romanas la cruz del Salvador.

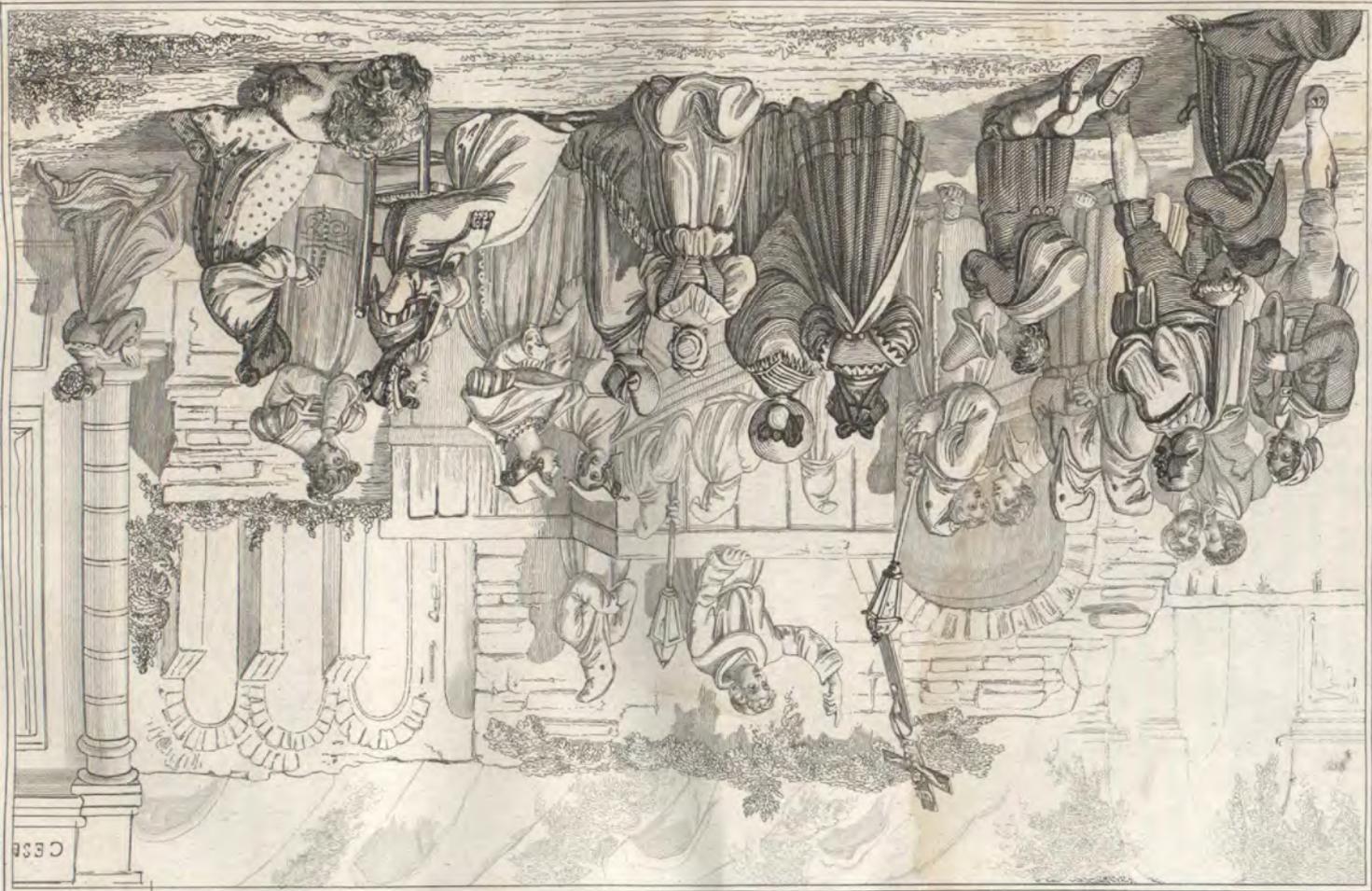
Formis del.

Predica nel Colosseo.

Roma.

Prêche au Colysée.

J. Roussier sc.



CESB

Cuantas veces en medio de este trabajo no estaria uno tentado á exclamar: O Italia! tierra prometida de los viajeros de todas las naciones! despues de haber dado impulso á muchas generaciones del universo entero, pareces descansar hoy dia de esa actividad prodigiosa, obedeciendo de esta suerte á la ley natural que hace siempre suceder á un periodo de la mayor exaltacion otro de abatimiento, y algunas veces de muerte.

Muerta en efecto parece actualmente esa comarca cuyas maravillas monumentales hemos descrito en parte. Volverá en si de su letargo? levantará de nuevo su erguida cabeza esa descendencia de héroes ó semidioses? No nos atrevemos á adoptar la opinion de ciertos filósofos optimistas, y aplicar á la Italia su doctrina de la perfectibilidad. Sin embargo, como la solucion mas probable de esta cuestion importante existe en el fondo de las costumbres romanas, obsérvense estas y procúrese descubrir con atento examen que grado de vitalidad conserva todavia la reina de las naciones.

Las vicisitudes de la historia de las repúblicas italianas han influido gravemente en las costumbres de sus habitantes. La decadencia del imperio, la invasion de las tribus occidentales, las cruzadas, y hasta las revoluciones de los demas pueblos, todo ha ejercido mas ó menos influencia en el carácter de los romanos.

El romano es de ordinario hombre de talento y de vivacidad, y es propio para todo cuanto no reclama mas que inteligencia y destreza para llegar á la fortuna; por el contrario le seria imposible someterse á la lentitud que conduce al bienestar por medio de la economia y del trabajo. Esta impaciencia que no es dueño de dominar le aleja en general de todo cuanto se llama especulacion dificil. Anhela los beneficios, las ganancias, pero no tiene constancia para buscarlas en los pormenores; y no es tanto por pereza como por impaciencia: necesita grandes beneficios que le cuesten poco esfuerzo. Aunque tuviese la certeza de que la opulencia debia para él ser efecto de un trabajo constante, es bien seguro que no le emprenderia.

Abandonando de esta suerte al azar los acontecimientos mas serios, procede el romano con la mayor ligereza, y solo se ocupa seriamente en los placeres, y la ociosidad le afemina hasta

el punto de no saber prevenir las desgracias ni levantarse una vez caido. Ayer habitaba un palacio, y hoy mendiga: esos hombres existen sin esfuerzo, y sin meditarlo siquiera. Laourens pone la inconsecuencia y ligereza de los italianos en contraposicion con la gravedad de los españoles.

Imposible seria encontrar entre los romanos modernos alguna semejanza moral ó fisica con los ciudadanos de las épocas gloriosas de la república. Unicamente los Transteverinos ofrecen todavia alguna analogia de costumbres y de configuracion con sus ilustres predecesores: forman una parte considerable de la poblacion romana, y nacen y viven á la otra parte del Tibre. El extranjero que no ha visitado su cuartel en los dias de grande festividad, no ha visto uno de los espectáculos mas singulares que Roma puede ofrecer, una reunion de verdaderos descendientes de los romanos, conservando en sus nobles figuras y en su fisonomia energicamente caracterizada las pruebas de su ilustre progenie. Si alguno desea ver la forma de Agripina realizada, tal como nos la representa la escultura, ó la de Porcia tal como la concebimos en el momento de asegurar á su esposo la fidelidad que le ha guardado, no debe buscarlas en los palacios, sino mas bien entre las mugeres de los Transteverinos. Aunque el trabajo y el ardor del sol haya eclipsado su belleza, conservan siempre la apariencia general de una raza superior. El traje, ni mas ni menos que la fisonomia, distingue tambien á los transteverinos del resto de los romanos: véanse las pl. 147 y 148; ademas son muy adictos al gobierno pontificio, y muy devotos de la Virgen.

Tocante á las damas romanas, objeto de tantas ilusiones entre los poetas, su nombre recuerda un suave conjunto de gracias y de ternura. La educacion no añade en ellas nada á las gracias naturales, pero en cambio no usan esos vestidos estrechos que desfiguran la naturaleza en vez de darla gracia, y la libertad de que la naturaleza necesita para redondear las formas perpetua la raza de las mugeres altas, esbeltas y gallardas.

En las clases superiores se distinguen las romanas por su hermosa cabeza, por su donaire y color sano; las que solo tienen hermoso el cuerpo, enseñan su cuello de marfil y esas espaldas

que Rafael pintaba con tanta complacencia. « Las romanas, dice Chateaubriand, recuerdan por su porte y por su andar á las Clelias y Cornelias, y uno cree ver las estatuas antiguas de Juno ó de Palas, bajando de su pedestal y paseándose alrededor de sus templos. Por otra parte se encuentra en ellas aquel tono de carnes al cual los pintores han dado el nombre de color histórico, y que emplean en sus cuadros. »

Lady Morgan ha dicho que las damas romanas eran sucias en su compostura, pero esta crítica no es justa; seran algo descuidadas, pero de esto á aquello va mucha diferencia, además de que frecuentemente se toma por descuido lo que es efecto del sistema de no llevar vestidos estrechos para dejar su libertad natural á todos los miembros. Seguramente que las falta esa soltura de buen tono que distingue á las parisien-ses, pero son mas graciosas y alegres, motivo por el cual tiene mas interés su conversacion, aunque debe confesarse que nunca brilla en ella una instruccion profunda y ni aun el razonamiento. Bástalas sonreirse maliciosamente, la vivacidad suple al talento, y el encanto del idioma á la profundidad. Puede decirse que su único talento es la música. Las tertulias de los italianos se parecen mucho á las de las demas capitales de Europa, con la diferencia de que en Roma la conversacion se entabla por grupos de hombre y muger. Las principales casas tienen sus dias señalados para reunion, y el extranjero encontrará casi siempre en ellas la misma gente; pero debemos observar que en ellas no son las casadas objeto de atenciones tan libres como algunos han llegado á suponer.

Lo que admira sobremanera en Roma es la costumbre relativa á los *cavaliere servente*, costumbre que de mucho tiempo se conserva y que ha mudado muy poco. Cuando alguna romana se casa, casi siempre por resultado de un convenio en el cual no entra para nada la inclinacion, acostumbra transcurrir un año antes que los dos esposos se presenten como extranjeros uno á otro. Al cabo de este tiempo elige el marido al sugeto que en adelante se encargará de acompañar á su muger á las visitas, al paseo del Corso, á las tertulias, en fin, al que debe ser su *cavaliere servente*. Si esta eleccion no es del gusto de la jóven esposa, hace esta secretamente otra, con consentimiento de su marido ó sin

él, y si algun dia le cansa el elegido busca otro. Desde la mañana va el cavaliere á servir de escolta á la dama en todas sus visitas; muchas veces paga los objetos comprados en las tiendas mas concurridas. Despues de comer vuelve el cavaliere para ir al paseo del Corso, á nuevas visitas, y por fin á las tertulias. Entre algunos, las relaciones entre el cavaliere y la dama son inocentes, de mera forma, de modo que es una especie de maniquí, mas no asi en la generalidad, y no por esto el esposo se da por ofendido: monstruosidad de la cual ningun otro pueblo nos ofrece ejemplo. Sismond, en su excelente viage á Italia, refiere que habiendo un extranjero ido á visitar á un gentilhombre, le preguntó inconsideradamente si eran suyos algunos niños que estaban jugando por la sala: « *sono nati in casa*, han nacido en casa » le respondió friamente el romano.

La existencia de las clases medias es en general triste y miserable; sus casas están apenas amuebladas, faltando en ellas lo mas necesario. Unos mismos utensilios sirven para varios usos, adaptándoles para cosas enteramente distintas; la mayor parte duermen, dice Desbrosses, sin cañisa.

Los artistas forman en Roma una clase numerosa, en general pobre y que se crea necesidades que la hacen mas menesterosa todavia. Las mugeres de esta clase y de la anterior tienen costumbres mucho mas regulares que las de las clases acomodadas: son buenas é industrias madres de familia, y asi es como el pueblo bajo da ejemplo de morigeracion á las clases altas.

Llámase *citadini* á los que se entregan á las profesiones sabias, tales como los letrados, los médicos y los profesores de varias ciencias. Mientras que esos hombres están en su gabinete, bastante acomodadas sus mugeres para permanecer ociosas, hacen de su libertad el uso que hemos mencionado hablando de los *cavaliere servente*. Ignoran los mas sabidos pormenores relativos al manejo interior de una casa, y desprecian esa economía doméstica que contribuye á asegurar el bienestar de una familia. Por esto, cuando con la muerte de sus maridos se acaban sus recursos momentáneos, la miseria, la depravacion y el oprobio es su único recurso.

Los romanos son muy aficionados al juego de la lotería, y esta costumbre, general en Italia puede señalarse como una de las causas de los vicios y de la miseria del pueblo. Muchos son los mendigos de Roma, y casi puede decirse que son pocos los del bajo pueblo que no reclamen en su caso alguna generosidad de parte de los extranjeros. Cuando estos se pasean, encuentran algun romano que parece únicamente ocupado en examinar como espectador tranquilo los monumentos de su patria; pero de improviso se acerca, y tiende como maquinalmente la mano. Así es como la soberbia Roma se ha convertido en mendicante. Gracioso y poético es lo que dice Chateaubriand relativamente á esta costumbre. «Roma, dice, parece estar soñando en medio de sus ruinas. Ese astro de la noche, ese globo, que se supone ser un mundo despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre las soledades de Roma; alumbra unas calles sin habitantes, unos cercados, plazas y jardines por donde nadie transita, unos monasterios donde no resuena la voz de algun cenobita, y unos Claustros tan silenciosos como las ruinas del Coliseo! Una joven me pidió limosna; se parecia con su modestia y su recogimiento á una imágen de la Virgen; supo en verdad escoger el tiempo y el lugar: si yo fuese Rafael diseñaria al momento un cuadro. El romano pide porque se muere de hambre; no importuna si se le niega; á imitacion de sus antepasados, no hace nada para vivir, y es necesario que el senado ó el príncipe le alimenten.

CAPITULO XIII.

Un viage á Civita-Vechia, á Aqnependente y á Viterbo.

El viagero que ha llegado á Roma, desea conocer tambien lo mas notable de los estados romanos, y no le pesará dar con nosotros un golpe de vista á esos pueblos objeto de la predileccion de la metrópoli, y que constituyeron un dia las delicias de la Italia.

Dirijámonos al monte Janículo donde encon-

traremos la puerta de San Pancracio, así llamada porque en las cercanías hay una iglesia dedicada á ese Santo, y que conduce á la via Aureliana y por esta á Civita-Vechia. El camino pasa por debajo de una de las arcadas del magnífico acueducto de Trajano. A nueve millas de Roma hácia poniente se encuentran las ruinas de Cere Veterum (actualmente Cervetri) poblacion antigua cuyas relaciones con Roma tienen algo de misterioso. Los Ceritas eran muy entusiastas y llenos de denuedo, gozaban del derecho de ciudadanos romanos, excepto el de sufragio, y cuando la invasion de los galos, les fueron confiados los mas preciosos depósitos de la naciente reina del mundo. Hoy dia es una soledad agreste que tiene un no sé que de imponente, y es menester no tener sentimientos para ver sin melancolía el abandono de esos campos en otro tiempo tan fértiles. Nadie, dice Roger, ha venido para cultivar esas tierras desde que sus antiguos habitantes han desaparecido, como si se temiese que estos vengan algun dia á reclamar su propiedad.

La Cervetri moderna no tiene mas que unos cien habitantes, y ocupa el punto que antiguamente fué ciudadela de Cere, construida en la cumbre de un promontorio de rocas volcánicas, de unos cien pies de altura. Desde este sitio se estiende la vista sobre un valle muy pintoresco. Aun subsisten las murallas de la antigua ciudadela, y en las cercanías se descubren ruinas de termas y de templos. Tambien se encuentran algunos de esos graneros de trigo de los antiguos, contruidos debajo de tierra y en los cuales se conservaban muchísimo tiempo los granos. Numerosos son tambien los sepulcros en las cercanías de Cervetri; esas moradas de los muertos, abiertas á pico en rocas volcánicas formaban líneas paralelas con las moradas de los vivos, de modo que estos no tenían mas que dar un paso para trasladarse al reino de la muerte. Una enorme piedra cubre la entrada de estos sepulcros, cuyo interior tiene de diez hasta cuarenta pies cuadrados. Consérvanse como si se hubiesen abierto ayer. Esta ciudad poblada de muertos está llena de víboras que huyen precipitadamente al acercarse el viagero.

Al salir de Santa Marinela, que se encuentra despues de Cervetri, atraviésase una campiña desierta y como ondulante entre las varias

vertientes de la montaña á corta distancia del mar que se estrella con estrépito contra la orilla. El suelo profundamente surcado no ofrece árboles ni cultivo, y las torres levantadas de trecho en trecho para la defensa de las costas son las únicas moradas de esta triste playa hasta llegar á Civita-Vechia.

Las fortificaciones de esta plaza son regulares y susceptibles de una buena defensa. La ciudad es pequeña, pero las casas son buenas, aunque se alquilan muy caro por la afluencia de los extranjeros que el comercio atrae. Si bien no llama la atención ningún edificio notable, sin embargo el viajero entristecido por la soledad de las ciudades de la Italia central, se complace al menos presenciando el espectáculo de actividad y de industria que le ofrece Civita-Vechia, donde diez mil habitantes están apretados en un estrecho espacio y se entregan á especulaciones que alimentan la esportacion de la mayor parte de productos del país y la importacion de géneros extranjeros. En todos tiempos esta plaza tiene ventajas de posición que aseguran su prosperidad, de manera que muchas casas de comercio han adquirido en ella una fortuna considerable, y gozan de un crédito sólido en todo el litoral. El aire de Civita-Vechia no puede llamarse malsano, mas no así las campiñas que le rodean. La población ocupa el lugar de Centum-Cellæ, casa de campo de Trajano, el cual hizo construir en ella un puerto con una isla en la entrada para detener la corriente de las olas: esta obra subsiste todavía, y he aquí que despues de diez y siete siglos los navegantes bendicen todavía el nombre de Trajano. En la parte oriental del puerto se descubre una ciudadela construida por Miguel-Angel Buonaroti, el cual á la vez era ingeniero, pintor, arquitecto, escultor y poeta.

A cuatro leguas al norte de Civita-Vechia se encuentra Corneto, pequeña ciudad notable por los restos curiosos de las antigüedades etruscas descubiertas á cierta distancia. A una legua al nordeste está una pequeña colina llamada Civita-Tuchino, donde se cree que se levantó lozana en otro tiempo la célebre ciudad de Tarquinia, una de las doce capitales de la Etruria: hoy no es mas que una vasta campiña, en la cual se han descubierto en distintas épocas varias inscripciones, medallas y otros res-

tos preciosos. El príncipe de Canino se ha ocupado con ardor en hacer escavaciones en el territorio de Tarquinia, y á él se debe el descubrimiento del sepulcro etrusco representado en la Pl. 134

A medida que se acerca el viajero á *Aquapendente*, se anima á cada instante la perspectiva, y el murmullo de las cascadas resuena á lo lejos con monótona armonía.

La pequeña población de Aquapendente, la última de los estados romanos, situada en una altura escarpada, se presenta sobremanera pintoresca: es la Aquila de los Antiguos, y su nombre se deriva de los muchos manantiales de agua que se encuentran en sus alrededores.

Saliendo de esta población, atraviesa el camino una llanura volcánica hasta San-Lorenzo-Nuovo, pequeña aldea, elegante, limpia, de construcción hermosísima, de aire y de aguas excelentes. Su fundación es debida á Pio VI el cual con caritativo cuidado quiso dar á los habitantes de San-Lorenzo-Rovinato, mansión apastada, una nueva patria sana y hermosa. Por esto se apresuraron á disfrutar de la obra del pontífice, y han ido poblando sucesivamente el nuevo pueblo.

Mas allá de San-Lorenzo-Nuovo, un poco mas hácia la montaña, se descubren las murallas de Bolsena. Es la antigua Volsinia, la mas importante de las doce grandes ciudades etruscas, destruida por los romanos, y de la cual se vanagloriaban de haber sacado dos mil estatuas, doscientos sesenta y cinco años antes de Jesucristo. Cuando Pirro rey de Epiro hacia cruda guerra á Roma, habia llegado Volsinia al mas alto punto de lujo y de corrupción, y estaba tan enervada que subieron esclavos á la cabeza de su gobierno. Los habitantes se vieron entonces obligados á invocar el apoyo del senado para castigar á los rebeldes y para hacerles restituir un poder usurpado: tal es el origen de la sumisión de esta ciudad de Etruria á las águilas romanas.

El viajero visita en Bolsena la iglesia de Santa Cristina donde tuvo lugar el famoso milagro eternizado con el no menos célebre cuadro de la misa de Bolsena por Rafael. Un sacerdote dudaba de la presencia real de J. C. en la Eucaristía; iba á consagrar la hostia en semejante disposición, cuando de repente vé que de ella

manaba sangre: aun se enseña en una húmeda capilla el lugar donde cayó á gotas.

Al nordeste de Bolsena, en el punto mismo donde el rio *Clanis* recibe en su seno las aguas del riachuelo *della Paglia*, se levanta Orvieto, antiguamente *Herbanum*, famosa por sus vinos. Muchos viajeros no la conocen mas que por esta circunstancia, y sin embargo esta pequeña y pintoresca villa conserva uno de los mas ricos y curiosos monumentos del arte, á saber su catedral fundada en 1290 en memoria del milagro de Bolsena. Este edificio es tal vez la construccion mas notable de su época, y señala los primeros pasos dados hácia la renovacion de la arquitectura. La fachada sobretodo es una de las mas hermosas y mas ricas de todas las iglesias de la Italia. Una de las capillas del templo ofrece la mezcla mas singular de ideas cristianas y de recuerdos paganos, pues entre varias pinturas religiosas se descubren los bustos de Virgilio, de Ovidio, y de Séneca, el combate de Hércules contra los Centauros, Eneas bajando á los infiernos, etc. etc. En vista de esta antigüedad á la vez sagrada y profana, se dirá que el genio de las bellas artes en la época de su renacimiento quiso que hasta la mitología concurriese al triunfo de las ideas cristianas.

El reliquiario en el cual se conservan los santos corporales de Bolsena tiene la forma de la fachada de la catedral. Las figuras, los adornos y esmaltes, son preciosísimo trabajo del platero Ugolino Vieri, y llevan la fecha de 1338. Varios son los escultores y arquitectos modernos que sucesivamente han añadido adornos á esta catedral del siglo trece, de manera que por muchos títulos escita hoy dia la admiracion de los artistas.

Despues de algunas millas de camino al través de una comarca cubierta de rocas basálticas, se encuentra sobre una colina aislada la ciudad de Montefiascone. La catedral, cuya cúpula magnífica ocupa en su circunferencia la totalidad del templo, ofrece el mas elegante conjunto. La ciudad es también celebrada por sus excelentes vinos, y es sabida la historia del viajero alemán que se detuvo en ella para descansar y que pidió de beber vino del país: no pudo decidirse á dejar sobre la mesa el abundante nectar, y murió bebiendo.

Entre Montefiascone y Viterbo el camino es

verdaderamente espantoso, y á corta distancia de ambas ciudades se encuentra un lago, cuyas aguas calientes exalan vapores sulfúricos.

Encuétrase al fin Viterbo, ciudad linda, pintoresca, aunque bastante desierta. Supónese que ocupa el sitio de la antigua *Fanum Voltumnæ*, lugar famoso en otro tiempo por la reunion solemne de los naturales de Etruria en los negocios de alguna importancia. La ciudad moderna está situada en la base del monte Cimino, y está rodeada de torres que se levantan de trecho en trecho, dándola de lejos una apariencia enteramente militar. A la entrada visita el viajero el convento de los dominicos *di Gradi*, notable por su hermosa construccion, una fuente admirable y un acueducto antiguo. Un caballero que está enterrado en aquel convento dispuso en su testamento que se hiciesen de su cuerpo siete pedazos, aludiendo á los siete pecados mortales de que en su contricion se reconocia culpable.

El palacio del ayuntamiento, principiado en 1264 y terminado en tiempo de Sixto IV, tiene en el patio una pequeña fuente muy elegante, así como dos hermosos sepulcros etruscos de una capacidad poco comun, con inscripciones y figuras en relieve. Los frescos históricos y topográficos de Baltasar Croce, digno discípulo de Anibal Carraccio é imitador de Guido, en la sala llamada académica, son fáciles, armoniosos, naturales. El gabinete académico formado en 1821 ofrece muchos vasos, sarcófagos y otras antigüedades etruscas y romanas entre las cuales se distinguen dos grandes y hermosos sepulcros de barro, adornados con figuras reclinadas sobre la tierra.

Viterbo contiene muchas iglesias, algunas de hermosa arquitectura, como la antigua basílica de Santa Maria-della-Verita; las demas son notables por sus preciosas pinturas. En la fachada de la iglesia de San Angelo se vé un hermoso Sarcófago romano con una inscripcion al pie de la cual se dice que allí está sepultada la hermosa Galiana, la Helena del siglo que encendió la guerra entre Roma y la república de Viterbo. Vencieron los Viterbenses, y los romanos al retirarse pidieron solo en su capitulacion que se les permitiese contemplar por última vez á Galiana; con efecto se la hizo asomar á una de las ventanas que existen todavía

en lo exterior de una antigua torre contigua á la puerta de San Antonio.

Al lado de la catedral, el antiguo palacio del obispo, monumento del siglo trece, conserva la grande sala donde se reunió el conclave que dió la tiara á Martin IV, despues de discusiones acaloradas.

Desde Viterbo á Ronciglione, atraviesa el camino una parte del monte Cimino en medio de flores y de una vegetacion que brinda á la vista y al olfato. Al pie del monte se encuentra el lago de Vico de legua y media de circunferencia, famoso por la tradicion de que antiguamente hubo en este sitio una ciudad, y de que junto á ella se abrió de repente un volcan que renovó el ejemplo de Sodoma.

A cierta distancia de un valle enteramente pintoresco, se descubre Ronciglione, ciudad fundada sobre un suelo árido. Sus habitantes descuidan en torno la agricultura. No hay aquí la actividad que señala los trabajos del campo, y en cierto modo puede decirse que los viageros impiden el que á este pais se dé el nombre de desierto. Aquí empieza á hacer estragos el ariacattiva, para estenderlos despues á toda la campiña de Roma.

Visitase despues Sutri, la antigua Sutrium, ciudad de Etruria, notable por sus sepulcros abiertos en la roca volcánica, y sobretodo por su admirable anfiteatro, abierto tambien en la roca sin la menor construccion. Es á lo que se supone una obra etrusca de mil pasos de circunferencia, y que conserva aun todos sus corredores, y seis líneas de graderias. Junto á este singular monumento se ven dos grutas tambien abiertas en la roca, donde sin duda se encerraba á los reos de muerte y á los animales destinados para divertir á los habitantes. Sutrium se sometió voluntariamente á los romanos.

A dos leguas de Ronciglione, al través de bosques, precipicios y peñascos, se encuentra el hermoso pueblo de Caprarola que consta de tres mil habitantes y que merece un examen profundo. Los miembros de la ilustre casa de Farnesio escojieron este sitio notable para construir una habitacion digna de la grandeza á la que aspiraban. El palacio forma un pentágono regular; su aspecto exterior, de un carácter á la vez magestuoso, elegante y sólido, tiene á

un tiempo visos de palacio y de fortaleza. Asegúrase que San Cárlos Borromeo, habiendo visitado Caprarola en el año de 1580, y pareciendo escandalizado al ver su magnificencia, exclamó: «Qué será el paraiso? no valdria mas haber dado á los pobres todo el dinero que aquí se ha gastado?» Pero el cardenal Farnesio le respondió, que en vez de dar el dinero á los pobres, habia preferido hacérselo ganar, porque la ociosidad es madre de los vicios, con cuya respuesta quedó satisfecho el Santo. No hace mucho tiempo que el palacio de Caprarola, apesar de su abandono, parecia digno todavia de su antiguo renombre. El célebre comentador de Vitruvio, Daniel Bárbaro, el mas grande conocedor de su siglo en punto á arquitectura, habiendo querido examinar por sí mismo minuciosamente un edificio que la opinion encomiaba sobremanera, convino en que el palacio era superior á su misma reputacion.

Encima de él, levántase la colina con suave vertiente, y la arquitectura ha sabido aprovechar esta feliz disposicion para trazar magníficos jardines, rampas, pavellones, murallas coronadas de elegantes balaustradas, y fuentes adornadas con estátuas. Si esos jardines en los cuales domina la arquitectura y donde los árboles no parecen destinados mas que á servir de cercado á las producciones del arte, no tienen el encanto de los amenos sotos, prados y bosquecillos, tienen á lo menos un carácter muy imponente. Al recorrerlos se comprende mejor la época á la que debieron su origen, época en la cual la belleza ideal presidia al renacimiento de las artes.

Una pequeña, elegante y graciosa composicion, que no hace acaso menos honor á Viñola que su grande y magnífico palacio, es la quinta de Caprarola. Es una morada encantadora, situada en la parte alta de los jardines, y en otro tiempo adornada con flores, estanques, fuentes y una hermosa cascada. Desde la última azotea se descubre un vasto y soberbio horizonte, cuyo punto mas culminante es la aguda y azulada cumbre del Soractes, montaña aislada, magestuosa pirámide que domina toda la campiña romana, y que parece dotada del poético y sagrado carácter de la antigüedad. Al este se levanta el anfiteatro de los montes Sabinos. Al



Isola Farnesina nel Contado dell'antica Veii.

L'île Farnésine dans le territoire de l'antique Veïes.

Gravet del.

A. Albert sculp.

A. Albert sculp.

poniente, una línea de colinas se estiende hasta la cumbre del Cimino, mientras al norte el horizonte está limitado por las verduzcas rampas de esta hermosa montaña. La poblacion está en estos sitios dedicada enteramente al cultivo. A uno y otro lado se encuentran bosques de enormes castaños. Las aguas han abierto torrenteras en medio de las rocas volcánicas, y así es que entre estas crecen lozanos los árboles y los arbustos dando sombra á los arroyos que serpentean á sus pies. En las colinas intermedias se han plantado olivares y viñedos, entre los cuales crecen el trigo y otros granos y legumbres. Esta comarca poco conocida, podía ser objeto de inagotable estudio para los pintores.

Despues de haber dejado atrás el Soractes y esos puntos de vista que sirven para la inteligencia de la historia de los primitivos tiempos de Roma, se llega á Civita-Castellana. El primer objeto que llama nuestra atencion es un acueducto sostenido por dos líneas de arcos, y que al mismo tiempo sirve de puente para atravesar un hondo barranco.

Civita-Castellana, poblacion triste y casi desierta tiene una ciudadela que en todo caso no defendería mas que cuatro miserables cabañas y otros tantos habitantes, todos mendigos. Se ha querido suponer que este pueblo era un resto de la antigua Veyes, capital de Etruria, mas no es así, puesto que esta antigua ciudad, segun ha resultado de las escavaciones hechas en 1811, estaba situada al oriente de la posada de la *Horta*, encima de una colina, separada de la llanura por dos riachuelos que se reunen despues formando el rio Cremera. Una de sus estremidades está ocupada hoy dia por la quinta de la *Isola Farnesina* (Pl. 135), la cual despues de haber sido una fortaleza en la edad media, sirve hoy de habitacion á muchas familias, y de centro de una explotacion agraria.

La posicion de Veyes es escelente para una defensa, lo cual unido al denuedo de sus antiguos habitantes, fué causa de que conservasen la libertad durante trescientos cincuenta y siete años, apesar de tener que sostener guerras continuas. Los hijos de Veyes, acampados en el Janículo, hicieron temblar no pocas veces á los romanos, y su conquista no fué la menos noble que estos hicieron.

A corta distancia de sus ruinas están las de

Aremulia, junto á la cual se encontraban baños sulfúricos. El rio Cremera atraviesa esta comarca, desliziándose sobre una madre de bastante profundidad. Siguiendo su curso se buscan con interés los restos de la fortaleza, primera posicion ocupada por los romanos en la margen izquierda del Tibre, y monumento glorioso del patriotismo de esta ilustre familia de los Fabios, que la levantó á sus costas en el año de 273, la defendió junto con cinco mil clientes, y la regó con la sangre de trescientos Fabios: he aqui como el patriotismo romano merecia sus honores!

Siguiendo esta direccion se encuentran á la vez la via Flaminia y el valle del Tibre, junto á *Sava rubra*, donde los naturales de Veyes poseyeron una fortaleza, y que por mucho tiempo presenció los combates de Constantino y Majencio. Aquí el valle del Tibre es ancho y fértil: vastos campos de trigo y verdes prados le cubren enteramente, rodeados á entrambos lados por pequeñas colinas de rápida pendiente. En medio de la llanura uno se complace en buscar los campos que Cincinato cultivaba con sus manos victoriosas.

El viajero coge religiosamente algunas flores de esa fértil tierra que segun la hermosa expresion de Plinio debia reputarse feliz de ser cultivada por un triunfador. Atraviésase el campo *di Quincio*, donde ningun monumento, ninguna piedra recuerda al viajero el nombre de su ilustre poseedor; pero uno se consuela pensando que las generaciones reconocidas han conservado á lo menos por espacio de dos mil años el nombre de *Quincio Cincinato*, que es el mas noble recuerdo.

Vuélvese despues á Roma donde se entra por el Ponte Molle y la plaza del pueblo que tendremos ocasion de describir mas adelante hablando del monte Pincio.

CAPITULO XIV.

Basilica de Santa Cruz in Jerusalemme. — Basilica de San Juan de Letran. — Scala Santa. — El anfiteatro castrense. — Acueductos. — Basilica de San Lorenzo. — Las catacumbas de San Lorenzo. — Las catacumbas de San Cosimo. — Torre

de Neron. — Palacio de Cenci. — Barrio de los judios en Roma.

SIGUIENDO el curso de nuestras investigaciones en Roma visitaremos en primer lugar la Basílica de Santa Cruz *in Jerusalem*.

Apesar del abandono de la mayor parte de las iglesias de Roma, hay pocas, muy pocas, que no presenten ya en sus proporciones, ya en su arquitectura, ó ya en los materiales que la componen, ó en fin en sus adornos interiores ó exteriores, un carácter propio para excitar la admiracion del viagero. Los que se complacen en ver largas hileras de columnas, bóvedas silenciosas levantadas hasta el cielo, pilares macizos de granito, de pórfido ó de mármol, pavimentos de varios colores muy variados y graciosos, adornos enriquecidos con planchas de oro ó de plata, y en fin millares de estatuas á las cuales el artista por medio de un talento admirable ha dado una engañosa apariencia de vida: esos hombres deben visitar la Roma moderna, deben recorrer sus iglesias y sus monumentos religiosos. Aquí es unicamente donde encontrará toda la magia de la arquitectura sagrada, magia que ninguna ciudad del mundo puede igualar, y que acaso solo cederia á los prodigios de la Roma antigua.

La basílica de Santa Cruz de Jerusalem es obra del tiempo de Constantino, llevada á cabo por este emperador. Junto á la puerta grande de la iglesia, que debe su nombre á un pedazo de la verdadera cruz que trajo Santa Helena de Jerusalem, se encuentra una pila magnífica para el agua bendita, que se parece en algo á las de la catedral de Siena, y está adornada con esculturas de mármol de un trabajo esquisito. Admiranse despues las hermosas columnas, que adornaron antiguamente el templo de Venus y de Cupido, y el viagero contempla estático un elegante sarcófago de basalto que sirve hoy dia de mesa de altar. Ocho hermosas columnas de granito de Egipto sostienen la nave de la basílica en la cual se enseñan dos hermosos frescos, uno de ellos representando la invencion de la Santa Cruz. Una capilla subterránea, dedicada á Santa Helena, ofrece mosaicos antiguos que escitan vivamente la curiosidad, y cuando uno sale de la iglesia no puede menos de volverse de tiempo

en tiempo para admirar de lejos su hermosa posicion y su carácter solemne, en medio de los jardines, de los viñedos y peñascos que de todas partes le rodean.

En seguida se dirige el viagero, á San Juan de Letran. La plaza de este nombre ofrece el mas colosal y hermoso obelisco que se conoce, arrebatado á los Tebanos por Constantino; es de granito encarnado y lleno de jero glíficos de la mas perfecta escultura. La fachada de San Juan de Letran (*Pl.* 138), del tiempo de Clemente XII, es obra del florentino Galileo. Debajo del pórtico lateral, hay una estatua erigida por el capítulo en honor de Henrique IV de Francia, como á bienecor de la basílica.

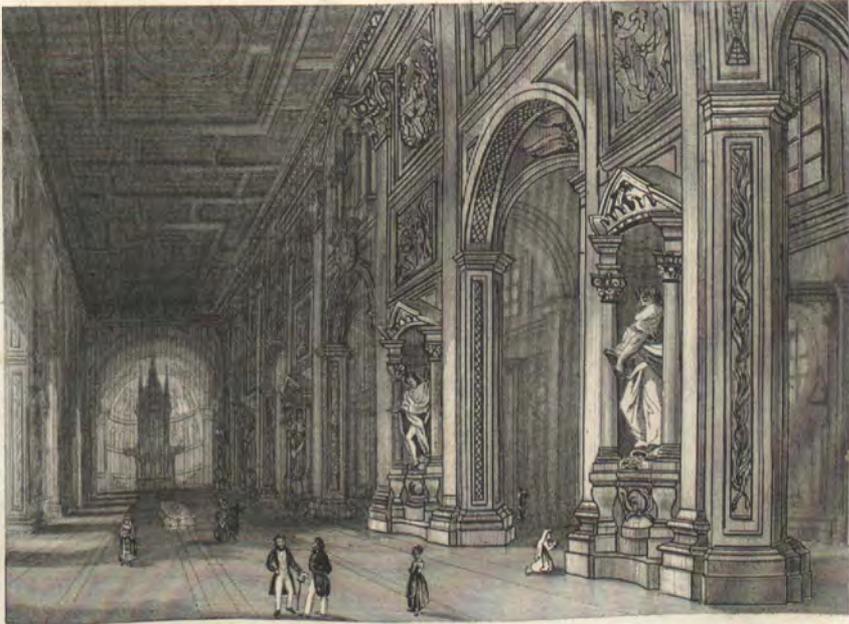
San Juan de Letran es la catedral regular del obispado de Roma, y es tal su superioridad sobre los demas edificios del mismo género, que se llama madre de todas las iglesias de Roma y del mundo. Fundóla Constantino, pero despues de él ha sido sucesivamente restaurada, destruida y reedificada. Corresponde su grandeza á su antigüedad y rango distinguido, y la riqueza de sus adornos deja atrás todo cuanto la imaginacion puede concebir de mas suntuoso. A semejanza de Santa Maria la Mayor, tiene dos pórticos, de los cuales uno forma una galeria superior de orden corintio, siendo el inferior de orden dórico: en aquella es donde asoma el sumo pontífice cuando da su bendicion solemne (*Pl.* 138). Los críticos encuentran algunos defectos en el frontispicio de esta basílica; con todo esto, algunas ligeras imperfecciones no le quitan nada de su noble y magestuosa apariencia.

El vestíbulo es una larga galeria adornada con mármoles de varios colores; cinco puertas sirven de comunicacion entre esta parte de la iglesia con el interior propiamente dicho. La puerta de bronce del centro tiene un trabajo admirable, se sacó de la basílica Emiliana del Foro, y puede reputarse como único modelo de las puertas antiguas llamadas cuadriforas. La nave principal está cubierta con uno de los mas espléndidos cielos rasos que se conocen y cuyo autor es el célebre Borromini (*Pl.* 138). Las doce colosales estatuas de los apóstoles pueden llamarse una hermosa idea mal ejecutada: esos personajes no podrian dar un paso sin que les cayese el ropage.



Vogel del.

S. Giovanni di Laterano.



Perancesi del.

Antoni del.

K. Rouargue sc.

S. Giovanni di Laterano. Roma. S.^t Jean de Latran.



Ferrari del.

Audot edit.

E. Bonaparte sc.

Roma. Scala Santa.

Antiguamente el edificio estaba sostenido por mas de trescientos pilares, pero en la época de sus reparaciones se adoptó un plan que mas adelante fué igualmente aplicado á Santa Maria la Mayor. Desgraciadamente se sacrificaron con él muchos pilares venerables de la antigüedad, y otros fueron abiertos en forma de nichos para las estatuas de los santos ó de las santas. Estas varias modificaciones quitaron á la basílica su carácter primitivo de unidad y de grandeza, dividiéndola en pequeños repartimientos de un efecto menos grandioso.

Detiénese despues el estrangero delante del altar mayor de bronce dorado, y de algunos pilares que segun una tradicion pertenecieron al templo de Jerusalem: encima de ellos puede examinarse atentamente un fresco que representa la Ascension del Señor, por Arpino. La rica capilla Corsini, obra maestra de Galileo, se distingue por sus escelentes adornos, y buena disposicion. Tiene la figura de una cruz griega, y sus paredes están cubiertas de jaspes y adornadas con bajos relieves; admíranse cuatro estatuas que representan las virtudes cardinales. La arquitectura es elegante, y todos los adornos son de pórvido, de bronce ó de oro; es un verdadero sepulcro cuyas formas antiguas se han enlazado con las perfecciones del gusto moderno. La hermosa urna que encerraba las cenizas de Agripa en el Panteon, guarda ahora los restos mortales de Clemente XII. Otro sepulcro, el de Martin V, que pertenecia á la familia de los Colonna, está tambien depositado en la capilla Corsini.

El tabernáculo gótico del altar mayor, monumento curioso de la historia del arte en el siglo catorce es debido á la munificencia del célebre papa Urbano V, y entre muchas reliquias contiene las llaves de San Pedro y de San Pablo, encontradas en el año de 1368, entre las ruinas de la antigua basílica incendiada, con entusiasmo general de los romanos y de todo el orbe cristiano.

El bautisterio de San Juan de Letran es uno de los mas antiguos que se conocen; débese á Constantino, y es una prueba de su magnificencia y del mal gusto de su época. Al través de un estrecho pórtico se penetra en una nave octógona cuyo centro ofrece un ancho estanque de mármol. Dos capillas, situadas en las estremi-

dades mas distantes del bautisterio, estaban destinadas para la instruccion de los que deseaban abrazar la religion cristiana. Al principiar el período moderno de la historia de Roma, tenia lugar anualmente en una de las capillas un bautismo solemne, por la pascua de Pentecostes. Una ceremonia nocturna que al efecto tenia lugar atraía mucha afluencia de gente á la basílica de San Juan, y escitaba el fervor de los asistentes con mas enerjía de lo que hubiera producido la iluminacion pura de un sol brillante. Supónese que Constantino recibió el bautismo en este recinto, y varias inscripciones están ahí para atestiguar este hecho de que se gloria con razon la iglesia.

Anualmente, el dia de la octava del Corpus, la procesion de San Juan de Letran seguida de los cardenales y muchas veces del mismo papa, atraviesa las salas del Hospital Mayor donde solo se reciben mugeres, sito en la misma plaza de la basílica, precedida de música y de tambores que no cesan de tocar. Todas las estancias estan sembradas de flores, y las salas adornadas de colores brillantes. En este pais las fiestas y las solemnidades penetran hasta en los asilos del dolor, y resuenan hasta en la cabecera de la cama de los moribundos.

Al lado de San Juan de Letran se encuentra la *Scala Santa*, famosa por la devocion de que es objeto (Pl 139). Este edificio adornado con un hermoso portico de arquitectura de Fontana, conserva segun una tradicion piadosa las veinte y ocho gradas de la casa de Pilatos, subidos y bajados por el mismo Jesucristo durante su pasion. Esas gradas por las cuales solo puede subirse de rodillas, estaban gastadas de tal suerte en tiempo de Clemente XII, que este sumo pontífice tuvo que hacerlas cubrir con planchas, las cuales se han tenido que renovar muchas veces. Brilla tal relijion, un recuerdo tan tierno en la muestra de sumision de parte de los fieles, cuando suben esas gradas de rodillas, que al viajero se le humedecen apesar suyos los ojos. La magestad del hombre-Dios merece ciertamente esta señal de acatamiento y de respeto.

Despues de haber subido en esta actitud se adora en lo alto una imágen que está detrás de una grande reja de hierro. La parte superior del edificio es una capilla que no se abre mas

que rara vez y en la cual solo pueden entrar el papa, los cardenales y el clero. Contiene la antigua y venerada imagen de Jesucristo; de unos seis pies de alto. Detrás de esta capilla está el *Sancta Sanctorum*, tenebroso santuario, objeto de innumerables tradiciones religiosas. Dícese que Sixto V tuvo la curiosidad de visitarle y le encontró vacío.

A cierta distancia de la *Scala Santa* se enseña una arcada, ó por mejor decir una tribuna adornada con ricos mosaicos, situada antiguamente junto al palacio pontificio de San León; es un monumento destinado á perpetuar la memoria de Carlomagno, con una ceremonia ejecutada por el santo padre con todo el aparato digno de semejante emperador.

Dirijese uno despues al lugar donde se levantó en otro tiempo uno de esos hermosos edificios tan comunes en Roma. Hablamos del anfiteatro castrense que forma actualmente parte de las murallas de Aureliano, reparadas por Honorio. Desde la puerta de Nápoles se abraza con un golpe de vista toda la parte exterior de este anfiteatro, y desde un jardín situado á la izquierda de la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem se descubre la parte interior. El anfiteatro castrense estaba reservado para los soldados que se ejercitaban en las luchas contra las fieras. «Era en este sitio donde se ensayaban las lecciones romanas para obtener victorias en los campos de batalla?» esto es lo que se pregunta interiormente el viajero y á lo que responde afirmativamente. El pueblo romano era entusiasta por los espectáculos sangrientos, y así se educaba como sus fundadores primitivos en la escuela de la ferocidad y de la guerra. Entonces no se oía hablar de lo que entendemos hoy día por caridad, pues esta palabra, estraña á la lengua latina, y el sentimiento sublime que con ella se espresa, no data en cierto modo ni recibió su completo desarrollo mas que en la época del nacimiento de Jesucristo. Los juegos de los circos y anfiteatros sirvieron, pues, para ir sosteniendo el carácter que habia valido á los romanos la posesion del mundo, y si con el tiempo su crueldad se convirtió en generosidad, fué porque Roma pasó de amenazada á amenazadora.

La Puerta Mayor, que está junto al anfiteatro castrense, se llamó antiguamente *Porta*

Prenestina porque conducia á Prenesta. Su nombre moderno es debido á la iglesia de Santa-Maria-la-Mayor que está á corta distancia y de la cual hablaremos en breve. En otro tiempo fué una arcada del magnífico acueducto de Claudio. Ya hemos tenido ocasion de hablar de esos interminables monumentos que siguen á paso de gigante su carrera irregular al través del desierto, y en realidad no conocemos una cosa mas imponente que los acueductos de Roma, pues por la estrema sencillez y la grandeza de su plan hacen concebir en cierto modo la idea de la inmensidad y de un poder sin límites para el cual nada hay costoso. Reconócese que la utilidad fué el único objeto que se propusieron los fundadores de esos edificios, y que no aspiraron á la belleza: apesar de esto no puede concebirse nada mas bello. Esos rios suspendidos en el aire, no han cesado durante veinte siglos de llevar sus cristalinas olas á las calles y plazas públicas de Roma, así cuando era dueña de las naciones como cuando fué su esclava. De ellas bebieron Bruto y Cesar, Atila y Gensericó; cuando las devastaciones de la edad media, se desplomaron ocho de esos famosos acueductos, pero aun quedan para admiracion del orbe tres de esas líneas de arcos triunfales, segun la noble y hermosa espresion de Chateaubriand.

Un monumento muy curioso de Roma antigua y moderna llama ahora toda nuestra atencion: tal es la basílica de San Lorenzo fundada segun tradicion por Constantino el año 330. Asegúrase que en este mismo sitio existió antiguamente un templo dedicado á Neptuno, del cual se encuentran todavía restos preciosos. Esta basílica fué sucesivamente restaurada por muchos pontífices y principalmente por Adriano I el cual en el año de 772 añadió á él la sala grande que está al occidente. Honorio hizo construir el pórtico en el año de 1216, y Adriano coronó en ella á Pedro de Courtenay, conde de Auxerre, emperador latino de Constantinopla, cuando pasó por Roma para ir á tomar posesion del imperio.

Este príncipe llamado al trono de Oriente por los barones cruzados que en cierto modo no poseian mas que Constantinopla rodeada de muchos enemigos, quiso antes ser coronado por manos del papa. Este opuso algunas dificultades, ya porque no queria derogar los de-



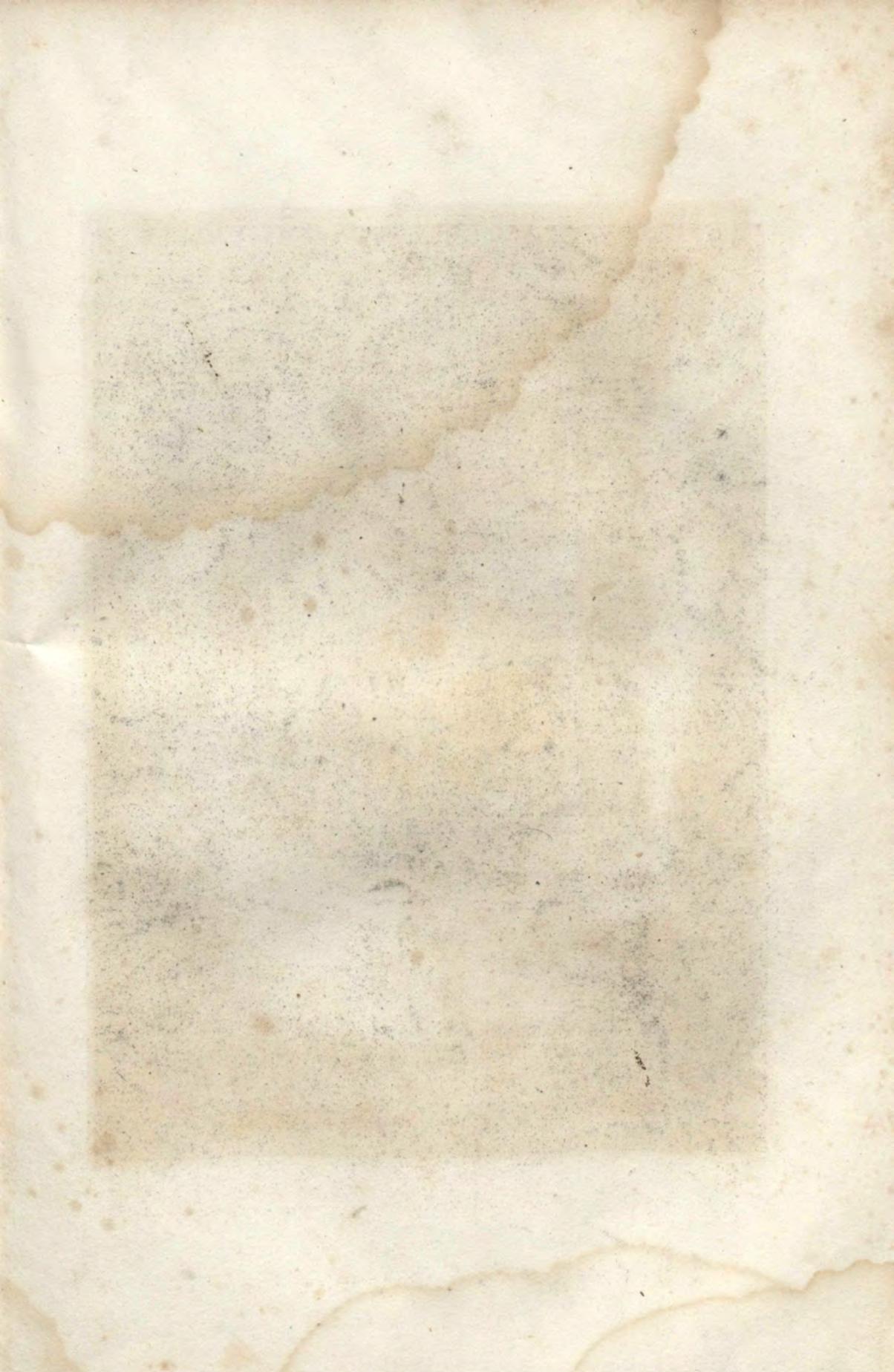


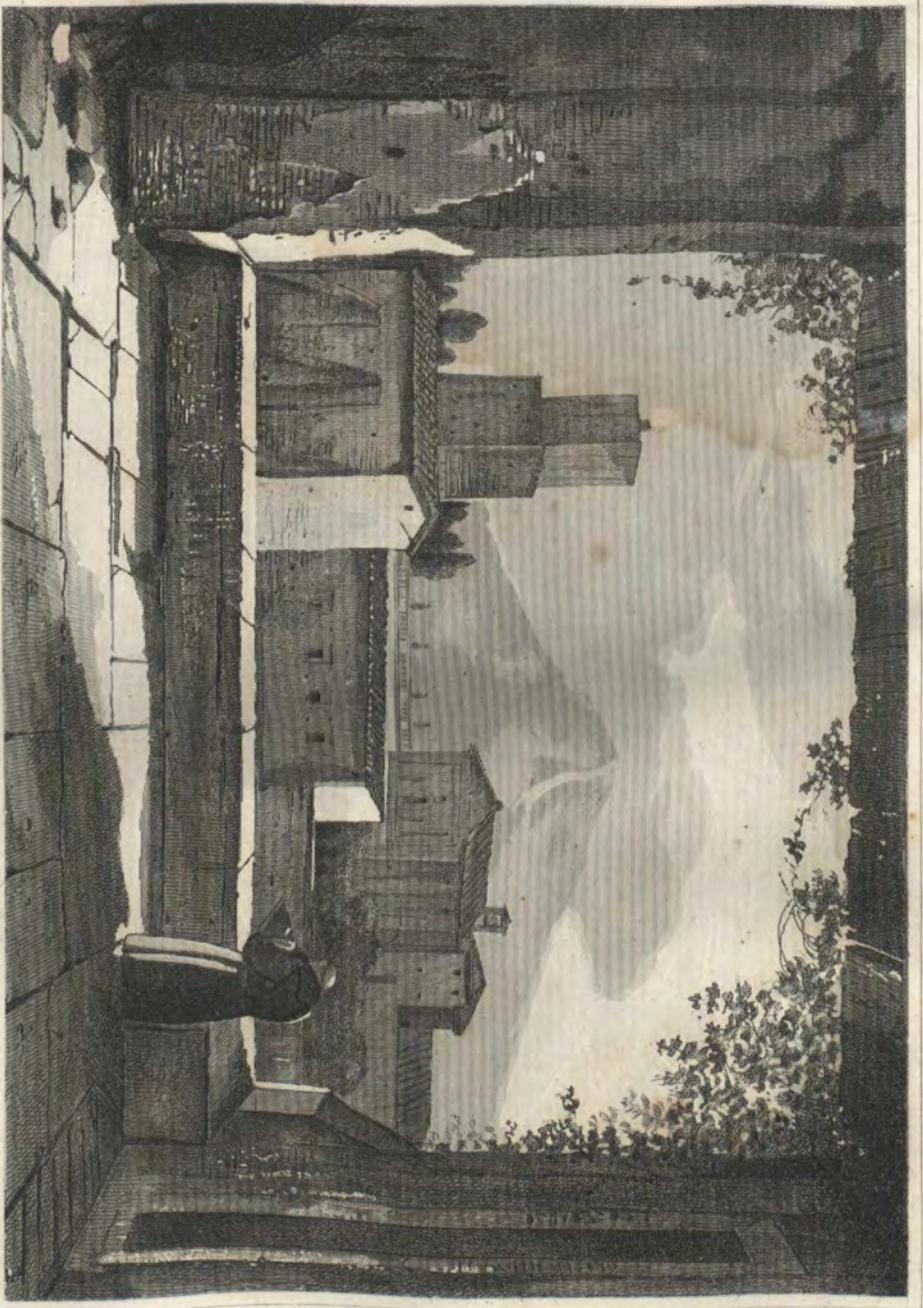
Granot del.

Audot scult.

Aubert sc.

Roma. Catacombe a S. Cosimo e Damiano.





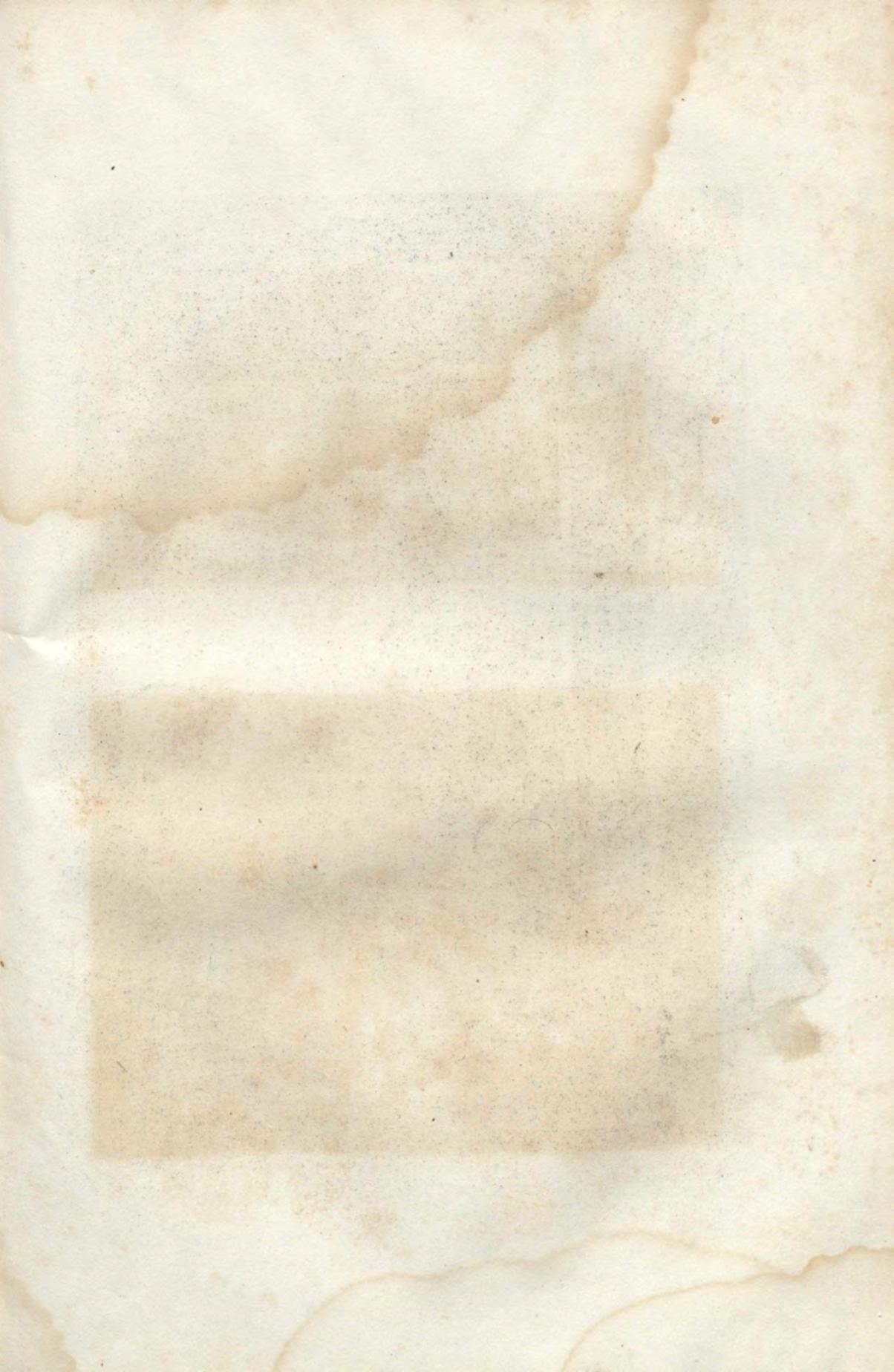
Gravé del.

Torre di Nerone.

Roma. del.

Tour de Néron.

Tabati sc.





Piazza del.

Roma. S. Lorenzo.



Rouargue del.

Auslet celi.

E. Rouargue sc.

Roma. S. Lorenzo, Catacombe.

rechos del patriarca de Constantinopla, ya porque le pareció impropio coronar en Occidente á un emperador de Oriente, como tambien porque temia que esta ceremonia no diese en lo sucesivo un pretexto á los emperadores de Constantinopla para estender sus pretensiones sobre la ciudad de Roma y sobre el imperio de Occidente. Ideóse un medio para obviar estas dificultades: el emperador Pedro, y Yolanda su muger fueron coronados el 9 de abril de 1217, pero no en la basílica de San Pedro por estar en lo interior de Roma, sino en la de San Lorenzo fuera de las murallas.

En el año de 1647 se puso esta iglesia en el estado que conserva hoy dia. El pórtico es sostenido por seis columnas antiguas de órden jónico: estas columnas, bien así como las de la nave principal, no guardan conformidad en el diámetro, y los capiteles no se hicieron para ellas (*Pl. 140*). Las pinturas del pórtico son del tiempo de Honorio III, y representan muchos objetos relativos á la vida de este papa, y á las de San Lorenzo y de San Esteban.

El interior de la iglesia ofrece tres naves. Al lado de la puerta principal se encuentra un sarcófago antiguo, adornado con un bajo relieve que representa un casamiento romano, y sirve hoy dia de sepulcro al cardenal Fieschi. En la nave del medio se ven dos púlpitos de mármol que servían para cantar los evangelios y las epístolas. El altar mayor está aislado, y le adornan cuatro columnas de pórvido colorado las cuales sostienen un baldaquino, especie de palio, de mármol. Debajo del altar hay una capilla, llamada de la confesion de San Lorenzo, que encierra el cuerpo de este santo y el del protomártir San Esteban. Por fin, una capilla subterránea que comunica con el cementerio de San Ciriaco completa el conjunto del monumento que describimos.

Las catacumbas de San Lorenzo son acaso las mas curiosas de Roma, aunque en su generalidad se parecen á las que hemos descrito en otro capítulo; la *pl. 140* da de ellas una exacta representacion. Cuando el extranjero baja á estos sitios con la pálida luz de una lámpara, siente un estremecimiento interior cuya causa no le es muy fácil explicar. Esas paredes y esas bóvedas respiran una calma y una magestad tan imponente que apesar nuestro nos sentimos pe-

netrados de un profundo respeto. Los gentiles representaban en cierto modo á la muerte triunfante, y la erigian pirámides que levantaban su cima á las nubes; la cristiandad la sepultó á algunos estadios debajo de tierra como para denotar que el hombre-Dios la habia vencido. Los sepulcros indican aqui la nada de los cuerpos, pero encima de ellos se han elevado al cielo las almas puras de los verdaderos creyentes: si algunas lagrimas se derraman, pues, en ese lóbrego lugar, no son lágrimas de desesperacion por haber perdido lo que jamas volverá á recobrase, sino que son lágrimas de enternecimiento sublime al recordar las virtudes de los elejidos que se despojaron aqui de su vestidura mortal para remontarse mas ligeros, aéreos, hácia el Dios que los creó.

Lo mismo pude decirse de las catacumbas de San Cosimo, fielmente representadas en la *pl. 142*: dentro de ellas tiembla el cuerpo apesar nuestro, presintiendo la nada en que debe convertirse, pero se eleva el alma á la mas sublime contemplacion.

Llama ahora nuestra atencion (*Pl. 141*) la torre de Neron que se enseña en el patio del monasterio que está contiguo á la iglesia de Santa Catalina. Este templo fué erijido en el año de 1563 insiguendo los planos del arquitecto Soria, y está adornado con mármol y muy elegantes pinturas. La torre de Neron lleva tambien el nombre de torre de las milicias, y se atribuye su ereccion á Pandulfo de Suburra, senador de Roma, en el año de 1210. Asi pues son invenciones modernas las tradiciones popularizadas relativamente á que fué levantada por Augusto ó por Trajano. Otra tradicion no menos acreditada, aunque tambien inverosimil, refiere que desde este edificio contempló Neron el incendio de Roma, cantando los versos de Homero acerca del destino de Troya.

Este incendio valió á Neron, como todos saben, los epitetos mas odiosos, y es uno de los actos de su administracion, ó por mejor decir de su ferocidad que ha contribuido mas á que se le diesen los nombres de tirano y de verdugo; á él se siguieron las persecuciones contra los cristianos, de manera que cuando se desencadenó con furia contra de ellos fué despues de haber reducido á cenizas tres de los mas hermosos cuarteles de la antigua Roma: exaltado con el

ardor del incendio, ese hombre necesitaba sangre para calmarse.

De Neron puede decirse que con el referido incendio siguió el principio de que todos los medios son buenos con tal de que conduzcan al fin. Con efecto, aquellos tres cuarteles recordaban las construcciones primitivas de los romanos, y aunque tenían belleza histórica ó de recuerdos, no asimismo belleza material; las calles eran sucias, no ofrecían pendiente á las aguas, y su renovacion hubiera sido lenta y difícil si hubiese debido esperarse del transcurso del tiempo: así pues, aquel emperador pensó en llevar la obra á cabo por medio de uno de esos arranques de un carácter fogoso, violento y cruel. Entregó á las llamas centenares de casas, y despues echó mano de todos los recursos de la arquitectura y de las artes para construir en su lugar cómodas y espaciosas habitaciones. Para nada tuvo en cuenta el llanto y la desesperación de centenares de familias, pensando solo en alcanzar el objeto apetecido.

Transportémonos ahora al palacio de los Cenci, obrá de Julio Romano, cuya vista interior nos traza la pl. 143. Aquí es dondè vivió aquella célebre Beatriz que llevó al cadalso la mas hermosa cabeza de Italia. Una espantosa catástrofe, popularizada recientemente en un drama, termina la historia de los Cenci, descendientes de la familia romana llamada Cintia. Su palacio reúne en su imponente arquitectura la nobleza del gusto florentino y la elegancia de los hermosos edificios de la época del renacimiento de las artes en Italia. Este diseño es debido al hábil artista Granet.

A corta distancia del palacio de los Cenci existe un cuartel sucio, estrecho, mugriento, contiguo al Tibre, y que sin embargo no es del todo malsano, mientras que el *aria cattiva* hace estragos en los mas hermosos cuarteles de Roma. Esas calles son tristes y nos ofrecen una multitud de hombres confinados en algunas tiendas, amontonados unos encima de otros y encerrados en el estrecho recinto que ocupan por medio de rejas y de cadenas dentro de las cuales están en cierto modo aprisionados por la noche. Quienes son los habitantes de este singular asilo? qué nombre llevan esos parias? Son judíos, y su cuartel se llama el *Ghetto*.

Los judíos forman en Roma una poblacion

de cuatro mil almas, y se ha calculado que si lo restante de la ciudad fuese á proporcion tan poblado como su barrio, habria á lo menos en Roma quinientos mil habitantes, siendo así que la poblacion no llega á la tercera parte de este número. Antiguamente los judíos ocupaban el Janículo, de cuya colina se les arrojó para destinarles su cuartel actual. La costumbre de encerrarlos por la noche no se remonta mas allá del pontificado de Paulo IV á mediados del siglo diez y seis.

Es muy probable que esta fraccion del pueblo judío sea la posteridad de los prisioneros que vinieron á servir de pompa al triunfo del vencedor de Jerusalem, y bajo este aspecto el Ghetto no es la ruina menos digna de llamar la atencion en Roma. Consagran anualmente los judíos una suma de siete mil escudos, impuestos á ciento nueve de sus mas acomodados mercaderes, para los gastos del culto, para sus escuelas y médicos, y sobretodo para practicar el precepto del Deuteronomio que prohíbe la mendicidad, *et mendicus non erit inter vos*, repartiéndose entre los necesitados lo que resta de aquel dinero, despues de haberse llenado los tres objetos primeros.

CAPITULO XV.

Casa de Miguel-Angel. — Casa de Salvador Rosa, — Basilica de Santa Maria la Mayor. — Columna de la plaza de Santa-Maria-la-Mayor. — Iglesia de San Antonio. — Iglesia de San Martin. — Iglesia de San Pedro in vincula. — Termas de Tito.

Al salir del barrio de los judíos se dirige el viagero por entre súcias y tortuosas calles hácia el campo vaccino, y de paso al pié del Capitolio, junto al palacio Caffarelli, encuentra la casa de Miguel-Angel (Pl. 144). Miguel-Angel! qué hombre ha sabido jamás manejar como él á la vez la pluma, el cincel, el compas de arquitecto, los pinceles de pintor, y á la vez la espada de guerrero! De él puede decirse con verdad



Abbott sc.

Andri del.

Maison des Cenci.

Roma.

Casa de' Cenci.

Grillot del.



Gravet del.

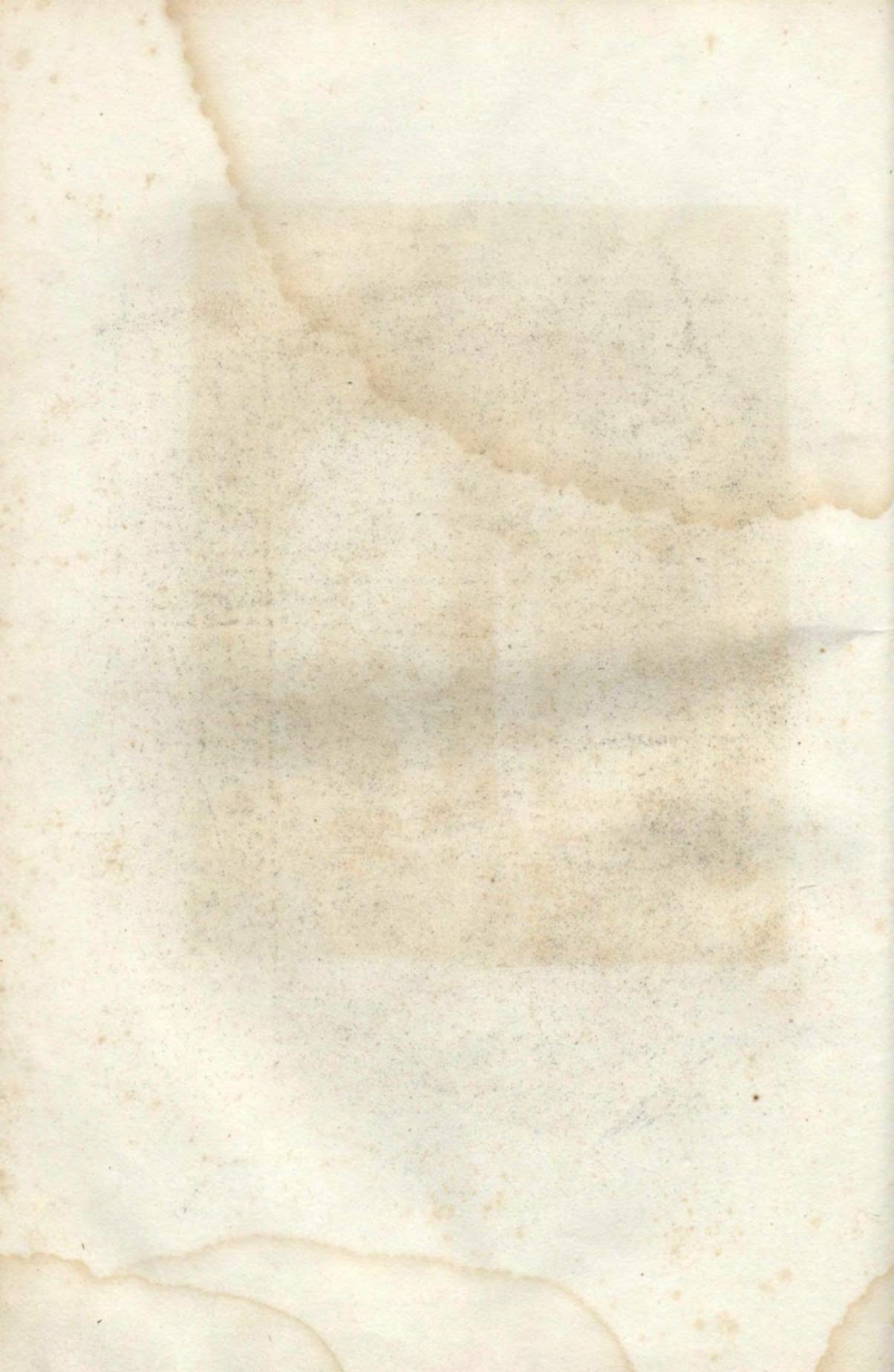
Andot edii

Aubert sc.

Casa di Michel Angelo.

Roma.

Maison de Michel Ange.





Grand del.

Andot del.

Aubert sc.

Casa di Salvator Rosa.

Roma.

Maison de Salvator Rosa.





Roma. Eminenti.



Bonari del.

Andrioli scult.

H. Monnier pinx. et.

Improvvisatori d'ortorità.

Roma.

Poète d'hôtelierie improvisant.

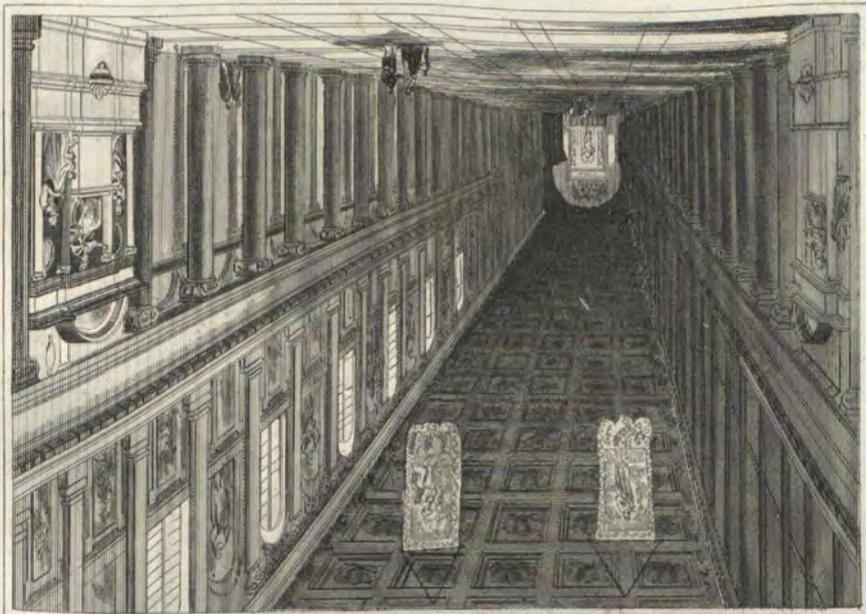


Roma. S^{ta} Maria maggiore.

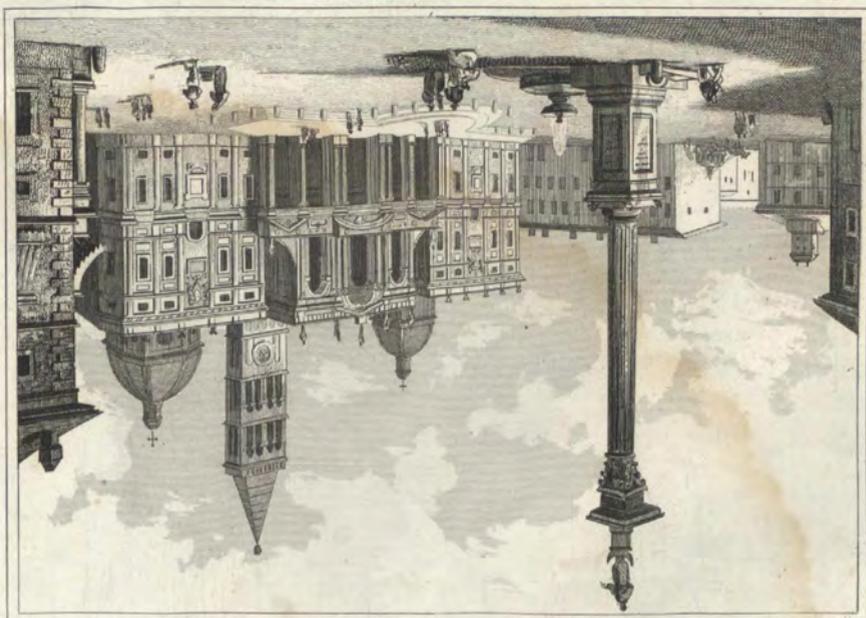
Pignotti del.

Ande del.

Ande del.



Roma. S^{ta} Maria maggiore.



que ha sido la grande é importante luz del mundo artístico, cuando á un tiempo mismo concebía y ejecutaba con poderoso genio la estatua de Moisés, el Juicio final, la cúpula aérea de San Pedro, y dictaba poemas en los cuales está espresada la enerjía de su alma. Algunas de sus máximas han sido conservadas por Vasari, y no son seguramente lo menos precioso que nos queda de ese grande artista cuya cuna debieron de mecer las musas. Por entonces fué cuando Lorenzo el magnífico quiso hacer florecer en su patria la escultura desde mucho tiempo aletargada, y para ello reunió en sus jardines de San Marcos un gran número de estatuas antiguas. Este grande príncipe tomó bajo su proteccion á nuestro jóven artista, le tuvo á su lado como miembro de su misma familia, y le dió lugar en su mesa entre sus hijos. Durante los cuatro años que permaneció con él hizo un estudio particular de la poesía junto con el de la escultura, y ademas se entregó con ardor al de la anatomía que influyó sobremanera en el carácter de su talento y preparó la inmensidad de su gloria.

Seguiremos á ese artista en la serie de sus admirables composiciones? en este caso no deberíamos dar un paso en Roma sin encontrar en todas partes vestigios de su talento, porque este artista vivió ochenta años y puede decirse que todos ellos los dedicó á la gloria. Aun en la edad mas avanzada de su carrera dió pruebas de una robustez juyenil y de una enerjía de la cual solo acostumbra estar dotada la primavera de la vida. Sus cenizas hubieran descansado de orden del papa en la iglesia de San Pedro si Cosme de Médicis no las hubiese arrebatado durante la noche para restituir las á Florencia, patria del artista.

Saliendo de la casa de Miguel-Angel se dirige el viagero á la de Salvador Rosa, situada en la via Gregoriana: es un monumento de la época de los Boromini y Bernin. Actualmente se ha convertido en casa de huéspedes dirigida por las señoritas Rosa, las cuales segun se asegura descienden de aquel célebre artista. Es un honor para la escuela napolitana el poder contar en el número de sus pintores á Salvador Rosa, genio fecundo, original, y que despues de haber corrido el campo de la pintura, se lanzó al de la poesía, fué discípulo de Ribera y no po-

cas veces le igualó. Un obstáculo para que sobresaliese el genio brillante del artista fué el vivir en la época de los Carraccios, de Dominiquino, de Guido, de Albano, del Guerchino, de Poussin, de Vouet, de Claudio Loreneso y de Pedro de Cortona; facilmente se abre paso el genio por entre una multitud de artistas adocenados; pero, ¿cómo, en medio de tantos astrós de la pintura, llamar la atención del público cuya admiracion se fijaba en los artistas que acabamos de nombrar? Apesar de esto lo logró, y de pobre y desconocido llegó á ser en breve célebre y rico. Al mismo tiempo que pintaba componia comedias y sátiras, de las cuales algunas le valieron muchos enemigos y crueles persecuciones, tales como *Babilonia* y la *Envidia*. El aplauso de Roma entera, en medio de los tiros de sus contrarios, contribuyó á sostener su valor; pero sobretodo lo que mas le fortificó en esta lucha fué su afición á las bellas artes, y en el último período de su existencia fué cuando pintó sus mas famosos cuadros.

A corta distancia de Santa Catalina visita despues el viagero la basílica de Santa Maria-la-Mayor (Pl. 153), acaso el mas hermoso modelo en su género. Está situada en la cumbre del monte Esquilino, y segun afirman se remonta su fundacion al año de 352, bajo el pontificado de Liberio. Tuvo lugar á consecuencia de una vision que Juan Patricio y aquel pontífice tuvieron en una misma noche, y que fué confirmada á la mañana siguiente con la caída de un fuerte nevazo; sin embargo, la nieve no llenó precisamente mas que el espacio que debia ocupar la iglesia, y así es que á la basílica se dió primitivamente el título de Santa-Maria ad Nives, y de Basílica liberiana. Hoy día se la llama Santa-Maria la-Mayor, como á principal de las iglesias dedicadas á la Virgen.

El papa Sixto Quinto engrandeció este monumento notable, y le dió su forma actual. Muchos papas, entre ellos Benito XIV. que le hizo cubrir de mármol y de estuco dorado, le han restaurado y enriquecido en distintas épocas. En el pórtico superior de la fachada hay tres balcones, de los cuales el del medio sirve para la bendicion pontificia. Debajo de este pórtico se conservan los mosaicos que adornaban la antigua fachada, restaurados actualmente bajo la

direccion de M. Camuccini. Éntrase en él por cuatro puertas sin contar la llamada puerta santa, pues esta solo se abre en la época de jubileo, es decir cada veinte y cinco años, ó cuando sube al trono pontificio algun nuevo papa.

La apertura del jubileo es uno de los privilegios de Santa Maria la Mayor. En la víspera de este dia sagrado, el sumo pontífice acompañado de su corte, del pueblo y del clero, se dirige en procesion á la basílica. Al llegar delante de la puerta Santa, llama á ella por tres veces con un martillo de oro, pronunciando las palabras sacramentales *aperite portas*: en el instante mismo se derriba la pared de ladrillos que obstruia el paso, y el gentio entra precipitadamente en el templo: esta puerta, representacion del poder espiritual de los pontífices, permanece abierta todo el tiempo de las estaciones, y el último dia se tapia de nuevo hasta la víspera del jubileo siguiente. Durante el intervalo de un jubileo á otro es tambien objeto de una devocion particular: Arrodillanse delante de ella los fieles, y despues de haber orado por algun tiempo procuran recoger un santo polvo que algunos mezclan con sus alimentos, para librarse de las fiebres, y de la muerte repentina. En otro tiempo el jubileo no tenia lugar mas que una vez cada siglo, pero sucesivamente este transcurso de tiempo se ha reducido á cincuenta, á treinta y por ultimo á veinte y cinco años. Aun mas, se ha concedido á cada soberano pontífice el derecho de señalar su exaltacion al trono por medio de un perdon general.

El interior de Santa Maria la Mayor (Pl. 153) es magestuoso y noble; compónese de tres naves separadas por treinta y seis columnas jónicas de mármol blanco, que segun se dice se sacaron del templo de Juno. Al entrar se ven dos sepulcros: el primero de la derecha es el de Clemente II, cuyas esculturas son debidas á los artistas Guido Fancelli y Hércules Ferrata; el otro es el de Nicolas IV, obra de Leonardo Sanzana. La magnífica capilla del Santísimo Sacramento erigida por Sixto V, contiene el sepulcro de este papa cuya estatua fué esculpida por Juan Antonio Valsolde, y frente por frente el de Pio V, cuyo cuerpo descansa en una hermosa urna de verde antiguo, adornada con bronce dorado.

En medio de esta capilla está el altar del Santísimo Sacramento, adornado con un magnífico

tabernáculo sostenido por cuatro ángeles de bronce dorado. El altar mayor de la basílica está aislado, dominándole un rico y magnífico dosel. Los mosaicos de la grande arcada, ni mas ni menos que las de la nave del centro, representan varios objetos del antiguo testamento, y algunos pasos de la vida de la Virgen.

En la otra nave se enseña la suntuosa capilla de Nuestra Señora, erigida por Paulo V, de la familia Borghese, en vista de los diseños de Flaminio Poncio. Dos sepulcros se ven en este lugar, el de aquel pontífice, y el de Clemente VIII, de la familia de los Aldobrandinos. El altar está adornado con cuatro soberbias columnas de jaspe oriental, acanaladas y enriquecidas con bases y capiteles de bronce dorado, los cuales sostienen un techo magnífico. La imagen de la Virgen que se dice ser obra de San Lucas, está rodeada de piedras preciosas y sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado. Junto á este altar, un hermoso bajo-relieve representa el milagro de la nieve que dió lugar á la fundacion de la basílica. Por fin, las pinturas de las ventanas que están abiertas sobre los dos sepulcros merecen una particular mencion: son obra de Guido Reni.

La víspera de la Natividad se enseña en Santa Maria la Mayor la cuna de Jesucristo. Esta cuna representa exactamente la de Belen, y segun una tradicion popular es la misma en la cual se mecíó el redentor. Está encerrada dentro de una urna de plata, y lo mas que le será posible ver al viagero serán algunos manojos de paja: pero en el mismo sitio le enseñarán un plato de lentejas, las últimas que se sirvieron á la Santa Virgen.

Al salir de la plaza de Santa Maria la Mayor se vé (Pl. 153) una columna de granito de Egipto, procedente segun es fama de la basílica de Constantino y del templo de la Paz, y coronada con la imagen de la Virgen. Es un monumento erigido por Clemente VIII en el año de 1595 en memoria de la conversion de Henrique IV de Francia.

Todos los años, en el dia doce de Enero, el embajador de Francia celebraba el aniversario de este triunfo del catolicismo por medio de un magnífico banquete.

Casi frente por frente del monumento que recuerda este fausto acontecimiento, se encuen-

tra la iglesia de San Antonio, que se cree haber sido construida sobre las ruinas del templo de Diana, ó mas bien de la basílica de Sicinino. Célebre es este templo por una ceremonia anual muy curiosa en el día de la fiesta de San Antonio abad. Los caballos y mulos adornados con cintas, lazos y escarapelas de mil colores son dirigidos á la puerta de la iglesia del santo, y van recibiendo la bendicion conducidos por sus amos. La ceremonia tiene por objeto preservar durante aquel año de todo accidente desgraciado á los animales admitidos para recibir la bendicion.

Saliendo el viagero de San Antonio y dirigiéndose hácia aquella cumbre del Esquilino, llamado en otro tiempo Oppia, se encuentra la iglesia de San Martin, de la cual es fundador el papa Simaco. En este punto existió antiguamente una iglesia construida por Constantino. El edificio moderno ha sido restaurado y de tal suerte adornado en el año de 1650 y aun á fines del siglo diez y siete, que es hoy día uno de los mas hermosos y magníficos de su género. Las tres naves están divididas por veinte y cuatro columnas antiguas de diferentes mármoles y de orden corintio.

Bájase por una hermosa escalera de mármol debajo del altar mayor, y se visitan los lugares donde se conservan todavia los cuerpos de los papas San Silvestre y San Martin.

La rampa que conduce despues al viagero al templo de San Pedro *in vincula* recuerda uno de los mas horribles atentados de la antigua Roma, pues se supone que en este sitio existió la calle *Scelerata*, en la cual la ambiciosa é infame Tulia hizo pasar su carro por encima del cadaver del rey su padre.

La iglesia de San Pedro *in Vincoli*, pues la denominan tambien así los italianos, fué erigida en el año de 442, en tiempo del papa Leon el grande, por Eudoxia muger de Valentiniano III, emperador de Occidente, con el objeto de conservar en ella la cadena con la cual Herodes habia hecho atar á S. Pedro dentro de la cárcel de Jerusalem. El papa Adriano hizo reconstruir este templo, y Julio II le restauró en 1503, bajo la direccion de Baccio Bandinelli. Por fin, en el año de 1705 se dejó tal como en la actualidad se encuentra.

Admírase en él el sepulcro de Julio II el cual

apesar de no estar concluido es el mas importante resultado del arte en la época moderna. Nada mas imponente, mas terrible, que la figura colosal del legislador de los hebreos cuando lleva las tablas de la ley recogidas entre el resplandor de los relámpagos en el monte Sinai, y cuando clava una mirada de fuego al pueblo cuya resignacion le parece dudosa y vacilante.

Ese famoso Moises ha inspirado hermosos versos y pensamientos sublimes; oigamos hablar de él al poeta Juan Bautista Zappi.

«Quien es ese héroe, que parecido á un gigante está esculpido en ese mármol inmenso, que deja atrás las obras maestras mas famosas, y cuyos labios son tan animados que me parecen oírle hablar?»

«Él es; es Moises: le reconozco en su barba respetable, y en el doble rayo de luz que la corona. Es Moisés tal como bajo de la montaña, llevando impresa en su rostro una parte de la divinidad.

«El mismo era cuando suspendió alrededor de sí las olas sonoras y profundas; el mismo era cuando haciendo hundir las murallas de agua formó con ellas un sepulcro para los Egipcios.

«O vosotros, pueblo suyo, que acatasteis un ídolo impio, ¿cómo no erigisteis al legislador una estatua como esta? vuestro crimen hubiera sido menos grande adorando esta obra maestra.»

Las ruinas que están mas cerca de la torre de Neron y del Coliseo, son de las Termas de Tito: un mismo acueducto proveia de agua á estos dos últimos monumentos. Muchas salas de los baños de Tito, sepultadas bajo las ruinas de los pisos superiores, fueron despejadas de orden de Leon X. Rafael estudió los frescos, é imitó su gusto en los adornos de los techos del Vaticano. Pero á fin de que estas mansiones subterráneas no se convirtiesen en moradas de bandidos, se volvieron á echar encima los escombros que se habian sacado: parece imposible que faltasen para el caso otros expedientes, pero así fué. Trescientos años despues se pensó en despejar de nuevo el terreno, pero solo bajo la dominacion de los franceses á principios de este siglo fué cuando esto se llevó á cabo poniendo de manifiesto unas treinta salas y gran número de corredores que á ningun punto conducen y cuyo uso parece inexplicable. Reconócese que

no pudo ser arruinado este monumento hasta mucho tiempo despues del establecimiento del cristianismo, pues á la entrada de una de las salas se encuentra un altar cristiano. Nadá anuncia que esas salas hayan sido baños, pues ningun utensilio lo indica así, y por lo mismo el nombre de Termas parece poco aplicable á este edificio. Entre muchísimos nichos con estatuas, se enseña uno que se asegura haber sido ocupado por el famoso grupo de Laocoonte: sin embargo, otra tradición indica tambien un viñedo que está detrás de las Termas, como el lugar donde fué descubierto aquel magnífico grupo, hace unos trescientos años, cosa que no parece muy probable. El piso superior que existe aun en parte contenia bibliotecas, galerías de cuadros y de estatuas, y vastos pórticos en los cuales los filósofos enseñaban y disputaban: era la estancia de los placeres intelectuales segun espresion de Sismond. Por medio de velas que se fijan en la punta de los palos se enseñan en las bóvedas de las salas bajas unos frescos perfectamente conservados que representan arabescos y pequeñas figuras graciosas. Estas salas no tienen ventanas, y estaban destinadas á ser vistas á la luz de las lámparas.

El plan general del edificio no puede determinarse á punto fijo al través del caos de las ruinas. No se ven mas que masas informes de ladrillos que en su conjunto se tomarian por peñascos: véanse muchas partes de la bóveda que amenazan caer de un momento á otro, pero que nunca caen, y en el suelo anchas grietas.

El sugeto á quien actualmente está confiada la guarda de esas ruinas, esplica el estado del edificio con muy pocas palabras, que no sabemos quien se las habrá dictado: dice que su construccion fué interrumpida, y que no ha habido una buena alma que la acabase.

CAPITULO XVI.

La Suburra. — Foro Paladio. — Templo de Palas. — Foro de Nerva. — El monte Esquilino. — Casa de Horacio. — Foro de Trajano.

Entre el monte Esquilino y el Viminal, y

á alguna distancia de las Termas de Tito, estaba la *Suburra*, uno de los cuarteles mas frecuentados de la antigua Roma: Cesar moraba en él, cuando entregándose á todos los placeres, no aspiraba todavia al imperio de Roma y del mundo entero: entonces solo le rodeaban los mercaderes y una juventud encenagada en los placeres.

En la estremidad superior de la Suburra, que tiene la forma de un valle, se encontraba el *Trigillum Sororicum*, con su correspondiente altar expiatorio. El pueblo había absuelto á uno de los tres Horacios del asesinato de su hermana, teniendo en cuenta la victoria conseguida contra los Curiáceos; pero el brutal vencedor tuvo que pasar por debajo del *Trigillum*, que figuraba un yugo de ignominia, reconociendo de esta suerte el poder de las leyes al mismo tiempo que las violaba por medio de un privilegio.

Algunos han dicho que la historia de los Horacios y de los Curiáceos no era más que un cuento que halagaba el amor propio de los romanos, y que es natural que fuese hermosecado con todo cuanto podia darle interés. Sin embargo, ¿porque no habia de ser posible este combate de tres contra tres? No conservan los bretones su famosa tradicion del combate de los treinta campeones?

Una escuela dedicada á Minerva se llamaba el *Forum Palladium*, que es donde las doncellas de Roma se ejercitaban en trabajos propios de su sexo. En una antigua cornisa descubrimos esculpidas en bajos relieves las imágenes de varios juegos (*Pl.* 154).

El templo de Palas, que parece haber formado parte del Foro Domiciano, se encuentra en un ángulo de la calle contigua. En este edificio se admiran dos hermosas columnas (*Pl.* 154), el pavimento y una bella estatua de Palas que subsiste en pie todavia, esculpida en semi-relieve de tamaño natural.

Á la entrada de los poblados valles del Quirinal y del Esquilino estaba el Foro de Nerva; de él nada queda mas que un arco debajo del cual pasa una calle. Las tres columnas acanaladas y de orden corintio, que sostienen el campanario de la iglesia moderna, son unos hermosos restos del templo de Nerva (*Pl.* 154). El Foro que lleva el nombre de este emperador fué testigo



Foro Trajano. Roma. Forum de Trajan.



Cook del.



André del.

Aubert sc.

Tempio di Palade. Roma. Forum Nerva.



de un cruel ejemplo dado por Alejandro Severo á uno de sus favoritos, Vetrano Turino, que prometia las gracias del príncipe á trueque de regalos, segun costumbre de Roma y de otros muchos pueblos. Hizóle perecer sofocado con humo de paja y de madera húmeda, mientras el mensajero público repetia: «El que vendia humo es castigado con humo.»

Ofrécesenos ahora hablar de una colina que formaba uno de los cuarteles mas poblados de Roma antigua. Es el monte Esquilino unido al Celio por medio de la cumbre cuya vertiente forma el valle Labicano. En el dia la colina está desierta; en otro tiempo se distinguia en ella el templo del Reposo, nombre que procede de que gran número de ciudadanos romanos se hacian enterrar en este lugar. Decimos enterrar, pero esta espresion no es enteramente exacta, pues muchas veces no cubria la tierra los restos que se la habian confiado, pues muchos cadáveres quedaban encima de ella para pasto de los buitres y de los lobos: el mismo Horacio lo atestigua en sus versos.

Para mudar el destino funerario del monte Esquilino, y para purificar el aire apestado con la presencia de tantos cadáveres, Augusto hizo donacion á Mecenas de gran parte de la colina. Dueño del terreno el favorito del emperador transformó en breve esos lugares tan tristes y tan lúgubres. En todas partes levantó jardines, y do quiera las flores, y los árboles con su verde sombra y los ricos colores, brindaron con frescura y suaves perfumes á sus nobles dueños. Aun más; el activo Mecenas hizo construir palacios en el Esquilino, y su favorito Horacio, con cuya sociedad se complacia tanto, ha cantado frecuentemente las maravillas de esas suntuosas moradas. Entre ellas deben mencionarse el palacio de Vespasiano, las termas de Gordiano, y los templos de Juno-Lucina y de la Felicidad, levantados posteriormente. Hoy dia no quedan mas que tristes restos de esos grandes edificios. La casa de Mecenas era probablemente la de Pompeyo, de la cual se habia apoderado Antonio despues de la batalla de Farsalia, y que sin duda vino á ser propiedad de Augusto despues de la victoria de Accium, como despojo del vencido. Allí estuvo el Minervum, academia por mucho tiempo célebre, donde unos ilustres protectores, á ejemplo del

inmortal protector de Virgilio y de Horacio, recompensaban el genio con dádivas y con honores. Una torre cuadrada en medio de ruinas y de viñedos es lo único que de todo ello queda en el dia. La basílica de Santa-Maria-la-Mayor ha reemplazado el templo de Juno-Lucina, y San Eusebio está sobre las ruinas del palacio de los Gordianos.

En el monte Esquilino estaba la casa de Horacio, que despues fué propiedad de Juvenal. En ella se vió al favorito de Mecenas ofrecer flores y vino al genio que nos recuerda la brevedad de la vida. El retrete del poeta era pequeño pero muy cómodo, y desde el vergel donde iba á dar un verde descubria un pais inmenso. Modesto retiro del poeta á quien poco basta, encerrando en un estrecho linde sus grandes esperanzas.

Cuando el viagero se detiene en estos sitios no puede menos de pensar en la existencia del distinguido poeta que permaneció por tanto tiempo tranquilo en ella, y en recordar sus dias placenteros bajo la protección del primer potentado del imperio. De Horacio puede decirse que es el único poeta que tieve el privilegio de hacer pasar fugaces las horas dedicadas á la lectura, y de adornar la memoria de todos los hombres que cultivan el don celeste de la inteligencia: no es el poeta de ninguna situacion ni de ninguna edad en particular, sino el de todas las edades y de todas las situaciones. Su pequeño libro, merced al buen gusto, á la gracia y al talento con que está escrito, es el mas popular de todos los libros, y muchísimos de sus versos han llegado á ser dogmas en literatura y axiomas en filosofía. Montaigne, el sabio y bondadoso Montaigne, hacia constantemente uso de las ideas y de las palabras del mismo Horacio. Fenelon, ese otro genio tan puro y tan lozano, hablaba siempre con Horacio: dichosos aquellos que pueden leer con facilidad y entender en su lengua original al mas agradable de los filósofos y al mas ilustrado de los poetas!

Como casi todos los hombres de genio, Horacio no debe su ilustracion mas que á sí mismo, y no al brillo de sus antepasados. Su padre, simple emancipado, habia adquirido algunos bienes de fortuna con honradez, y usó de ellos para dar á su hijo una esmerada educacion. En

vez de limitarse á hacerle frecuentar las escuelas de su ciudad natal, le condujo á Roma, y le sirvió el mismo de ayo. El reconocimiento que esto inspiró al poeta fue muy profundo, si hemos de dar crédito á los versos del mismo poeta. Despues hizo un viaje á Atenas para completar su brillante educacion, y en ella entró en relaciones con Bruto. Despues sirvió en el ejército donde se portó con gloria. El amable Virgilio, ese poeta de alma candorosa, segun espresion del mismo Horacio, le recomendó á Mecenas, el cual quiso siempre tenerle á su lado para gozar de su agradable conversacion. Augusto le recibió tambien con bondad, y quiso darle el empleo de secretario, brillante embarazo que no podia tentar mas que á un ambicioso, y que Horacio no vaciló en rehusar: el príncipe no se acordó ya de lo pasado, y puso en olvido que el poeta habia sido un soldado que habia peleado denodadamente contra sus huestes. Desde este momento el protejido abrazó con sinceridad la causa del ilustre protector. El partido de la república no existia ya, pues no podia reconocerse en el que dirigia Sexto Pompeyo, y Antonio no era mas que el indigno adorador de una reina cortesana. Murió el 27 de noviembre del año 745 de Roma.

Transportémonos ahora al Foro de Trajano, obra de Apolodoro, el mas espléndido y mas regular de los foros antiguos. En el año de 1812 le hizo despejar la administracion francesa, y ofrece en el dia el aspecto mas imponente de una especie de circo, rodeado de una balaustrada de hierro, entre algunas rotas columnas que recientemente se han colocado de nuevo en su lugar (Pl. 154.) Descubrióse entonces que la columna Trajana, aunque muy

cercana al Foro, estaba fuera de su recinto y estrañamente levantada en un estrecho patio rodeado de un pórtico cuyas columnas en estremo diminutas, formaban con aquella el mas ridiculo contraste. La basilica Ulpia separaba el recinto de la columna Trajana del Foro que estaba adornado con un templo, con una basilica, con dos magnificas bibliotecas, la una griega y la otra latina, muchos arcos triunfales y pórticos, y gran número de estatuas. Los pedestales de algunas de estas estatuas tenian veinte y un pies de ancho y quince de alto; pero la mayor parte de las estatuas, ni mas ni menos que las columnas de la basilica, se encontraron hechas pedazos, y sus fragmentos esparcidos sobre el pavimento de mármol de la basilica, asi como sobre el del mismo Foro. El tiempo habia acumulado quince pies de escombros sobre esas ruinas, y encima se encontraban muchas casas, calles empedradas y una plaza pública. En el dia no se descubre mas que el pavimento de mármol, y algunos fragmentos de estatuas y de columnas, de las cuales no queda en pié mas que la base.

No debe creerse que estuviesen colocados alrededor los varios edificios que ocupaban el Foro, pues por el contrario se encontraban en cierto modo en el centro, de manera que este monumento estaba circundado de arcadas.

La basilica de Ulpia, asi llamada del nombre de la familia de Trajano, era la sala de un tribunal, que tenia doscientos setenta y nueve pies de largo sobre ciento setenta y ocho de ancho, dividida longitudinalmente en cinco partes por cuatro líneas de columnas. La voz de los abogados en la antigüedad podia resonar mucho mas que en nuestros dias.

FIN DEL TOMO PRIMERO.